

Bianca®

Amor en la Toscana

Catherine George

Argumento

Los caminos de Harriet Verney y James Edwards Devereux volvieron a cruzarse cuando ella accedió a venderle su preciosa casa. Harriet era amiga del hermano pequeño de James, pero siempre se había sentido intimidada por el aspecto poco refinado y la poderosa autoridad del mayor de los hermanos Devereux.

Sin embargo, ahora, su presencia hacía que se le acelerara el corazón por motivos diferentes, y no pudo evitar rendirse a él aquella noche en la Toscana…

Capítulo 1

HARRIET entró en la silenciosa casa, pero en lugar de hacer la proverbial visita nostálgica por las habitaciones, fue directamente a la cocina para hacerse un café que le serviría como «combustible». Había llegado el momento. Tenía que resolver un problema, para lo cual había pedido una semana de vacaciones en el trabajo. Antes de volver a Londres, debía tomar una decisión sobre su herencia. Su abuela había dejado bien claro en el testamento que podría hacer lo que deseara con la casa End y con su contenido, Aunque lo que ella deseaba era que su abuela estuviera viva y veda entrar desde el jardín con una cesta de flores en la mano,

Después de tomar el café, Harriet subió su maleta al piso de arriba y, como podía ser la última vez que durmiera allí, la llevó a la habitación de su abuela. Pasó la mano por el cabecero de bronce de la cama y guardó algunas de sus cosas en el armario de roble y otras en la preciosa cómoda georgiana. Porque Olivia Verney no soportaba ver ropa colgada en una silla.

Harriet sonrió mientras hacía la cama. Afortunadamente, su abuela nunca había visto la habitación de su compañera de piso. Dido Parker era una buena amiga, y muy buena en su trabajo, pero ordenada no era,

Después de comer, hizo algunas llamadas de teléfono para anunciar su llegada a Upcote, regó las plantas del invernadero y se disponía a leer un libro cuando oyó el ruido de un motor. Se levantó y al descubrir quién era, hizo una mueca de desagrado.

Pero no tenía sentido esconderse bajo el sofá. Tim seguramente le había dicho a su hermano que estaba en Upcote.

Cuando oyó el timbre, Harriet contó hasta cinco antes de enfrentarse con la alta figura de James Edward Devereux.

-Hola. Me temo que Tim no está aquí. He venido sola.

-Lo sé. ¿Puedo entrar?

Como si pudiera decirle que no, pensó ella, irritada. De modo que lo acompañó a la elegante salita de estar.

Su visitante se quedó en silencio un momento, mirando alrededor.

-Hace meses que tu abuela murió, pero ya que estoy en su casa, creo que debo darte el pésame de nuevo, Harriet.

-Gracias. Siéntate.

- Yo apreciaba mucho a tu abuela -dijo él entonces, sentándose en el sillón favorito de Olivia Verney-. Sentí mucho no poder acudir a su funeral. En ese momento, estaba en cama con un virus.

-Me lo habían dicho -murmuró Harriet, sentándose en el brazo del

sofá. Conocía al hermano de Tim desde que tenía trece años y últimamente se habían encontrado en Londres un par de veces, pero nunca antes habían estado solos. ¿Qué estaría haciendo allí?

-Supongo que su muerte fue un gran disgusto para ti.

-Para mí fue un gran disgusto, pero para mi abuela fue lo mejor. Yo no quería que sufriera.

-Entiendo -James Devereux adoptó entonces un gesto profesional-. Muy bien, Harriet, iré al grano. ¿Tu abuela te dijo que yo quería comprar su casa?

-¿Esta casa? -preguntó Harriet, sorprendida.

-Sí. Las casas colindantes ya pertenecen a Eden-hurst...

-A ti.

-Sí, Harriet, a mí. Necesito alojamientos para mis empleados y la casa End sería ideal.

-Lo siento, no está en venta.

Él la miró, extrañado.

- Tim me dijo que habías venido precisamente para tomar una decisión.

-Así es.

-¿Cuándo has llegado?

-Hace un par de horas.

-¿Y ya has tomado la decisión? -sonrió James, levantándose-. Dime, Harriet. ¿Si la oferta la hubiera hecho otra persona, habrías aceptado?

-No es nada personal -contestó ella, sin mirarlo-. Es que no quiero vender la casa ahora mismo.

-Pero Tim me ha dicho que pediste una tasación...

-Siguiendo su consejo -replicó Harriet, cada vez más irritada. Iba a tener unas palabritas con Tim Devereux.

Él la miró, pensativo.

-Si te ofrezco un diez por ciento más del precio en el que está tasada, ¿cambiarías de opinión?

-¡Desde luego que no! Y Tim no tenía ningún derecho a discutir el precio contigo.

-Él no me ha dicho nada. Pregunté en la inmobiliaria que me vendió las otras tres.

-Pues no deberías haberte molestado. La casa End no está en venta.

-Antes de irme, dime una cosa, Harriet. ¿Por qué eres siempre tan hostil conmigo?

Ella sonrió, desdeñosa, mientras lo acompañaba a la puerta.

-No es ningún misterio. Sé que desapruebas mi relación con Tim.

-Pero supongo que sabrás por qué.

-No he pensado mucho en ello -contestó Harriet, asombrada de que no le creciera la nariz al menos un par de palmos.

-Pues piénsalo. He tenido que ser padre, madre y hermano mayor para Tim desde que tenía diez años. No quiero que nadie le haga daño.

-¿Crees que yo vaya hacerle daño?

-Sí -contestó él, con sinceridad-. Tim sólo te quiere a ti, pero sé que hay otros hombres en tu vida. Yo diría que es muy probable que le hagas daño.

No por primera vez, Harriet deseó darle un puñetazo a Edward James Devereux. Pero en lugar de hacerla, abrió la puerta, muy digna.

-A Tim no le importa en absoluto que tenga amigos.

-En la misma situación, a mí sí me importaría.

-Pero él y tú sois dos personas muy diferentes.

-Cierto. Todo el mundo adora a mi hermano. Buenas noches, Harriet -se despidió James-. Pero la oferta sigue en pie. Llámame si cambias de opinión.

Harriet cerró la puerta, corrió el cerrojo y fue a la cocina para hacerse otro café, esta vez más fuerte, para contrarrestar el efecto que James Devereux ejercía siempre en ella.

Había conocido a su hermano Tim en la oficina de correos de Upcote cuando fue a vivir con su abuela y los dos, ambos huérfanos de trece años, se hicieron amigos de inmediato. Tim pidió permiso a alivia Verney para llevar a su nieta a pescar al riachuelo de Edenhurst y después le presentó a su hermano, doce años mayor que él y tan guapo que a Harriet le pareció un dios del Olimpo.

Tim adoraba a su hermano y, por lo tanto, Harriet lo adoraba también. Al contrario que sus compañeras de colegio, todas enamoradas de cantantes de rock o jugadores de baloncesto, Harriet Verney lo estuvo de Edward James Devereux. Alto, seguro de sí mismo, con el pelo oscuro y los ojos color ámbar de los Devereux, era el arquetipo perfecto para una adolescente que empezaba a leer la poesía de Lord Byron.

La pérdida de sus padres, muertos durante una tormenta en alta mar, puso su mundo patas arriba y sólo el cariño de su abuela la ayudó sobrevivir. El encuentro con Tim aceleró el proceso. Ese verano, Harriet pasó todo el tiempo con él. Encantados el uno con el otro, comían con alivia Verney y corrían libres por la finca de Edenhurst, el hermoso pero cada día más deteriorado hogar de los Devereux.

Los padres de Tim habían muerto varios años antes y el hermano mayor se enfrentaba con muchas dificultades económicas. Los impuestos de herencia, más el colegio privado de Tim y el sueldo del

personal necesario para mantener la casa Edenhurst eran una enorme carga para James, que acababa de terminar la carrera de arquitectura. A través de su amigo, Harriet supo que algunos de los muebles y los cuadros más valiosos de la casa habían tenido que ser vendidos. Con ese dinero, James Devereux se aventuró en una arriesgada empresa: convertir desvencijados almacenes al borde del Támesis en lujosos apartamentos.

Pero la aventura dio resultado y se hizo rico. Más tarde, decidió transformar Edenhurst en una serie de hotelitos de lujo, se casó con una famosa modelo y, a partir de ahí, la única nube en la exitosa vida del empresario fue la negativa de Tim de unirse a la empresa.

Tim Devereux estudió Bellas Artes y pasó directamente de la universidad a una galería de Londres, cuyo propietario, Jeremy Blyth, era un galerista muy respetado. Harriet no había influido en sus decisiones, pero James siempre dejó claro que la culpaba a ella, aunque Tim insistía en que nada lo habría persuadido para meterse en el negocio hotelero. Jeremy Blyth era un hombre muy agradable, divertido, abiertamente gay y gran conocedor del mundo del arte, de modo que ese trabajo sería una gran experiencia para él y, además, le permitiría explorar su propio talento como pintor. Compartía una casa en Chelsea con dos amigos de la facultad y tenía a Harriet. ¿Qué más podría querer en la vida?

-¿La bendición de tu hermano? -le espetó Harriet un día.

-No sé por qué te cae tan mal Jed -rió Tim, pasándole un brazo por los hombros-. Venga, Harry. Cuéntamelo. Tú y yo no tenemos secretos, ¿verdad? ¿Qué te pasa con mi hermano?

Siguió insistiendo hasta que, por fin, para quitárselo de encima, Harriet se lo contó: un domingo por la tarde, se detuvo para acariciar al perro en la puerta de Edenhurst, oyó a Edward James Devereux dándole la charla a Tim y sufrió el proverbial castigo de los cotillas:

«Deberías salir con los chicos del pueblo, en lugar de pasarte el día con esa cría... aunque parezca un chico con el pelo corto y esa voz tan ronca».

Aún se ponía furiosa al recordarlo.

-Podría haberlo matado con mis propias manos. Tim soltó una estrepitosa carcajada.

-Has cambiado un poco desde entonces, tigresa. Te ha crecido el pelo, tienes el necesario «equipamiento» femenino y con esa voz tuya podrías ganar una fortuna en una línea erótica... ¡Ay! -gritó Tim, cuando Harriet le dio un puñetazo en el hombro-. Y ahora que la bella Madeleine le ha dejado, espero que sientas cierta compasión por Jed.

-Ninguna -respondió Harriet-. Es demasiado prepotente como para

merecer mi compasión.

A partir de ese día, no volvió a referirse a Edward James Devereux como Jed, que era como le llamaban sus parientes y amigos. Y nunca le contó a nadie que ese comentario había destrozado su autoestima y que tardó años en verse pasablemente atractiva.

Harriet llamó a Dido a la mañana siguiente para decirle que había recibido una oferta por la casa.

-El hermano de Tim quiere incluirla en Edenhurst, pero no puedo venderla todavía, así que le he dicho que no.

-¿Estás loca? -exclamó su amiga-. Sé que tu abuela te dejó dinero para mantener la casa durante seis meses, pero a partir de ahora tendrás que cargar tú con los gastos.

-Lo sé, pero ha sido mi hogar durante los últimos diez años... No puedo venderla. De hecho, incluso había pensado vivir aquí durante un tiempo.

-Pero si trabajas en Londres -le recordó Dido.

-Podría buscar trabajo por aquí, en Cheltenham, por ejemplo.

-¿De verdad quieres abandonarme?

Harriet se sintió culpable.

-Ahora ganas mucho dinero. ¿No puedes pagar la hipoteca tú sola?

-Me da igual la hipoteca. Te quiero aquí conmigo, Harriet. Además, ¿qué va a pasar con Tim?

-Podemos vemos los fines de semana.

Al otro lado del hilo hubo un silencio.

-Creo que vas a cometer un error, cariño. Por favor, piénsatelo.

Harriet le aseguró que lo pensaría y luego fue al pueblo a comprar el periódico y a charlar con la gente a la que conocía desde pequeña. Como hacía un día precioso, tomó el camino más largo para volver a casa, bordeando el riachuelo que marcaba el lindero de Edenhurst. Se detuvo al llegar a las piedras sobre las que había saltado tantas veces con Tim para cruzarlo y, por impulso, se quitó las sandalias. Pero cuando estaba a medio camino, descubrió que la corriente era más fuerte que antes y que su equilibrio era bastante más precario. Se volvió y, cuando vio a James Devereux a la sombra de un sauce, estuvo a punto de caer al agua.

-¿Quieres ayuda?

-No --contestó ella, con los dientes apretados.

Irritada, lo vio quitarse los zapatos y caminar sobre las piedras, tan seguro como una pantera.

-Dame la mano.

Harriet vaciló y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero James tomó su mano y la llevó hasta la otra orilla, al territorio de Edenhurst.

-Te he salvado de un remojón y exijo mi recompensa -sonrió, poniéndose los zapatos-. ¿Por qué no comes conmigo? Este fin de semana no hay bodas ni conferencias. Todo está muy tranquilo.

Ella lo miró, atónita, mientras se ponía las sandalias.

-Si estás intentando ganarte mi confianza para que te venda la casa, no va a funcionar.

-No es eso. Creo que deberíamos llevamos bien... por Tim. Además, cuando intento ganarme la confianza de una mujer suelo hacerlo con caviar y champán -sonrió James.

-Detesto el caviar.

-Ah, tomo nota -rió él-. Pero ahora mismo sólo puedo ofrecerte un humilde sándwich. ¿Qué dices?

Harriet se lo pensó un momento.

-Bueno.

Sonriendo ante su clara falta de entusiasmo, James llamó a la casa para pedir que preparasen un almuerzo en el cenador.

-Recuerdo cuando corrías por aquí -comentó, mientras subían por el camino-. Has cambiado mucho desde entonces. Antes era difícil distinguirte de Tim, pero ahora...

-Ahora llevo el pelo largo y es más fácil decir a qué género pertenezco -lo interrumpió Harriet-. La voz, lamentablemente, no me ha cambiado mucho.

Él se detuvo, sorprendido.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Sé que intentaste convencer a Tim para que pasara menos tiempo conmigo y más con los chicos del pueblo -sonrió ella, irónica-. Pero no lo conseguiste.

-Todo lo contrario. Tim está loco por ti desde los catorce años.

-Desde los trece.

-Ah, perdón -sonrió James.

Entonces la sorprendió tomándola en brazos para pasar la cerca.

Cuando llegaron al cenador de estilo griego donde tantas veces había jugado con Tim, la comida estaba lista. Había una fuente con fruta fresca, una bandeja de plata con sándwiches y una botella de vino, abierta.

James le sirvió una copa y se sentó a su lado.

-¿Ves? No es caviar.

-De todas formas, qué lujo, James. ¿Siempre vives así? Levantas tu varita mágica y...

-¡Has pronunciado mi nombre! -exclamó él, levantando su copa-. Brindemos por esta tregua, Harriet. Y ahora, ¿qué desea la señora? ¿Jamón, salmón ahumado, queso?

-Queso -contestó ella.

Harriet miró afectuosamente la casa mientras comían. La arquitectura de Edenhurst era típica de la zona: paredes de piedra, tejado de teja antigua y ventanas con parteluz. Pero ahora que estaba restaurada y funcionaba como hotel de lujo, Edenhurst tenía un aire ostentoso muy diferente del encanto nostálgico del pasado.

-¿En qué estás pensando? -preguntó James.

-En que la casa me gustaba más antes.

Él sonrió.

-Un punto de vista muy romántico. Sin embargo, yo he tenido que hacer malabarismos para decidir qué reparación era más urgente.

Tim me lo contó -suspiró Harriet, tomando otro sándwich-. Mi abuela estaba impresionada contigo.

-Era una señora muy especial -suspiró James-. La verdad es que me dolió mucho tener que vender algunas posesiones familiares, pero no había alternativa. Luego tuve un golpe de suerte cuando un compañero de facultad aportó capital para formar una empresa... Trabajábamos veinte horas diarias entonces.

-Pero te ha salido bien. El resto es historia -sonrió ella-. ¿Sabes una cosa? Esto me sorprende.

-¿Que estemos comiendo juntos?

-Sí.

-¿Aunque soy el malvado propietario que intenta echarte de tu casa? -sonrió James, sirviéndole más vino.

-Que intenta tentarme con una oferta hinchada.

-No es una oferta hinchada. La casa End tiene, además del jardín, un bonito invernadero.

Harriet suspiró.

-Mi amiga cree que estoy loca por rechazar la oferta, pero ha sido mi hogar durante mucho tiempo. Venderla es como separarme de mi abuela... que era una mujer muy práctica y se reiría de mí por ser tan sentimental.

-Entiendo. Pero si no quieres venderla, podrías alquilarla, ¿no?

-Lo he pensado, pero un abogado amigo mío dice que alquilarla podría darme muchos problemas. Si pudiera conseguir trabajo en la zona, me quedaría a vivir aquí.

-La vida en Upcote es mucho más tranquila que en Londres, así que piénsatelo bien antes de tomar una decisión.

-He venido aquí precisamente para eso. Pero tendré una semana menos de vacaciones para irme a Italia con Tim.

-Mi hermano me ha contado que, por fin, te ha convencido para ir a La Fattoria -sonrió James-. ¿No le importa perderse siete días de

vacaciones?

-No, él se irá el día que habíamos convenido. Yo iré después.

-Mi hermano nunca te pone pegas para nada, ¿verdad?

Harriet dejó su copa sobre la mesa.

-No tenemos que estar todo el tiempo juntos, como si fuéramos gemelos. A mí me parece muy bien y a él también.

Él sacudió la cabeza.

-En vuestras circunstancias, a mí no me parecería bien.

-¿Ah, no? Si esa era tu actitud con Madeleine, no me extraña que te dejara.

James se levantó, pálido.

-Tú no sabes nada sobre el matrimonio, jovencita.

-No, desde luego... perdona -se disculpó Harriet-. Será mejor que me vaya.

-¿Por qué? ¿No puedes quedarte a tomar café? Ya sabes lo fácil que me resulta llamar al servicio. Sólo tengo que sacar la varita mágica...

Ella negó con la cabeza.

-No, gracias.

-Entonces, te acompaño a casa.

-No es necesario.

James levantó una ceja.

-¿La tregua ha terminado?

-Claro que no. Es más práctico que seamos amables el uno con el otro... aunque sólo sea por Tim.

-De acuerdo. Por cierto, mi hermano ha estado tirando indirectas sobre la posibilidad de que haya boda...

-Es demasiado pronto para hablar de eso -contestó Harriet, apartando la mirada.

Él se encogió de hombros.

-Bueno, ya me enteraré. Mi hermano es incapaz de guardar un secreto. Y se alegrará de que hayamos comido juntos.

-Seguro que sí -sonrió Harriet, intentando ser amable-. Gracias. Ha sido un almuerzo estupendo.

-De nada. Suelo pasear por la finca cuando estoy en Edenhurst, pero nunca había tenido la suerte de encontrarme con una damisela en apuros.

-Antes podía saltar por las piedras sin ningún problema, pero mi sentido del equilibrio ha empeorado mucho desde los trece años.

James sonrió.

-Te pido disculpas por haber intentado que Tim se alejara de ti entonces, Harriet. Sólo quería que estableciera relaciones con los chicos del pueblo para cuando tú no estuvieras aquí. Sin ti, siempre se

ha sentido como un alma en pena -los ojos color ámbar, tan parecidos y tan diferentes a los de su hermano, se clavaron en ella-. ¿Me perdonas?

-Por supuesto -sonrió Harriet-. Adiós.

Eligió el camino más corto para volver a casa y paseó, pensativa. El inesperado almuerzo no había sido en absoluto desagradable. y Tim estaría encantado de que, por fin, se hablara con su hermano. Aunque era improbable que volvieran a verse. Harriet sabía que, para comprobar si los empleados hacían bien su trabajo, James Devereux solía aparecer en Edenhurst sin avisar y se alojaba en los antiguos establos, convertidos ahora en una preciosa casa para invitados. Pero Tim prefería vivir en Londres y no se acercaba a Edenhurst desde que se convirtió en hotel.

Los dos hermanos no podían parecerse menos. Tim Devereux era delgado y rubio, con cara de niño y un encanto natural que hacía que las mujeres lo tratasen como a un hijo ...

Sus labios se curvaron en una sonrisa cínica. De todas las emociones que James Devereux despertaba en el sexo opuesto, el instinto maternal debía ser el último de la lista.

Capítulo 2

HARRIET encontró una nota bajo la puerta cuando llegó a casa:

Harriet, me han dicho que vas a quedarte toda la semana, ¿quieres que vaya el lunes a limpiar, como siempre?

Saludos, Stacy

Ella era más que capaz de encargarse sola de la casa durante una semana, pero Stacy Dyer era una madre soltera y necesitaba el dinero, así que decidió llamarla.

Después de pasar el resto del día en el jardín, Harriet se fue temprano a dormir y, a la mañana siguiente, en contraste con el ritmo frenético que llevaba en Londres, se quedó leyendo en la cama un rato antes de levantarse. Pero mientras desayunaba, sintió que se le caía la casa encima. ¿Qué iba a hacer durante el resto del día... por no hablar del resto de la semana? Era triste aceptar que ya empezaba a estar aburrida. Vivir en Upcote de forma permanente no era como pasar algún fin de semana de vez en cuando.

Harriet se enfrentó con la realidad mientras fregaba los platos del desayuno. Su reacción instintiva a la oferta de James Devereux había sido desafortunada. Aunque le daba mucha pena deshacerse de la casa de su abuela, necesitaba el dinero ahora que estaba sola en el mundo, de modo que tomó una decisión: se quedaría hasta el fin de semana para salvar la cara y luego lo llamaría para decir que aceptaba su oferta.

Harriet encontró una mochila en el armario, guardó algo de dinero en el bolsillo y, armada con un paraguas por si acaso, decidió ir al pueblo a comprar el periódico del domingo. Cuando volvió a casa, había salido el sol y casi podía oír la voz de su abuela recordándole que había que atender el jardín.

Armada con un rastrillo, una carretilla y una enorme bolsa de plástico, se dispuso a trabajar, pero media hora después estaba sudando, le dolían las manos y el césped seguía lleno de hojas. Una cosa era segura: la jardinería parecía mucho más fácil en televisión.

Dos horas más tarde, cuando se incorporaba para estirar su dolorida espalda. dejó escapar un suspiro de frustración al ver a James Devereux acercándose por el camino.

-Hola, Harriet.

-Hola. Veo que sigues aquí.

«Ah, bien hecho, Harriet. Qué recibimiento».

-¿,Interrumpo?

-No, ya he terminado... por hoy. ¿Querías algo?

-Sólo he venido a saludarte.

A presionarla sobre la venta más bien, pensó ella. Pero entonces recordó que había tomado una decisión.

-¿Te apetece un té? Había puesto agua a calentar. ..

-Sí, muchas gracias.

Harriet se lavó las manos, deseando que sus pantalones cortos no fueran tan cortos y no estuvieran manchados de barro.

-Siéntate, por favor -murmuró, mientras buscaba tazas en el armario.

James obedeció, sin dejar de mirarla.

-A los trece años casi medías lo mismo que ahora. Recuerdo esas piernas tuyas...

A Harriet se le cayó la tetera de las manos.

-¡Ay!

Él se levantó de inmediato.

-¿Te has quemado?

-No, no mucho... sólo han sido un par de gotas.

James abrió el grifo del agua fría y sujetó su mano bajo el chorro.

-Estás temblando. Del susto, probablemente.

Pero su proximidad estaba empeorando la situación. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la camisa y el aroma de su colonia, mezclado con el olor de su piel, la mareaba. Pero era el hermano de Tim, se recordó a sí misma.

-Siéntate, Harriet. ¿Por qué no ha venido Tim a pasar el fin de semana contigo?

-Porque está en París, trabajando. Además, quería estar sola para tomar una decisión sobre la casa --contestó ella, sorprendida por el descubrimiento de que James Devereux era un hombre por el que podría sentirse atraída. Al menos, su cuerpo se sentía atraído. Su cerebro se negaba a creerlo.

-Si cambias de opinión y decides venderme la casa, podrías comprarte un apartamento. Tim me ha dicho que estás cansada de compartir casa con tu amiga.

Tim. pensó ella, irritada, debería mantener la boca cerrada.

-Es una idea tentadora -murmuró, sirviendo el té con manos temblorosas.

James se inclinó hacia delante.

-Lo que me asombra es que Tim y tú no viváis juntos. ¿Estáis esperando a casaros?

Harriet levantó los ojos.

-Yo soy un poco anticuada.

-¿Y qué dice mi hermano?

-Está de acuerdo conmigo.

-Eso sí que me asombra -sonrió él-. Pero ahora entiendo que esté deseando casarse.

-Francamente, me sorprende que tú hables bien del matrimonio.

-No te dejes llevar por mi ejemplo -dijo James entonces, su expresión ensombrecida-. Tim y tú sois almas gemelas. Madeleine y yo, no. Pero te pido disculpas si me he metido donde no me llaman.

-No pasa nada. ¿Quieres más té?

James se levantó, sacudiendo la cabeza.

-Tengo que irme. ¿Qué talla mano?

-Bien.

-Me alegro. Pero ten más cuidado la próxima vez.

¿Para qué habría ido a verla?, se preguntó ella. Desde luego, no para pedirle disculpas por un simple comentario. Y tampoco había insistido mucho en que le vendiera la casa...

Harriet se tocó la mano dolorida, recordando la reacción que la proximidad de James Devereux había provocado. Un escalofrío la recorrió entonces de la cabeza a los pies. Pero era absurdo, pensó, James era el hermano de Tim.

Por la tarde, Tim llamó desde París y se quedó perplejo cuando le contó que había visto tres veces a su hermano y que incluso había comido con él.

-Eso me recuerda... en el futuro no hables de mí con todo el mundo, guapo.

-Si te refieres a la venta de tu casa, Jed me lo preguntó, así que tuve que decírselo.

-Por lo visto, quiere hacer un alojamiento para empleados.

-Pues debe necesitarlo urgentemente si ha ido a verte tres veces.

-¡Ah, muchas gracias!

-Tú sabes a qué me refiero, Harry -rió Tim.

-Claro que lo sé. Por cierto, querido, me ha preguntado por qué no vivimos juntos.

Él lanzó un silbido.

-¿Y tú qué le has contestado?

-Le he dejado bien claro que no apruebo la convivencia antes del matrimonio -contestó ella, muy modosita.

-¿En serio? - Tim soltó una carcajada-. Te quiero, Harry.

-Yo también te quiero. Que lo pases bien... y tráeme algo de París.

Harriet colgó, sin sorprenderse de que Tim se lo tomara todo a broma. Su relación era muy especial y muy importante para los dos, pero secretamente no era la que daban a entender a los demás. Normalmente, Harriet no tenía problemas con eso, pero aquel día había experimentado una reacción extraña con James Devereux... una

reacción que no había tenido antes con otro hombre, ni siquiera con Tim.

Especialmente, con Tim.

Sin embargo, tenía que olvidar que había ocurrido. Si era capaz.

Stacy Dyer llegó a las nueve en punto a la mañana siguiente, con un ojo morado y un niño dormido en el cochecito.

-He tenido que traerme a Robert. ¿Te importa?

-¿Qué te ha pasado en el ojo? -exclamó Harriet.

Stacy se dejó caer sobre una silla.

-Su padre.

-¿Qué ha pasado?

-Greg fue a casa de mi madre anoche para ver a Robert. Había tomado un par de copas, así que no quise dejarle entrar. Le empujé y en la pelea me dio un codazo...

-¡No me lo puedo creer!

-Fue un accidente, Harriet. Él no es así -suspiró Stacy, deprimida-. Pero no pienso dejar que se acerque a Robert si sigue bebiendo. Ya tuve que soportar suficiente a mi padre. Greg no bebe mucho, pero está frustrado porque no encuentra trabajo y yo no pienso irme a vivir con él hasta que lo encuentre.

-¿Cuántos años tiene?

-Los mismos que yo. Me quedé embarazada cuando Greg y yo estábamos en el instituto -se encogió Stacy de hombros filosóficamente-. En este momento, lo único que encuentro son trabajos de limpieza, pero vaya clases de informática dos veces por semana, así que para cuando Robert empiece a ir al colegio, espero estar trabajando en una oficina.

-¿Y Greg? ¿Él tiene estudios?

-Terminó el bachiller, pero le gusta trabajar al aire libre, así que suele hacer de jardinero.

-O sea, que no lo tenéis nada fácil -suspiró Harriet-. Mira, Stacy, hoy no tienes por qué limpiar...

-Pero tengo que hacerla -la interrumpió ella, asustada-. Siento haber traído a Robert, pero no podía dejarlo en casa por si volvía Greg.

-Puedes traer al niño cuando quieras, pero tómatela con calma.

-Estoy bien, de verdad.

Robert despertó cuando su madre estaba terminando de limpiar el salón. Stacy le cambió el pañal, pero cuando intentó volver a meterlo en el cochecito el niño se puso a llorar.

-¿Por qué no me lo llevo un rato al jardín? -sugirió Harriet-. A lo mejor le apetece tomar el sol sobre una manta.

-Eso le encantaría -sonrió Stacy, poniéndole un gorrito-. Gracias, Harriet. He traído unos juguetes para él, así se entretendrá.

Robert, naturalmente, decidió que le gustaba eso de estar sentado en una manta, al sol. Sus lágrimas se secaron como por arte de magia cuando Harriet empezó a construir una torre con cubos de plástico. El niño la demolía con sus puñitos y exigía imperiosamente que se repitiera la actuación. Harriet obedecía, riendo, una y otra vez, y le dio pena cuando Stacy le dijo que había terminado con sus tareas.

-Lo hemos pasado muy bien -sonrió, devolviéndole a su hijo-. ¿Te vas a casa?

-No, primero tengo que limpiar la vicaría.

-¿Puedes llevarte a Robert allí?

-Normalmente no lo hago, pero esta vez no me queda más remedio. Espero que el vicario no esté escribiendo un sermón... -Stacy miró a Harriet, insegura-. ¿Te importaría que le diera el biberón aquí?

-No, claro que no. De hecho, ¿por qué no me dejas al niño mientras limpias la vicaría?

-No puedo hacer eso. No quiero aprovecharme de ti.

-¿Por que no? Si se pone a llorar, le llevaré a dar un paseo en el cochecito.

-¿En serio? ¿Lo dices de verdad?

-Claro que sí.

-No sabes cómo te lo agradezco, Harriet. Si hay algún problema, puedes llamarme al móvil -sonrió Stacy.

Cuando su madre se fue, Robert empezó a hacer pucheros, pero se animó en cuanto su nueva amiga lo sacó al sol. Jugaron un rato, pero enseguida los ojitos azules empezaron a cerrarse. Harriet lo cubrió con una manta, colocó un paraguas para evitar el sol y se tumbó a su lado, mirando aquella casita tan pequeña.

Un par de horas después, el niño despertó llamando a su mamá.

-Volverá enseguida, cariño. ¿Te apetece un zumo de manzana?

La eficiente Stacy había dejado un biberón con zumo en la bolsa y Robert dejó de gimotear.

-Qué niño tan bueno... -sonrió Harriet. Entonces olfateó el pañal-. Oh, no. Deberías ser un poco más considerado con una aficionada. Yo no he cambiado un pañal en mi vida.

Afortunadamente, el niño no protestó cuando lo tumbó en el sofá. Harriet había observado a Stacy cambiando el pañal, pero no era tan fácil. Tardó bastante debido a las risitas y a los bailoteos de Robert, pero una vez conseguido, lo sentó sobre sus rodillas y le dio una galleta, orgullosa de sí misma.

-¿Dónde está Stacy? -oyó un vozarrón en la puerta.

Harriet se levantó, asustada, apretando a Robert contra su corazón.

Pero al ver al joven, que había entrado sin que nadie lo invitara, el niño sonrió, contento.

-¡Démelo ahora mismo!

-¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

-Soy Greg Watts, el padre de Robert. ¡Démelo ahora mismo!

Intentó quitarle al niño, pero Robert se aferró al cuello de Harriet, llorando desconsoladamente.

-No seas idiota. ¿No te das cuenta de que estás asustándolo con esos gritos? Stacy me ha pedido que cuide de su hijo y no pienso soltarlo hasta que vuelva -le espetó Harriet.

-Yo soy su padre -insistió él. Pero cuando intentaba de nuevo arrebatarle al niño, apareció James Devereux, lo tomó por el cuello de la camisa y lo sacó a empellones de la casa. Luego cerró la puerta y volvió con Harriet.

-¿Te encuentras bien?

-Yo sí, pero el pobre Robert... -murmuró ella, besando el moflete mojado del niño-. Pobrecito, no llores. Mamá vendrá enseguida... James, no le habrás pegado, ¿verdad?

-Claro que no. Greg dice que es el padre del niño, ¿pero quién es la madre?

-Stacy Dyer, la chica que me hace la limpieza.

-Dame su número de teléfono. Voy a llamarla y luego le leeré la cartilla a ese patán.

La charla fue tan efectiva que, cuando terminó, Greg Watts prácticamente tenía que contener las lágrimas. En ese momento, Stacy entraba en la casa, asustada y nerviosa.

-Greg, ¿qué has hecho?

El joven se quedó mirando el ojo morado con expresión de angustia.

-Dios mío, Stacy, ¿eso te lo hice yo? Lo siento, lo siento, de verdad... Sabes que yo no querría hacerte daño por nada del mundo. Sólo quería ver al niño...

Para sorpresa de Harriet, Robert se había quedado dormido sobre su hombro.

-Está bien, Stacy -dijo en voz baja, cuando su madre lo tomó en brazos-. Al principio se asustó un poco, pero no ha pasado nada.

-La señorita Dyer debería llamar a la policía -sugirió James-. Evidentemente, intentabas llevarte al niño sin su permiso.

-¡No es verdad! --exclamó Greg-. Sólo quería llevarlo a casa de mi madre para que lo viera. Stacy no me dejó verlo anoche...

-Y si sigues portándote así, no volverás a verlo nunca -lo

interrumpió ella, enfadada.

-Por favor, no llames a la policía. No volveré a beber nunca más. Yo no soy como tu padre, en serio. Yo nunca le haría daño a mi hijo.

Stacy asintió.

-Lo sé.

Todos se quedaron un momento en silencio mientras la pareja se miraba a los ojos, como si estuvieran solos.

-Te llevo a casa, Stacy -dijo Harriet, pero la joven negó con la cabeza.

-No, gracias. Iré paseando con Greg.

Los ojos del chico se iluminaron.

-¿Me dejas ir contigo?

-Sí -contestó ella, volviéndose hacia Harriet-. ¿Quieres que venga el jueves?

-Claro.

-Gracias... pero estás muy pálida. Voy a hacerte un té.

-No, por favor. Lo haré yo -se ofreció James.

Stacy sonrió.

-Muy bien, señor Devereux. Vámonos, Greg.

El chico miró a Harriet, arrepentido.

-Lo siento mucho, señorita. Vine a hablar con Stacy y cuando la vi con mi hijo perdí la cabeza.

-Porque lo había dejado con una extraña -dijo ella, comprensiva.

-Pero eso no te da derecho a asustar a la señorita Verney -intervino James.

-Lo sé, señor Devereux. Cuando mi padre se entere, seguramente acabaré con un ojo morado, como Stacy.

-No se enterará por mí -le aseguró él.

Cuando por fin la pareja desapareció, Harriet se dejó caer sobre una silla.

-Pareces agotada. ¿Hay algo de beber en la casa?

-Vino, en la nevera.

-¿Nada de coñac?

-Puede que haya alguna botella en el salón -suspiró ella, levantándose. Pero James la empujó suavemente.

-Déjalo, iré yo.

Harriet se limpió unos trocitos de galleta de la camisa y consiguió sonreír cuando James volvió con dos copas de coñac.

-El equipo de emergencia de mi abuela.

-Sí, creo que ésta es, definitivamente, una emergencia -bromeó él.

-Gracias por rescatarme. La verdad es que me llevé un buen susto.

-Ya me imagino. Por eso me he puesto tan serio con él.

-El pobre Robert estaba encantado de ver a su padre hasta que se puso a gritar. Por cierto, ¿de qué conoces al padre de Greg?

-Frank Watts es el jardinero de Edenhurst. Y conozco a Greg de toda la vida.

-Pobrecillo. Me alegro de que Stacy sea tan comprensiva.

-Hablando de ser comprensivos, ¿le has contado a Tim que ayer comimos juntos?

-Sí, se quedó sin palabras por una vez en su vida -sonrió Harriet-. Yo también me quedé bastante sorprendida.

-¿Por haber sobrevivido a una comida con el ogro?

Ella apartó la mirada.

-Yo no te veo como un ogro.

-Mentirosa.

-Muy bien, un poquito. Cuando era joven.

-Ahora también eres joven, Harriet.

-Pero más sabia. Ya no me das miedo.

-¿Antes te daba miedo? -preguntó James, haciendo una mueca.

-Claro que sí. Cada vez que Tim desobedecía tus órdenes, me culpabas a mí.

-Porque sabía que obedecía las tuyas.

-Las mías eran sugerencias, no órdenes -le aclaró Harriet-. Además, ya sabes que Tim siempre acaba haciendo lo que quiere.

-Desde luego -sonrió él-. Pero a pesar de eso, o quizá precisamente por eso, sigo intentando protegerlo.

-Y estás convencido de que yo voy a hacerle daño -suspiró Harriet-. ¿De verdad crees que me acuesto con otros hombres?

James la miró, con los ojos encendidos.

-¿Es así?

Se miraron el uno al otro en tenso silencio durante unos segundos.

-No tengo por qué contestar -murmuró ella, volviendo la cara.

Pero James la obligó a levantarla con un dedo.

-¿Estás llorando?

-¿Te importaría marcharte?

-Lo siento, no tengo derecho a cuestionar tu vida privada...

-No, no lo tienes -Harriet buscó una servilleta de papel para secarse las lagrimas, pero James la apretó contra su corazón, como si fuera una niña.

-No llores, boba -murmuró, con un tono que la hizo llorar más.

Durante unos segundos, Harriet sollozó con abandono, pero cuando se percató de lo que estaba haciendo se apartó, asustada.

-Sólo es una reacción por lo de antes -intentó justificarse-. Vete, por favor. Prefiero llorar en privado.

-Yo preferiría que no llorases. Particularmente, si soy yo el culpable de tus lágrimas.

Ella levantó la mirada entonces.

-El hombre con el que me viste en el teatro es un compañero de facultad. No es asunto tuyo, James Devereux, pero para que lo sepas, yo no voy por ahí acostándome con todo el mundo.

Por una vez, James pareció completamente perdido.

-Harriet. ..

-Mira, estoy cansada. ¿Te importaría marcharte?

El asintió con la cabeza, pero antes de abrir la puerta se volvió.

-Cambiando de tema... necesito un ayudante de jardinero para Frank Watts. Si le ofrezco el trabajo a su hijo, el director del restaurante de Edenhurst podría mudarse aquí y Greg y Stacy podrían ocupar el apartamento que hay sobre el garaje. Piénsalo.

Harriet se quedó mirando la puerta durante largo rato. «Qué listo», pensó, soltando una risita. James Edward Devereux podía creer que había logrado convencerla, pero en realidad le estaba ofreciendo en bandeja una oportunidad para resolver su problema. Ahora podía vender la casa por un buen precio sin revelar que había cambiado de opinión. Y nadie tendría por qué saber que la idea de vivir sola en la casa End había perdido su atractivo después de sólo veinticuatro horas.

Capítulo 3

EL DRAMA dejó a Harriet sin entusiasmo para ir a Cheltenham a ver una película, como tenía pensado. En lugar de eso, después de comer se tumbó en el sofá de mimbre del invernadero e intentó concentrarse en la lectura. Pero, inquieta por razones que se negaba a analizar, abandonó después de un rato y decidió regar las flores que crecían en los linderos del jardín. Comprobó que había un hueco en el aligustre que no había visto antes, tomó nota para decírselo a James y, con pocas ganas de volver al interior de la casa en una tarde tan agradable, tomó el teléfono inalámbrico y se sentó en el banco de piedra del jardín para llamar a Dido.

-Ya era hora -dijo su amiga, indignada-. ¿Es que no escuchas los mensajes?

-Tenía muchas cosas que hacer.

Dramáticamente, Harriet le relató las aventuras del día.

-Qué susto, ¿no?

-En realidad, Greg es un niño. Y el hermano de Tim apareció justo a tiempo.

-¿Estamos hablando del famoso Jed?

-El mismo.

-¿Y se presentó en tu casa justo cuando apareció ese chico? ¿Por qué?

-Ni idea. Supongo que pasaba por aquí. Bueno, ¿y tú qué tal?

-Me han subido el sueldo y el sábado vaya hacer una, fiesta para celebrarlo. Dile a Tim que tiene que venir.

Después de colgar, Harriet se quedó pensativa. No le apetecía volver a Londres y tener que soportar una de sus fiestecitas. El apartamento estaría abarrotado de gente guapísima, todos empleados de la empresa de cosméticos en la que trabajaba Dido, nadie se marcharía hasta las tantas y, antes de irse a la cama, tendrían una bronca porque Harriet insistiría en limpiar el desastre.

Entonces recordó algo que había dicho su amiga: ¿Por qué apareció James justo cuando Greg entraba en su casa? Y luego se hizo otra pregunta: ¿Si no conociera a James Edward Devereux y lo hubiera visto por primera vez ese fin de semana, se habría sentido atraída por él? Harriet se mordió los labios. La respuesta era afirmativa. Tim se partiría de risa cuando se lo contara... aunque sería mejor no hacerla porque no lo entendería. Y era normal. Tampoco lo entendía ella.

Se iba a la cama cuando sonó el teléfono. Riendo, porque imaginaba quién podía ser, levantó el auricular.

-Las personas decentes se acuestan a horas decentes, Tim Devereux.

-Te equivocas de hermano, Harriet -oyó la voz de James.

-Ah, perdona. Hola...

. -Le he preguntado a Frank Watts si Greg estaría interesado en el puesto de ayudante de jardinero y me ha dicho que sí. Por supuesto, no le he hablado del alojamiento.

-¿Contratarías a Greg aunque yo no te vendiera la casa?

-Claro que sí -contestó James, impaciente-. Te llamo a estas horas porque me ayudaría conocer tu decisión antes de hablar con él. Piénsalo esta noche. Te llamaré por la mañana para ver si ya tienes la respuesta.

Harriet subió a su habitación y se asomó a la ventana; el nostálgico y veraniego aroma de las rosas le recordaba que su abuela habría aprobado a James Devereux como comprador de su casa. Olivia Verney siempre apreció mucho a Tim, pero también sentía un enorme respeto por el hermano que tanto se había esforzado por cuidar de él.

A la mañana siguiente, se levantó temprano. Después de ducharse, se puso una de las cremas que Dido le regalaba, se cepilló el pelo hasta que estuvo brillante y, en lugar de hacerse una coleta, lo dejó suelto, cayendo sobre sus hombros. Como toque final, un poco de colorete y brillo en los labios. Una vez que accediera a venderle la casa a James Devereux, podría no volver a verlo y el orgullo la obligaba a dejar una buena impresión.

No había llevado mucha ropa, de modo que eligió una falda vaquera y un top sin mangas de color miel, casi del mismo tono que su pelo. Y, en lugar de esperar a que James apareciese, decidió ir al pueblo a comprar el periódico. Volvió caminando despacio y lo encontró sentado en el banco del jardín, ataviado con un traje oscuro.

-Buenos días, Harriet. ¿Vas a algún sitio?

-Más tarde pienso ir a Cheltenham. Pensaba ir ayer, pero después del jaleo no me apetecía. Entra, por favor -sonrió ella, abriendo la puerta-. ¿Te apetece un café?

-Sí, gracias. ¿Qué tal te encuentras?

-Mejor -contestó Harriet, mientras encendía la cafetera-. En fin, vayamos al grano: acepto tu oferta. El chantaje moral ha funcionado a la perfección.

-¿Chantaje moral?

-Sabías que diría que sí en cuanto mencionaras la posibilidad de que Greg y Stacy tuvieran una casa.

James ni siquiera intentó negarlo.

-Pero puede que Greg no acepte el trabajo. Y aunque fuera así,

quizá Stacy no quiera vivir con él.

-Pero mi cuenta corriente habrá engordado mucho -dijo Harriet, pensativa-. ¿Por qué estás tan empeñado en comprar esta casa?

-Porque está cerca de Edenhurst y cumple los requisitos en cuanto a materiales y paisajismo... Hace tiempo le hablé a tu abuela de ello, pero me pidió que esperase a que la casa fuera tuya.

Ella asintió, con tristeza. -¿Cuándo te lo dijo?

-Un día, hace tiempo, vi a tu abuela apoyada en la verja de una granja en el camino de Withy Lane y me ofrecí a llevarla en el coche. La pobre estaba pálida y quise llamar al médico, pero se negó en redondo. Se puso una pastilla bajo la lengua y, después de fulminarme con esos ojos oscuros que tú has heredado, admitió que tenía un problema de corazón, pero me amenazó con volver de la otra vida si se lo contaba a alguien.

Harriet lo miraba, incrédula.

-¿Mi abuela sabía que estaba enferma?

James asintió.

-Ese día le dio tanto miedo que me lo contó confidencialmente. Me contó también que tus padres habían muerto muy jóvenes y no pudieron dejarte nada, pero que esta casa sería un seguro de vida para ti.

-Así que siempre has sabido que la heredaría...

-Claro. Cuando Tim me dijo que venías a pasar una semana para decidir si la vendías o no, decidí probar.

-Ya veo. Y, por cierto, ¿cómo es que apareces cada vez que estoy en un apuro?

James soltó una carcajada.

-Estaba comprobando si el tejado necesitaba alguna reparación cuando oí los gritos de Greg. Entonces atravesé un hueco que hay en el aligustre...

-¿También has visto eso? Qué extraño. ¿Un hombre tan ocupado como tú hace esas comprobaciones en persona?

-Normalmente, no. Pero aquí, en Edenhurst, me gusta encargarme de todo. ¿Tim te ha enseñado la casa que he construido donde estaba el antiguo establo?

-No. Viene a Upcote muy poco, pero cuando lo hace no quiere ni acercarse por la casa.

James sonrió.

-Menos mal que mi apartamento de Londres sí le gusta... aunque creo que a ti no. Te he invitado muchas veces, pero no has ido nunca.

Harriet se puso colorada.

-Es que... siempre tengo alguna cosa que hacer.

Él sonrió, irónico.

-No disimules. Tim me dijo que no te apetecía ir a la guarida del ogro.

-¿Tim ha dicho eso?

-No, la frase es mía. Pero ahora que hemos firmado una tregua, ¿irás algún día con mi hermano?

-Muy bien -Harriet vaciló un momento-. Oye, si te hago una pregunta, ¿me contestarás sinceramente?

-Si puedo...

-Tim me dijo que estabas en Upcote cuando mi abuela murió.

-Sí, es verdad.

-¿Y sabes qué pasó? Yo estaba de vacaciones en Escocia y, cuando volví, tuve la impresión de que el vicario me escondía algo.

Los ojos color ámbar se suavizaron.

-Puedes quedarte tranquila. Yo estaba aquí al lado, charlando con Alec Price, y tu abuela nos saludó con la mano. Unos minutos después la vimos caer al suelo y, cuando llegó la ambulancia, ya no había nada que hacer -le explicó, apretando su mano-. Murió en el sitio que había elegido. Estaba en su jardín y, un minuto después, con los ángeles.

-Gracias -musitó Harriet cuando encontró la voz.

James soltó su mano y miró el reloj.

-Vaya, es tardísimo. Tengo que irme.

-Espera un momento. Tenemos que hablar del papeleo de la venta...

-Ven a casa esta noche. Podemos hablar durante la cena.

Harriet negó con la cabeza.

-No, gracias. ¿Podrías pasarte por aquí esta noche, cuando tengas un rato?

-Como quieras. Pero acabaré muy tarde.

-No importa.

Harriet sintió una punzada de remordimientos cuando James se marchó. Sabía que lo había ofendido, pero le había dicho que no por vanidad. No tenía ropa para cenar en un sitio tan elegante como Edenhurst.

Suspirando, decidió ir a comer a Cheltenham y aprovechó para comprar un osito de peluche para Robert, un detalle para Dido... y, como su cuenta corriente estaría más boyante cuando vendiera la casa, compró también un vestido para la fiesta.

Tim llamó cuando acababa de llegar.

-Hola, ¿qué tal lo has pasado en París?

-¡De maravilla! He visitado montones de galerías, además del Louvre, claro, y he hecho cosas de turistas, como subir a la torre

Eiffel, dar un paseo por el Sena... Bueno, ya hemos hablado suficiente sobre moi, ¿qué tal en el tranquilo pueblo de Upcote?

-De tranquilo, nada -Harriet le relató sus aventuras y sorprendió a Tim con el «rescate» de su hermano.

-¿Le pegó?

-No, no, sólo lo sacó a empellones de aquí.

-¿Y cómo es que Jed estaba tan a mano?

-Estaba comprobando el tejado, por lo visto, y oyó los gritos de Greg y a Robert llorando...

-¡Vuelve a Londres ahora mismo! Upcote es un sitio peligrosísimo. Además, quiero que recibas con los brazos abiertos al viajero errante.

-Por supuesto -rió Harriet-. Por cierto, he vendido la casa. Tu hermano la ha comprado como alojamiento para el director del restaurante de Edenhurst.

-¿En serio? Hasta hace unos días, no querías ni oír el nombre de mi hermano... pero veo que ya no le odias.

-James pensó que eso te haría ilusión.

-Sí, claro. Pero, por razones evidentes, no te acerques demasiado a él.

-Claro que no. No tienes nada que temer, Tim Devereux.

-Me alegro -suspiró él-. Te echo de menos, Harry.

-Yo también. Oye, tengo que colgar... están llamando a la puerta.

Eran Stacy y Grez, emocionados con la noticia de que Greg tenía trabajo.

-Y vamos a vivir en el apartamento que está encima del garaje... por fin vamos a vivir juntos, como una familia.

Harriet los felicitó, alegrándose de que su decisión de vender la casa hubiera dado como resultado un final feliz para la pareja.

James llegó después de las diez, con una camisa blanca de algodón y pantalones de sport.

-Siento llegar tarde -sonrió, ofreciéndole una botella-. He traído champán para celebrarlo. ¿O has cambiado de opinión?

-Claro que no. Stacy y Greg han venido hace un rato para darme la noticia. Estaban entusiasmados.

Él sonrió, mientras descorchaba la botella.

-Creí que iba a desmayarse cuando le dije que el puesto de trabajo incluía alojamiento.

-Debiste sentirte como un dios.

-No creas. Si tuviera ese poder, habría cambiado muchas cosas en mi vida. Para empezar, mi matrimonio.

Harriet se acercó al armario para sacar dos copas.

-La última vez que mencioné ese asunto, cambiaste de tema.

-Y estropeé el almuerzo -asintió él, sirviendo el champán-. Pero, como sabes, mi mujer me dejó por la sencilla razón de que había conocido a otro hombre.

- Tim estaba encantado. No le gustaba Madeleine.

-La pobre Madeleine cree que lo único que puede ofrecer es su belleza. Cuando empezaron a reemplazarla en las revistas por caras nuevas, las dietas y el ejercicio ya no eran suficientes, así que decidió operarse. Yo le advertí que estaba obsesionada, que eso no era sano... y me dejó -suspiró James, tomando un sorbo de champán y volviendo a llenar las copas.

-Éste es mi límite. Si bebo un poco más, empezaré a contarte la historia de mi vida.

-Eso sería lo justo, yo te estoy contando la mía. Aunque ya conozco casi toda tu vida.

No toda, pensó Harriet. Afortunadamente.

-¿Madeleine es feliz con su nuevo marido?

-Ni idea. Sólo nos comunicamos a través de abogados.

-Hablando de abogados, ¿qué tengo que hacer para vender la casa?

James le explicó los detalles de la transacción y luego le pidió que le enseñara las habitaciones para comprobar si había que hacer alguna reparación.

-No sé qué hacer con los muebles -dijo Harriet-. Quiero conservar algunas cosas, pero no imagino estos muebles tan grandes en Londres.

-No, es verdad. Además, a Tim le gusta la decoración moderna. Sugiero que hagas una lista de las cosas que quieres conservar y enviaré el resto a una subasta en Pennington.

-Muy amable por tu parte -sonrió ella, haciendo una mueca cuando un relámpago iluminó la escalera.

-A veces, yo también puedo ser amable.

-Greg y Stacy pueden dar fe.

-Amable contigo quería decir.

Harriet se volvió para mostrarle la habitación que su abuela había amueblado para ella cuando tenía trece años. Lo único que faltaba era su osito de peluche, que estaba en Londres.

-He decidido dormir en el cuarto de mi abuela por si acaso no tenía oportunidad de volver a hacerla -murmuró, mientras le enseñaba la habitación-. Este armario es demasiado grande, pero me gustaría quedarme con la cama y la cómoda. Es preciosa, ¿verdad?

-Supongo que esto es doloroso para ti -dijo James entonces.

-Un poco, pero hay que hacerla -suspiró ella, parpadeando--. Perdona, es que el champán hace que me ponga sentimental... Y tampoco me gustan mucho las tormentas.

Harriet se sobresaltó cuando un trueno retumbó sobre sus cabezas y James le pasó una mano por la cintura.

-No hay nada que temer.

Se equivocaba. Estar tan cerca de él era peligroso porque le gustaba demasiado. Se quedó inmóvil, pero cuando levantó la cabeza, James la estaba mirando como si no la hubiera visto nunca. Estaba como hipnotizada cuando él inclinó la cabeza para besarla. Cuando sus labios se encontraron, abrió los suyos y James Devereux la besó con tal pasión que le fallaron las rodillas y cayó sobre la cama. James cayó sobre ella, sin dejar de besarla, y sólo el retumbar de un trueno hizo que Harriet pusiera los pies en la tierra. Incrédula, se levantó de un salto.

Con los ojos cerrados, deseó que James Devereux desapareciera... pero él llegó a su lado y levantó su barbilla con un dedo.

-Abre los ojos, no voy a hacerte nada.

-Sólo ha sido un beso -dijo Harriet.

-Pues a mí me ha parecido mucho más que eso.

-Sólo ha sido un beso -insistió ella.

-¿Como éste? -musitó James entonces, abrazándola de nuevo. Harriet luchó durante un segundo, pero enseguida se rindió. Por primera vez en su vida sentía auténtico deseo por un hombre. Un deseo que la quemaba y que parecía quemarlo a él también... hasta que se apartó de golpe.

-¿Qué demonios estoy haciendo?

-¿Un experimento? -sugirió ella, apartándose el pelo de la cara.

-¿Qué quieres decir?

Harriet respiró profundamente.

-Ya te he dicho que no voy acostándome por ahí con todo el mundo. A lo mejor me estabas poniendo a prueba.

James Devereux se quedó pálido

-No. Una prueba implicaría pensamiento consciente. Yo... sólo sé que, de repente, te deseaba. Y, que Dios me perdone, sigo deseándote.

Ella se pasó una mano por la frente.

-¿Por qué? Ni siquiera nos caemos bien.

James sonrió, irónico.

-Aparentemente, nuestras hormonas no piensan lo mismo -entonces la sonrisa desapareció-. ¿Vas a contárselo a Tim?

-Claro que no. ¿Y tú?

-No. Soy yo el que siempre intenta protegerlo y ahora... Será mejor que lo olvidemos.

-Sí.

-Pero no estoy seguro de poder hacerlo.

Harriet tampoco estaba tan segura.

-Estábamos hablando de Madeleine y yo me he puesto triste porque voy a vender la casa ... Además, las tormentas me asustan.

-Pero eso no tiene nada que ver con lo que ha pasado. Contigo entre mis brazos, me he olvidado de todo y de todos, incluido mi hermano. Ríete si quieres.

-No me apetece -murmuró ella.

-A mí tampoco. Vámonos, por favor, tenemos que alejarnos de esa cama -dijo James entonces.

En la cocina, con la mesa entre ellos y la tormenta alejándose, se sintió un poco más tranquila mientras se enfrentaba al hombre que acababa de poner su vida patas arriba.

-Llamaré mañana al abogado de mi abuela.

James Devereux asintió.

-Si me das su teléfono, yo se lo daré al mío.

-Y hasta que la venta sea oficial, seguiré pagándole a Stacy para que limpie la casa -dijo Harriet, sin mirarlo.

-Yo me encargaré de eso a partir de ahora. Puede seguir trabajando aquí cuando la casa cambie de manos... y hablaré con la encargada de Edenhurst. Puede que también encuentre algo para ella en el hotel.

-Gracias. Eso le vendría muy bien.

La lluvia golpeaba las ventanas y los truenos seguían retumbando en la distancia, pero ninguno de los dos se percataba de los elementos. Harriet se mordía los labios, nerviosa, esperando que se fuera y esperando, también, que se quedara.

-Dime la verdad, Harriet. Si no nos conociéramos, ¿habrías dejado que me quedase esta noche?

-Me habría gustado -contestó ella, con sinceridad.

-Pero, por Tim, eso no pasará nunca.

-No quiero hablar de Tim ahora mismo -murmuró Harriet.

-Pues entonces, hablemos de nosotros.

-No hay un «nosotros», James.

-O sea, que tenemos que olvidar este episodio, como si no hubiera pasado nunca.

-Eso es exactamente lo que tenemos que hacer.

James la tomó por la cintura y la besó con tal fuerza que Harriet estaba sin respiración cuando por fin la soltó.

-Otro recuerdo que borrar -dijo salvajemente antes de salir, cerrando de un portazo tras él.

Capítulo 4

AL DÍA siguiente, Harriet llamó a Stacy con un cambio de planes.

-Me marcho hoy mismo a Londres. Le he vendido la casa al señor Devereux... él te pagará a partir de ahora. ¿Puedes preguntarle a Greg si le importaría atender un poco el jardín hasta que cambie de manos?

-Claro que no. Lo hará encantado. ¿No piensas volver por aquí?

-No lo sé. Por cierto, ayer le compré un regalo a Robert, pero con las emociones se me olvidó dártelo anoche. Lo he dejado en la cocina.

-Muchas gracias, Harriet. Por favor, ven a vemos alguna vez.

Después de prometer que lo haría, envió un mensaje a Dido y Tim diciendo que volvía a Londres, comprobó que no se dejaba nada y llevó su maleta hasta el taxi que esperaba en la puerta. Mientras se alejaba, Harriet miró la casa de su abuela con nostalgia, esperando haber tomado la decisión acertada.

Cuando entró en el apartamento de Dido, a la hora de comer, todo estaba increíblemente ordenado y limpio. Impresionada, llevó su maleta a la habitación y sacó el cojín que había comprado en Cheltenham para su amiga. Fue a la habitación para dejarlo sobre su cama, pero cerró la puerta de inmediato. Dido estaba en la cama... acompañada.

Harriet suspiró. La quería mucho, pero eso de vivir con ella tenía sus problemas. Era bastante habitual encontrarse con sus «amigos» en el pasillo, en la cocina o en el cuarto de baño. Pero sólo durante los fines de semana. Que alguien hubiera dormido allí un día de diario era algo nuevo. Suspirando, Harriet fue a su cuarto y, después de deshacer la maleta, se puso a leer el periódico. Estaba terminando el crucigrama cuando Dido llamó a la puerta.

-Puedes salir. Ya se ha ido.

El rostro pálido bajo la cascada de fino pelo rubio, Dido sonrió, culpable, cuando Harriet se reunió con ella en la cocina.

-Me sentía muy sola sin ti. ¿Quieres que haga la comida?

-¿Seguro que no estás cansada? -bromeó Harriet, pestañeando exageradamente-. Siento haber entrado en tu habitación... pero cerré la puerta enseguida, lo prometo.

Dido no sonrió, como ella esperaba.

-No esperaba que volvieses tan pronto. Aunque da igual, tú sabes que no era Tim ... yo nunca te haría eso.

-¿Y quién era?

-No lo conoces -murmuró Dido, sin mirarla-. Louise, del departamento de ventas, llevó a su hermano al pub anoche. Luego me trajo a casa y... bueno, ya sabes.

-Se ha quedado a dormir -dijo Harriet, resignada.

-¿Por qué no? Para ti es diferente, tú tienes a Tim.

-A veces, salgo con otros hombres.

-Pero no te acuestas con ellos. Para ti sólo existe Tim. Yo no tengo a un hombre así en mi vida.

-Venga, Dido, tú tienes docenas de hombres.

-Pero ninguno que me importe... -su amiga levantó la cabeza, consternada, cuando sonó el timbre.

-No te preocupes. Si es tu misterioso amante, le diré que se vaya. Escóndete en el cuarto de baño.

Harriet levantó el telefonillo y sonrió, encantada, al oír una voz familiar. Tim subió los escalones de dos en dos, con una bolsa en la mano y una gran sonrisa en los labios.

-Genial… ya estás aquí. Vengo con regalos, cariño. ¿Me das de comer o tienes algún amante escondido?

-Hoy no -contestó Harriet, abrazándolo-. No te esperaba tan pronto. ¿Vienes de la galería?

-Sí, y estoy muerto de hambre.

-¡Qué sorpresa! Pídeselo amablemente a Dido y seguro que te prepara algo.

-¿Y dónde está? -preguntó Tim, tomando un trozo de pan.

-En el baño, creo.

Tim se acercó a la puerta y empezó a golpearla con los puños.

-Sal de ahí, Dido. Te he traído un regalo y estoy muerto de hambre.

-Sé amable con ella. Acaba de levantarse.

-No te preocupes, la trataré con suavidad... o quizá no. Puede que le guste demasiado.

Harriet rió, admirando su chaqueta y el nuevo corte de pelo.

-Estás estupendo. ¿Lo has pasado bien?

-De maravilla. ¿Cómo has podido sobrevivir en Upcote?

-Marchándome en cuanto pude.

-¿Tan horrible ha sido? -los familiares ojos color ámbar se clavaron en lo suyos-. Luego me lo contarás... ¡ah! -Tim se volvió para saludar a una Dido perfectamente peinada y maquillada-. Aquí estás.

-¿Qué has hecho en París, Tim Devereux?

-Os lo contaré mientras comemos... si me dais algo de comer, claro. Te he traído un perfume que volverá a los hombres locos de pasión.

Tim la animó, como siempre, pero después de comer, Dido se despidió.

-Sé que quieres estar a solas con Harriet, así que me voy de compras. Nos vemos luego.

-¿Qué le pasa a la rubita? -preguntó Tim.

Harriet suspiró.

-Anoche durmió con un hombre.

-Eso no es tan raro.

-Era un chico al que acababa de conocer. Otra vez. Últimamente, me preocupa. Parece desesperada por encontrar a un hombre como tú.

-¿Como yo?

-Alguien especial. Se ha puesto botox en el entrecejo, se ha blanqueado los dientes, se ha teñido las pestañas y no sé qué más.

-Tú no haces eso, ¿verdad?

-¿Acostarme con extraños?

-Me refiero a los tratamientos de belleza.

-No, sólo un tratamiento básico, pero no te hagas el inocente. Tú sabes muy bien que a Dido le gustas.

-Y tú sabes perfectamente que no tiene nada que hacer -sonrió Tim, sentándose a su lado en el sofá-. Deja de pensar en Dido. Ella hace su vida.

-Lo sé. Y ahora cuéntame todo lo que has hecho en París.

Media hora después, cuando estaba a punto de irse, Tim le preguntó qué más había pasado en Upcote.

-No mucho más -contestó Harriet, con un nudo en el estómago-. Después de pasear y tomar un poco el sol, le vendí la casa a tu hermano.

-A un buen precio, espero.

-Sí, claro. Pero podría haberlo resuelto en un día. Es una pena que haya perdido una semana de vacaciones.

-Aún te quedan quince días.

-Estoy deseando ir a Italia.

Tim sonrió.

-Está claro que ahora te llevas mejor con Jed, ¿no?

-Hemos firmado una tregua. Pero desaprueba mi amistad con otros hombres --contestó Harriet, mirándolo a los ojos-. Cree que puedo hacerte daño.

Él se encogió de hombros.

-Jed siempre intenta protegerme. Además, yo sé que nunca me harías daño.

-Eso díselo a tu hermano.

Tim le dio un cachetito en la mejilla.

-¿Por qué siempre le llamas «tu hermano»? ¿No puedes decir su nombre?

-Nunca le llamaré Jed. Pero de vez en cuando intentaré llamarle James. Es parte del tratado de paz, que he firmado sólo para hacerte

feliz.

-Tú siempre me haces feliz -sonrió Tim-. Te he echado de menos, Harry.

-Yo a ti también. Me alegro de que lo hayas pasado bien en París... Por cierto, Dido piensa hacer una fiesta el sábado por la noche. Estás invitado.

-Ah, dile que acepto encantado -sonrió él, llevándose una mano a la frente-. ¡Casi se me olvida! A Dido le he traído un perfume, pero a ti te he traído algo especial.

Harriet rasgó el papel de regalo y sacó un conjunto de ropa interior con la etiqueta de un famosísimo diseñador francés.

-Es precioso... ¡y de mi talla! Gracias. Me lo pondré el sábado.

Pero mientras seguía los estrictos consejos de Dido: limpieza/ tónico/hidratante antes del maquillaje el sábado por la noche, era en J ames Devereux en quien pensaba.

El color caramelo de su pelo ondulado era natural, la forma de su cuerpo bajo el vestido, natural, y el efecto, satisfactorio. Harriet lanzó un beso de aprobación al espejo. Él no la vería, pero incluso James Devereux debía admitir que el patito feo se había convertido en un cisne bastante presentable.

Tim seguía sin aparecer cuando el apartamento estaba hasta los topes de invitados.

-¿Dónde está? -preguntó Dido, impaciente, mientras abrían botellas de cerveza en la cocina.

-Llegará enseguida, imagino.

Pero cuando Tim llegó, iba acompañado.

-Hola, preciosa -sonrió, besando a Harriet-. Jed decidió pasar por mi casa justo cuando me iba y ha sido tan amable de traerme en coche.

-Ah, hola -dijo Harriet, deseando golpear a Tim con una de las botellas que tenía en la mano-. Qué sorpresa. Vaya buscar a Dido.

-Yo iré -se ofreció él, perdiéndose entre la gente como un criminal ansioso por escapar.

Afortunadamente para él, pensó Harriet, furiosa.

-Puedo irme ahora mismo si quieres -sugirió James, burlón. Pero Dido apareció en ese momento y, encantada, le invitó a una copa.

-Por fin te conozco. He oído hablar mucho de ti.

-Y yo de ti -sonrió él, seductor.

Cuando Dido desapareció para recibir a más invitados, James se acercó a Harriet.

- Tim insistió en que subiera a saludarte.

-Supongo que tendrás cosas más importantes que hacer.

-Quería verte -dijo él en voz baja-. Pasé por tu casa a la mañana siguiente, pero el pájaro había volado.

-Me pareció lo mejor.

-Tengo que hablar contigo.

-Si es sobre la casa...

-¿Estáis discutiendo? -los interrumpió Tim.

-No, estamos hablando de la casa -contestó Harriet.

-Le estaba diciendo que tenemos que vemos para hablar de los muebles -añadió James.

-Ah, buena idea. Podemos comer juntos mañana -sugirió Tim.

-Estupendo. Comeremos en mi apartamento.

-¿Te parece bien, Harriet?

-Sí, claro -dijo ella, resignada.

-Nos vemos mañana entonces, a la una -se despidió James-. Harriet, ¿me acompañas?

-Sí, claro.

Salieron al descansillo y, al cerrar la puerta, el estruendo de la fiesta se evaporó. James se quedó mirándola, en silencio, con sus ojos tan parecidos y tan diferentes a los de Tim, manteniéndola cautiva por un momento antes de decir lo último que ella hubiera esperado:

-Estás preciosa, Harriet.

-Vaya, gracias. ¿Te gusta mi traje de cisne?

-Nunca has sido un patito feo. Ah, por cierto, a Robert le ha encantado el oso de peluche.

-¿Lo has visto?

-Stacy lo llevó con ella cuando fue a ver el apartamento del garaje -contestó James, acercándose un poco más-. Tenemos que hablar a solas, Harriet. Dime dónde y cuándo.

Ella negó con la cabeza.

-No hace falta. Mañana iré a tu apartamento diez minutos antes de la una.

-Ah, ¿de verdad irás?

-Claro que sí -contestó Harriet, cortante.

-Muy bien. Te estaré esperando. Buenas noches.

James se marchó, llevándose con él la ilusión de Harriet por la fiesta. Deprimida, arrancó a Tim de las garras de tres compañeras de Dido y se alegró cuando él aceptó llevarse una botella de vino a la habitación para celebrar una fiesta particular. Pero cuando abrieron la puerta, encontraron la cama ocupada.

-¡Se acabó! -exclamó Harriet, cerrando de un portazo-. Tengo que alquilar un apartamento.

-Podríamos ir al mío -sugirió Tim, cuando se le pasó el ataque de

risa.

Ella negó con la cabeza.

-No, es muy tarde. Vamos al balcón y recemos para que no llueva.

Cuando Tim iba a marcharse, Harriet le recordó la comida del día siguiente en casa de su hermano.

-Pero no hace falta que vengas a buscarme. Nos veremos allí.

Él la miró, acusador.

-¿Eso significa que vas a darnos plantón, como siempre?

-Claro que no. Tengo cosas que discutir con tu...

-Por favor, llámale por su nombre.

-Muy bien, pesado. Hala, vete a dormir.

-Buena noches, amor. Nos vemos mañana -sonrió Tim, dándole un besito en los labios-. Por cierto, ¿te he dicho que esta noche estás para comerte, Harry?

-Tú no me lo has dicho, pero me lo han dicho otros.

Eran las tres de la mañana cuando, por fin, el último de los invitados desapareció y, por una vez, Dido aceptó limpiar sin discutir.

-Tim se ha marchado muy temprano -se quejó, vaciando un cenicero en la basura-. Por cierto, el famoso Jed está buenísimo. ¿Por qué no se ha quedado un rato?

-Ni idea. Tim y yo vamos a comer con él mañana.

Dido sonrió, incrédula.

-¿Y piensas ir o vas a hacer lo de siempre?

-Tengo que ir -suspiró Harriet-. He de solucionar ciertos detalles de la venta de la casa. Bueno, voy a cambiar mis sábanas por segunda vez en un día. Entré con Tim para tomar una copa a solas y me encontré a una pareja revolcándose en mi camita...

-¡Ay, qué horror! -exclamó Dido-. ¿Y qué hicisteis?

-Salir al balcón. Hacía una noche preciosa.

-Lo siento.

-No es culpa tuya.

Dido suspiró, mientras golpeaba los cojines del sofá.

-Supongo que, ahora que has vendido la casa de tu abuela, querrás comprarte un apartamento.

-Sí, la verdad es que sí -admitió Harriet-. ¿Puedes pagar la hipoteca sola o tendrás que buscar otra compañera de piso?

-Me han subido el sueldo, así que no creo que tenga ningún problema -contestó Dido, sin mirarla-. ¿Tim y tú vais a vivir juntos?

-Aún no. Por el momento, me apetece estar sola.

-¿Pudiendo vivir con Tim? Estás loca.

Tener que ver a James Devereux al día siguiente hizo que Harriet no pudiera pegar ojo en lo que quedaba de noche. Vedo de forma

inesperada y fuera de contexto la había dejado turbada y él lo sabía.

Al día siguiente estaba lloviendo yeso le dio la excusa perfecta para ponerse unos pantalones caqui de combate y una sencilla camiseta negra. Así dejaba claro que aquella no era una ocasión especial. Desde el primer día, Tim la había vuelto loca con descripciones de su apartamento, que tenía una grandiosa vista del Támesis, que ocupaba dos pisos de una elegante casa victoriana que su socio, Nick Mayhew, y él habían transformado en lujosos apartamentos ...

Harriet pagó el taxi, corrió hasta el portal y subió en el ascensor hasta el cuarto piso, intentando sonreír con cierta normalidad. James abrió la puerta en vaqueros y camisa de cuadros.

-Así que has venido. Bienvenida -sonrió, tomando su paraguas-. Entra, por favor.

La tensión de Harriet desapareció al ver el apartamento. Las ventanas abovedadas originales de la casa contrastaban con un interior que parecía un decorado de ciencia-ficción. Sofás semicirculares de piel blanca rodeaban una enorme pantalla de plasma con altavoces de pie y, desde las ventanas de la cocina-comedor, todo en cristal y acero, había una increíble panorámica del río.

-¿Vas a decir algo?

-Esto no se parece nada a Edenhurst.

-Cierto -asintió él-. ¿Cuál es el veredicto?

-Por una vez, Tim no exageraba -contestó ella, acercándose a una de las ventanas-. ¿No es un poco como vivir en una pecera?

-En el dormitorio tengo contraventanas de madera... para que no se cuelen las gaviotas. ¿Quieres beber algo? Tengo champán...

-No, gracias -lo interrumpió Harriet.

-Relájate, niña.

Ella se volvió, irritada.

-No soy una niña.

-No, es verdad. Todo sería más fácil si lo fueras. ¿Qué puedo ofrecerte?

Harriet, con un vaso de zumo en la mano, lo acompañó a ver el resto de las habitaciones. En su dormitorio, con muy pocos muebles, destacaba una enorme cama cubierta por un edredón blanco.

-¿Dónde está el cuarto de baño?

-Por aquí -contestó James, apartando un panel de cristal opaco. Tras él, un baño en blanco y acero, tan aséptico que parecía un quirófano-. ¿Quieres entrar?

-No, gracias -contestó ella. Pero, con las prisas por salir, le echó un poco de zumo en la camisa.

James tomó una toalla, levantando los ojos al cielo.

-Por favor, Harriet, deja de portarte como si te fuera a comer. No vaya hacerte nada ... aunque la idea es muy tentadora.

Ella soltó una risita nerviosa.

-Perdona. ¿Te he manchado la camisa?

-No, ya está. Vamos a ver el resto de la casa. Luego hablaremos, antes de que llegue Tim -murmuró James, mirando el reloj-. No creo que tarde mucho.

Pero cuando le estaba enseñando la cocina, sonó el teléfono.

-¿Tim? Dime... tienes la voz ronca... ah, en ese caso, quédate en la cama. No te preocupes, te paso a Harriet.

-Oye, ¿qué pasa? -preguntó ella.

-Llamé al apartamento, pero Dido me dijo que ya te habías marchado. Te he llamado al móvil, pero estaba desconectado. ¿Se te ha olvidado cargarlo otra vez? -preguntó Tim, con una voz que no parecía la suya.

-Me parece que sí. Perdona. ¿Qué te pasa?

-Estoy fatal. Cuando llegué a casa me tomé una copa... o tres, con mis compañeros de piso. Le he dicho a Jed que estoy resfriado, pero la verdad es que tengo una resaca del demonio. Lo siento, cariño. No puedo ir a comer.

-Ah, ya. Bueno, bebe mucha agua y duerme un rato -suspiró ella, resignada-. Cuídate. Te llamo esta noche.

-¿Quieres que pida un taxi o puedo convencerte para que te quedes? -preguntó James después.

Harriet se lo pensó un momento.

-Me quedaré. Pero sólo a comer.

-¿No vas a quedarte a la orgía? -bromeó él.

-Quizá debería pedir un taxi...

-No, no, deja que te invite a comer.

Naturalmente, no le ofreció un simple sándwich, sino pintada fría con una ensalada de canónigos y piñones.

-¿Comes así todos los días?

-No, suelo comer cosas sencillas -sonrió James, sirviéndole una copa de vino-. Y éste es un Sauvignon de Nueva Zelanda, un vino muy asequible.

Harriet lo miró, mientras untaba mantequilla en el pan.

-Esto tiene gracia. Tim no ha aparecido... cuando normalmente soy yo la que no aparece.

-Lo de Tim era una resaca, ¿verdad?

-Me temo que sí -rió ella-. Supongo que pensó que su hermano mayor se enfadaría si le contaba la verdad.

-Todo el mundo tiene resaca alguna vez. ¿Por qué iba a

enfadarme?

-Porque se siente culpable.

-Yo también me siento culpable.

-¿Por qué?

James la miró a los ojos.

-Porque estoy encantado de comer a solas contigo. Es una estupidez admitirlo porque seguramente saldrás corriendo.

Harriet negó con la cabeza.

-Se supone que tenemos que hablar, ¿no? Para eso estoy aquí.

-Hasta que te vi en la puerta no estaba seguro de que vinieras.

-Ni yo, pero se lo prometí a Tim.

-Ya, claro -suspiró éL resignado-. No me has dicho qué te parece el apartamento.

-No es exactamente... hogareño.

-No quiero que lo sea. Es una especie de piso piloto, diseñado para que los clientes vean lo que se puede hacer con una casa victoriana.

-No me gusta mucho, la verdad. Comprendo que es muy innovador, pero demasiado frío para mí. Yo no podría vivir aquí.

Tim se mudaría mañana mismo. -Eso me ha dicho... ad náuseam.

James rió mientras se levantaba para quitar los platos.

-Me agrada saber que no estáis de acuerdo en todo -dijo, llevando a la mesa una bandeja con queso y fruta-. Bueno, hablemos de los muebles. Sugiero que hagas una lista con las cosas que quieres conservar y el resto te lo compraré yo.

Harriet abrió mucho los ojos.

-¿Para el director del restaurante?

-No, él llevará sus propios muebles. ¿Has decidido lo que quieres?

-Sólo la cómoda georgiana y el armarito con las figuras de porcelana... ah, y la cama de mi abuela -contestó ella, sin apartar los ojos de la naranja que estaba pelando.

-El armario y la pantalla de la chimenea quedarían estupendos en mi apartamento de Edenhurst, así que me los quedaré yo -dijo James-. El resto será para Stacy y Greg, si te parece bien.

-Me parece estupendo -sonrió Harriet-. A mi abuela le habría gustado.

-¿Y a ti?

-También.

-Te pagaré un precio justo...

-Sería mejor pedir una tasación profesional.

-¿Crees que voy a engañarte? -preguntó James, sorprendido.

-No, claro que no. Lo que me temo es que me pagues por los muebles más de lo que valen ... como has hecho con la casa.

-Soy un hombre de negocios, no me dedico a la caridad. Voy a pagarte por la casa lo que vale -replicó él bruscamente-. Y si dudas de mi palabra, llama tú misma al tasador.

Capítulo 5

HARRIET miró a James, sorprendida.

-Si te he ofendido, lo siento. Sólo quería decir que no quiero que me trates de forma especial porque...

-¿Por lo que pasó en tu casa? -la interrumpió él-. ¿Crees que voy a pagarte por eso? Es algo que debemos olvidar, tú misma lo dijiste.

-Sabes que no me refería a eso -replicó Harriet, furiosa-. Me refería a mi relación con Tim.

-Mi hermano no tiene nada que ver con esto.

-Claro que tiene que ver. Si no fuera por él, yo no estaría aquí.

-¿Crees que no lo sé? -le espetó James.

Estaban mirándose a los ojos, furiosos. Luego él suspiró.

-Esto es ridículo. Sólo quiero pagarte el mejor precio posible, Harriet.

-¿Para que Tim y yo nos vayamos a vivir juntos? James frunció el ceño.

-Tú dijiste que no eso no iba a pasar por el momento.

-Y es verdad.

-Me alegro.

-¿Por qué? -preguntó Harriet.

James se pasó una mano por el pelo.

-Me parece que debemos hablar de ciertos hechos de la vida...

-¿Qué quieres decir?

-Los dos queremos a Tim, ¿no?

-Naturalmente.

-Pero sabes que mi hermano es un eterno Peter Pan, ¿no?

-Sí, claro que sí. Después de todo, sólo tiene veintitrés años.

-Y tú también.

-La hembra de la especie madura antes que el macho -bromeó Harriet-. No te preocupes, no tengo intención de hacer que Tim siente la cabeza. Ahora mismo, lo que me apetece es tener un apartamento propio. Sobre todo, después de lo de anoche.

-¿Por qué?

Harriet se lo explicó, manteniendo la mirada fija en la catedral de St. Paul, en la distancia. Luego se volvió para mirarlo.

-Ríete, pero acababa de cambiar las sábanas.

-O sea, que fue la proverbial gota que colmó el vaso. El acto de amar no es un deporte para espectadores.

-¡No nos quedamos a mirar! Aunque a Tim le pareció desternillante -admitió ella, riendo.

--Siento haberte hablado en ese tono antes, Harriet. Pero es que a

veces me sacas de quicio.

-Sí, lo entiendo. Perdona.

-Prometo enviarte una copia de la valoración de Adam Dysart.

-Gracias -sonrió ella, ofreciéndole su mano-. ¿Amigos?

James tomó su mano, pero en lugar de estrecharla se la llevó a los labios. Y Harriet dio un respingo.

-Harriet, por favor...

-Perdona, es que estoy un poco cansada. Me pasé horas limpiando después de la fiesta.

-Si tu amiga hace fiestas a menudo, entiendo que quieras tener tu propio apartamento -bromeó James-. Espera, voy a hacer café.

-Gracias.

Mientras lo tomaban, le habló de su trabajo como ayudante del director de una empresa de cazatalentos y de sus reticencias para darle una semana de vacaciones.

-Giles Kemble es un hombre muy sofisticado y no podía entender que fuese a enterrarme en el campo durante toda una semana.

-Pero saliste corriendo mucho antes -le recordó James.

-No salí corriendo. Una vez vendida la casa, no tenía mucho más que hacer.

-Sí saliste corriendo. Temías que yo volviera para seguir con lo que habíamos empezado.

-Eso no es verdad -protestó Harriet-. Sabía que tú no harías eso.

-Ojalá yo tuviera esa misma convicción -suspiró James-. Quería hacerlo, Harriet. Pero no lo hice por razones obvias. Además, tú no me habrías dejado. Anoche dejaste claro que preferías no volver a verme.

-Siento haber sido grosera -suspiró ella-. Aunque Tim no se habría dado cuenta de nada. Él cree que te odio.

James levantó una ceja.

-¿Me odias?

-Como dejé claro durante la tormenta, ya no. Si fuera así... aquello no habría pasado.

-Pasó porque después de verte en Upcote descubrí que la amiguita de Tim se había convertido en una mujer que me hacía perder la cabeza -dijo él entonces-. Perdí la cabeza esa noche, pero no te preocupes, no volverá a ocurrir. No quiero hacerle daño a mi hermano.

-Claro -suspiró Harriet-. Bueno, pues entonces ya está.

-Voy a pedir un taxi.

Mientras James estaba al teléfono, ella se quedó mirando el río por la ventana, preguntándose por qué demonios tenía ganas de llorar.

-Gracias por la comida -sonrió amablemente, cuando le llevó el

paraguas.

-Gracias a ti por quedarte a comer. Cuando hayas comprado el apartamento llámame y te enviaré los muebles.

Harriet habría querido decide que ella pagaría la mudanza, pero algo en su expresión la hizo desistir. Además, necesitaba un favor.

-James, ¿podrías guardar mis cosas en Edenhurst durante algún tiempo? Me gustaría alquilar un estudio amueblado hasta que encuentre un piso que me guste y que pueda pagar.

-Una chica sensata.

-No siempre.

Él asintió con la cabeza.

-Fue culpa mía.

-Hacen falta dos para pecar. Además, tampoco pasó nada.

-El pecado empieza en la mente, Harriet.

Ella sonrió, nerviosa.

-En nuestro caso, ahí es donde va a quedarse.

Cuando llegó el taxi, James abrió las puertas del ascensor y se echó hacia atrás, como si no tuviera intención de volver a tocarla en su vida.

-Me quedaré con tus muebles el tiempo que quieras, pero te enviaré la tasación en cuanto la tenga. Adiós, Harriet. Cuídate.

Cuando las puertas se cerraron, bloqueando el rostro de James Devereux, Harriet sintió como si un capítulo de su vida hubiera terminado.

No volvieron a tener contacto excepto a través de los abogados y del tasador. Cuando recibió el cheque por los muebles, Harriet le envió un e-mail para darle las gracias y no volvió a saber nada de James Edward Devereux en todo el mes.

Veinticuatro horas después de comer con él, Harriet descubrió que tenía la gripe, pero después de haberse tomado una semana de vacaciones, no le quedaba más remedio que volver al trabajo. Giles Kemble no había estado enfermo en toda su vida y no tuvo escrúpulo alguno en arriesgarse con los gérmenes. Pero, para no pegársela a Dido, se metía en la cama nada más llegar a casa e intentaba persuadir a su amiga para que saliera todo lo posible.

Después de atender a la inválida con sopitas calientes y remedios caseros de todo tipo, Dido salía con sus amigos, consolada por el hecho de que Harriet no podría buscar apartamento por el momento.

-Te echaré mucho de menos cuando te vayas.

-No voy a emigrar a Alemania -sonrió Harriet, entre ataques de tos-. Nos veremos mucho.

-Pero no todos los días. Y tampoco veré a Tim -se quejó Dido--.

Pobrecita... será mejor que me quede contigo.

-No quiero pegarte la gripe. Vete.

Tim llamaba todos los días, como Alan Green y Paddy Moran, los amigos que tan poco gustaban a James Devereux. Pero James no llamó, lo cual era, Harriet intentó convencerse a sí misma, una buena noticia. Pero cuando cerraba los ojos, sentía el calor de su cuerpo, como en Upcote, y volvía a respirar el olor de su colonia. Y, no por primera vez, se rebeló contra el destino que la ponía en tan frustrante situación.

Al final de la semana, su gripe había mejorado lo suficiente como para salir a cenar, pero Tim estaba ocupado con un artista francés que iba a exponer en su galería, de modo que salió con Dido. Cuando volvieron a casa, un poco antes de lo normal en deferencia a la convaleciente, Dido recordó el apartamento de James.

-Al final no me has contado cómo era.

-Asombroso, de ciencia-ficción -contestó Harriet, bostezando.

-¿No te gustó?

-Todo era de acero y cristal... nada de alfombras, nada de cortinas, sólo había dos notas de color en la pared.

-¿Cuadros de la galería de Tim?

-Exactamente. Pero la verdad es que no es un sitio en el que se pueda colgar un Constable.

-Vamos, que no te gustó nada -sonrió Dido-. Qué curioso. Tim se mudaría ahora mismo, si pudiera.

-Pero no lo hará. James no piensa irse de allí.

-Os habéis hecho muy amigos, ¿no? -sonrió su amiga, burlona.

-Nos llevamos mejor, sí.

-Después de conocerlo en persona, te aconsejo que tengas cuidado, jovencita. No querrás hacerle daño a Tim.

Harriet la miró, incómoda.

-¿Sabes una cosa, Dido? Te sorprendería saber hasta dónde llego para no hacerle daño a Tim -le espetó, antes de entrar en su habitación.

Buscar apartamento era una tarea frustrante. Para empezar, todos eran carísimos. Además, cuando encontraba algo que le interesaba, Dido o Tim siempre le sacaban algún defecto. Pero, por fin, Harriet encontró un estudio en el centro, en Clerkenwell, cerca de su oficina.

Por el momento, y hasta que ahorrase para la entrada de un apartamento, tendría que valer.

Tim la ayudó con la mudanza y, al día siguiente, se fue a Italia, a la granja que James había comprado en la Toscana. Deseando haber ido con él como habían planeado, Harriet se pasó la semana

arreglando el estudio por las noches y trabajando de día más horas de lo normal para compensar que iba a irse de vacaciones.

Y, para agradecérselo, Giles Kemble la invitó a cenar en un restaurante carísimo.

Salían del restaurante cuando vio a James entrar con un grupo de hombres. Él la saludó con un frío movimiento de cabeza y Harriet, sintiendo una repentina indigestión, se despidió de su jefe y fue a su estudio a hacer la maleta.

Dido apareció poco después, se quedó a dormir con ella y la acompañó por la mañana al aeropuerto. Cuando por fin subió al avión que la llevaría a Pisa, Harriet apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, decidida a no dejar que nada ni nadie estropease las vacaciones que llevaba planeando todo el invierno.

Cuando James Devereux la encontró, La Fattoria no era más que una antigua granja en ruinas, pero sus paredes de piedra rosa y su torre cuadrada lo dejaron fascinado. De modo que compró la vieja granja y, de inmediato, empezó un proceso de restauración que fue más lento de lo que habría deseado porque los negocios no le dejaban tiempo para ir a Italia tantas veces como hubiera sido necesario.

La restauración estaba a medio terminar cuando conoció a Madeleine, pero ella prefería alojarse en un hotel de cinco estrellas. Cada vez que James le proponía que fueran a visitar la granja, siempre había algún pase de modelos o alguna fiesta que lo hacía imposible. Y cuando La Fattoria estaba terminada, con piscina incluida, el matrimonio se había roto y James pasaba allí las vacaciones con Tim, con amigos o solo.

Harriet había sido invitada varias veces, pero era la primera vez que iba. Después de aterrizar en Pisa, tomó un tren con destino a Florencia y disfrutó del hermoso paisaje mediterráneo hasta la estación de Santa María Novella, donde tuvo que esperar la llegada de otro tren en el que llegó Tim, bronceado y más rubio que nunca por el sol de la Toscana. Después de besos, abrazos y disculpas por llegar tarde, él tomó sus maletas.

-He alquilado un coche, pero tenemos que ir andando a la agencia. Está aquí aliado.

Harriet sonreía, encantada, disfrutando de las pintorescas calles de Florencia, llenas de gente. Una vez fuera de la ciudad, Tim tomó una carretera vecinal.

-Lleva directamente a La Fattoria -le contó, mientras subía por una carretera llena de curvas, flanqueada por cipreses. Harriet ya conocía la casa en fotografía, pero cuando pasó bajo el arco de piedra de la entrada se quedó boquiabierta. La hiedra cubría parte de los muros y

la torre cuadrada que miraba al patio era de piedra caliza, casi dorada.

Tim saltó del coche, sonriendo.

-Bonita, ¿verdad?

-¡Es maravillosa! Una casa de cuento de hadas.

-Y tú dormirás en la habitación de la torre, princesa mía. Vamos a subir tus cosas, luego iremos a nadar un rato.

Aquello no tenía nada que ver con el apartamento de James Devereux en Londres. El interior de La Fattoria estaba amueblado con antigüedades y hermosas alfombras.

-Jed tiene muy buen gusto -dijo Tim.

-Es preciosa -murmuró Harriet, mirando alrededor.

-¿Te gusta?

-Muchísimo.

Una angosta escalera de piedra llevaba a su habitación en la torre. La cama era amplia, con sábanas de lino blanco y un cabecero de madera labrada, a juego con un armario parecido al que había en la casa de su abuela. Las cortinas, de hilo, se movían lánguidamente con la brisa y, desde la ventana, podía ver una hermosa panorámica de olivos y viñedos.

-Por una vez, Tim Devereux, no estabas exagerando. Pero, para que el día sea completo, ¿esa puerta lleva al cuarto de baño?

Después de dormir como un tronco esa noche, Harriet y Tim fueron a explorar la Toscana. Animada por él, subió los quinientos escalones que llevaban a la torre anexa al Palazzo Publicco, en Siena. Pero en Florencia, al día siguiente, después de horas en la cola para ver la galería de los Uffizi y el palacio Pitti, se rebeló.

-Se acabó. Vi el David de Miguel Ángel hace años cuando vine con el colegio, así que me voy de compras. Tengo una sobredosis de cultura, Timothy Devereux. No más cuadros, no más duomos. A partir de ahora, sólo quiero pasear.

Los guardeses de la granja estaban de vacaciones, pero su hija iba todos los días un par de horas para limpiar un poco y llevar la compra. La comida diaria consistía en melón con jamón de Parma o una simple ensalada de tomate con basílica y mozzarella. Después de comer hacían visitas turísticas y, por la noche, cenaban pasta en el patio. Era una rutina relajante y encantadora que Harriet disfrutó hasta una noche, siete días después.

Cansada después de un día en el que prácticamente no había hecho nada, Harriet estaba dormida cuando algo la despertó. Y cuando abrió los ojos, encontró a James Devereux al pie de su cama. Sonrió tontamente y luego se incorporó de un salto. No era un sueño. Estaba

allí, en carne y hueso.

-Te he asustado -se disculpó él-. Lo siento, Harriet. No sabía que estuvieras aquí.

Ella se cubrió con la sábana, el corazón golpeando sus costillas.

-Pero sabías que estaba en la granja.

-Me refiero a mi habitación.

-Ah. No sabía que ésta fuera tu habitación. Tim no me lo había dicho.

-¿Dónde está? -preguntó James.

-En Florencia -contestó ella.

-¿Y qué hace allí?

-Tenía una reunión con un artista por cuyo trabajo está interesado.

-¿Y por qué no has ido con él?

-He preferido quedarme aquí.

-¿Cuándo se fue?

-Hace un par de días -contestó Harriet.

-¡Hace un par de días! ¿Y cuándo demonios piensa volver?

-No lo sé. Me llamará mañana.

Los ojos de color ámbar brillaban, furiosos.

-¿Estás diciendo que te ha dejado sola en un sitio que no conoces y que no sabes cuándo volverá?

-Tengo el coche y el móvil, no pasa nada. Este sitio es tan precioso que no me importa estar sola.

James respiró profundamente, haciendo un esfuerzo por calmarse.

-Duérmete. Hablaremos por la mañana.

Cuando él cerró la puerta, Harriet se llevó una mano al corazón, que latía al galope por la sorpresa de encontrar un hombre en su cuarto. Pero no era simplemente un hombre, era James Devereux. Y tampoco era su cuarto, era la habitación principal y al propietario no le había hecho gracia encontrarla ocupada.

Nerviosa, se levantó de la cama y estaba poniéndose la bata cuando James volvió a entrar.

-Las cosas de Tim están en su habitación. ¿Os habéis pelado?

-No.

-Entonces, ¿por qué dormís en habitaciones separadas?

-No pienso contestar a una pregunta tan personal -replicó Harriet-. Si quieres respuestas, pídeselas a Tim.

-Quiero que me respondas tú. Si mi hermano te ha hecho algo...

-No me ha hecho nada en absoluto.

-¿Te deja completamente sola en un sitio extraño y dices que no te ha hecho nada?

-Estoy perfectamente... o, al menos, lo estaba hasta que tú me has

dado un susto de muerte. Y, por cierto, ¿qué haces aquí? Tim no me dijo que fueras a venir.

-No lo sabía -contestó James-. He pasado el fin de semana en Umbría y decidí venir por aquí antes de volver a Londres.

-Qué sorpresa.

-Evidentemente, no ha sido una sorpresa agradable.

-No suelo encontrar hombres en mi habitación a partir de medianoche.

-Quiero que me digas la verdad, Harriet. ¿Qué ha pasado?

-Nada.

James la miró, muy serio.

-En Upcote dijiste que Tim suele hacer lo que le da la gana. ¿Eso significa que hace lo que quiere sin tenerte en cuenta?

Harriet negó con la cabeza.

-Tim nunca me haría daño deliberadamente.

-Eso no responde a mi pregunta -suspiró él-. ¿Sabías que se iría a Florencia?

-No me hagas más preguntas, James.

-Sólo una más. ¿Quién era?

-¿A quién te refieres?

-¡Lo sabes muy bien! Al hombre con el que te vi en Londres.

Su vehemencia la sorprendió.

-Giles Kemble, mi jefe.

-¿Sueles cenar con tu jefe?

-No es asunto tuyo, pero era la primera vez. Trabajé muchas horas extras durante la última semana y quiso recompensarme.

-Qué extraña recompensa -murmuró James entonces, tomando su mano-. Antes, cuando me has visto por primera vez, por un segundo parecías contenta... ¿me equivoco?

Harriet se mordió los labios.

-Eso no es justo.

-¿Me equivoco?

-No -contestó ella, irritada-. Pero pensé que estaba soñando.

-No es un sueño. Estoy aquí y, que Dios me ayude, te deseo tanto que voy a volverme loco -dijo James entonces, en un tono que la hizo temblar.

La luz de la luna daba a la torre un aspecto tan ensoñador que Harriet no pudo apartarse cuando la abrazó. Y el profundo, erótico, aroma del hombre excitado hizo que sus últimas defensas se vinieran abajo. James, intuyéndolo, empezó a besarla en el cuello. Cuando por fin encontró sus labios, los dos estaban ardiendo y la besó hasta que empezó a darle vueltas la cabeza, sus labios tan exigentes que el deseo

provocó un cortocircuito en su cerebro. Lo ayudaba en lugar de ponerle trabas mientras le quitaba el camisón sin miramientos y se rindió ante las sabias caricias en lugares secretos. Cuando James inclinó la cabeza para buscar sus sensibles pezones, Harriet dejó escapar un suspiro. Estaba perdida. Él la tumbó sobre la cama e introdujo los dedos en su húmeda caverna antes de colocarse entre sus piernas, impaciente, enloquecido, besándola en el cuello mientras se lanzaban juntos a un orgasmo que los dejó exhaustos.

Harriet fue la primera en recuperarse y buscó la bata con la mirada. Un escalofrío la recorrió mientras ataba con excesiva fuerza el cinturón. Entró en el cuarto de baño y se metió en la ducha, mareada, sin saber qué había pasado. Después, envolvió su pelo en una toalla y se miró al espejo. El rostro enrojecido, los labios un poco hinchados, un chupetón en el cuello... Eso era todo. Por lo demás, parecía la misma mujer de antes.

Cuando volvió al dormitorio, encontró a James mirando por la ventana. Se había puesto los vaqueros, pero tenía el torso desnudo y, tan inmóvil, parecía una de las estatuas de Bargello, en Florencia.

-No sé qué hay entre mi hermano y tú, pero ojalá Tim hubiera estado aquí -dijo con voz ronca.

Ella no dijo nada. Encendió la lamparita, se sentó en la cama y se quitó la toalla del pelo.

James se sentó a su lado, mirándose los pies. Tenía unos pies bonitos, pensó Harriet: largos, delgados, con unos dedos muy masculinos. Nunca se había fijado en los pies de un hombre, pero...

-¿En qué piensas? -preguntó él.

-Tienes los pies bonitos.

James emitió una risa ronca.

-Nunca me lo habían dicho.

-Pensé que un hombre como tú estaría acostumbrado a los piropos -suspiró Harriet, pasándose una mano por el pelo-. Evidentemente, lamentas lo que ha pasado.

-¿Cómo vaya lamentarlo? Ha sido... lo más hermoso que un hombre y una mujer... -no terminó la frase, aclarándose la garganta como un adolescente Después de verte con aquel hombre no podía dejar de pensar en ti. Estaba celoso. Sé que no tengo derecho a estarlo, pero acepté la invitación de los Mayhew para ir a Umbría sólo como excusa para venir aquí. No ha sido una visita impulsiva, pero no sabía que Tim estuviera en Florencia. Y cuando te vi... perdí la cabeza por completo. Ni siquiera hemos usado protección, Harriet.

-Tomo la píldora -dijo ella entonces-. Pero habrá que añadir este... episodio a la lista de cosas que Tim no puede saber.

-¿No piensas decírselo?

-No. Mi relación con Tim es muy sólida. Podría sobrevivir a algo como esto si hubiera sido otro hombre, pero siendo tú no quiero arriesgarme.

-Gracias. A ti te lo perdonaría todo, pero a mí no -suspiró James, levantándose. Se quedó mirándola un momento y luego se despidió.

Sin darle un beso de buenas noches, pensó Harriet amargamente.

Cuando despertó a la mañana siguiente y recordó lo que había pasado sintió un escalofrío. Se acercó a la ventana y vio a James nadando en la piscina como si le fuera la vida en ello. Harriet se duchó a toda prisa y bajó la escalera corriendo para llegar a la cocina un minuto antes que Anna. Con la típica mezcla de diccionario y movimiento gestual, le explicó que habría dos personas para desayunar.

Anna sonrió, creyendo que Tim había vuelto, pero se puso a trabajar en cuanto le dijo que era el signor Devereux. En cinco minutos, un delicioso aroma a café llenaba la cocina, había bollos en el horno y, en la mesa, una jarra de zumo de naranja recién exprimido. Cuando James entró, con el pelo mojado, y le dio las gracias en italiano, Anna sonrió, encantada.

-Así que hablas italiano -dijo Harriet cuando la joven salió para hacer sus tareas.

-Tuve que aprenderlo cuando compré la granja. ¿Cómo estás?

-Cansada -contestó ella-. No he dormido mucho.

-¿Por qué?

-Sabes muy bien por qué, James Devereux. Anoche...

-Tenemos que hablar de lo que pasó anoche -la interrumpió él. Pero en ese momento, sonó el móvil de Harriet-. Si es Tim, no le digas que estoy aquí.

-Hola, Tim.

-Hola, preciosa. ¿Todo bien?

-Todo bien.

-Llegaré esta noche. ¿Qué has hecho?

-Nadar, tomar el sol, pasear... no mucho -contestó Harriet, poniéndose colorada al mirar a James-. Bueno, entonces nos vemos esta noche. Un beso.

-Si te pones colorada cuando llegue se dará cuenta de que pasa algo -murmuró James, sirviéndose una taza de café.

-No lo creo. Pensará que... que no me ha hecho gracia verte aquí. ¿Cuándo te vas?

-Mañana. Así que tendrás que soportarme una noche más.

-Y me temo que queda un largo día por delante.

-No tienes que pasarlo conmigo, pero debemos hablar. Ven, vamos a la piscina.

Durante esa semana, Harriet había disfrutado tumbada en una hamaca, con un radiocasete, un montón de libros y algún chapuzón ocasional. Decidida a que James Devereux no estropease sus vacaciones, se quitó la camiseta y se puso las gafas de sol.

-¿De qué quieres hablar?

-Quiero respuestas, Harriet. He pensado mucho desde que nos vimos en Upcote.

-¿Sobre qué?

-Sobre Tim.

-¿Alguna vez piensas en otra cosa?

-Sí, en ti. Por eso vine aquí anoche. Conduje durante horas sólo para verte a ti, no a Tim -suspiró James-. Sentí celos del hombre con el que te vi en Londres, pero lo más gracioso es que también tengo celos de mi hermano. Y como Tim está loco por ti, no puedo hacer nada.

-Perdona, ¿yo no tengo nada que decir al respecto? -le espetó ella, irónica.

James asintió, impaciente.

-Claro que sí. Y ahí es donde llega la pregunta... anoche descubrí que mi hermano y tú no compartís habitación... quítate las gafas de sol, por favor, no me gusta hablar con una máscara.

Con desgana, Harriet obedeció.

-Y no piensas vivir con él por ahora, así que dime la verdad. ¿Tim y tú ya no sois amantes?

Ella se quedó en silencio durante unos segundos, pero luego decidió que había llegado el momento.

-Tim y yo nunca hemos sido amantes. Y tampoco somos sólo amigos... es una relación mucho más profunda. Supongo que para mí es el hermano que nunca tuve...

James la miraba, perplejo.

-¿Te sientes como su hermana?

-A veces, como su madre --suspiró Harriet.

-Entonces dime, ¿qué hace Tim en Florencia?

Harriet tenía la respuesta preparada:

-Practicando sus poderes de persuasión con un artista al que quiere llevar a Londres.

-¿Por qué no te creo? -murmuró James.

-Estoy diciendo la verdad.

-Sigo pensando que me escondes algo -insistió él-. Así que vaya hacerte una pregunta que no le haría a nadie más que a ti -añadió,

tomando su mano-. Que yo sepa, Tim nunca ha tenido una relación con otra mujer que no fueras tú. y si no sois amantes, ¿hay algo que yo deba saber?

-¿Qué estás preguntando?

-Lo sabes muy bien, Harriet. Estoy preguntando si mi hermano es gay.

-¿Eso te importaría?

-No -contestó James, con absoluta convicción-. Tim es Tim. No me importa que sea gay... pero si tiene una relación con Jeremy Blyth, no quiero saberlo.

-Jeremy es su jefe, nada más. Y no estoy dispuesta a hablar sobre las preferencias sexuales de tu hermano. Tendrás que preguntárselo tú.

-¡No puedo hacer eso!

-Entonces, olvídalo. Acepta a Tim como es y ya está.

-Tienes razón -suspiró él, sonriendo-. ¿Sabes que ahora me siento mejor?

-¿Aunque no haya contestado a tus preguntas?

-Has contestado a la que más me importa. Si no eres la amante de Tim, puedes ser la mía -dijo James entonces, con tal seguridad que Harriet se incorporó, furiosa.

-¡Eso será si yo quiero!

-Anoche pudiste elegir. Y lo hiciste.

-Y lo lamenté después.

-¿Te decepcioné?

-Sí -contestó ella, encantada al verlo palidecer-. Después, no durante... tu actitud después de hacer el amor dejó mucho que desear.

-Me sentía culpable, Harriet. Acababa de hacerle el amor a la novia de mi hermano.

-Si fuera la novia de tu hermano, no habría dejado que te acercaras.

-Pero lo hiciste. ¿Por qué?

-Por razones obvias.

-No son tan obvias para mí.

Ella dejó escapar un suspiro.

-Llevo varios días sola en uno de los sitios más románticos que he visto en mi vida y, de repente, aparece un hombre en una torre iluminada por la luna ... la respuesta perfecta para los sueños de una doncella.

-¿Si hubiera sido una noche lluviosa en Clerkenwell no habría tenido tanta suerte?

-Sabes que me he mudado -suspiró Harriet.

-Sí, pero no tengo la dirección. Espero que me la des antes de

marcharme.

Ella se puso las gafas de sol.

-Tengo que hablar con Anna. Ha traído comida para Tim y para mí, pero no habrá suficiente para los tres...

-¿Qué sueles comer?

-Ensalada de tomate y mozzarella o algo ligero.

-¿Puedo invitarte a cenar?

-No, gracias. Prefiero esperar a Tim.

-Entonces, cenaremos aquí -suspiró James-. No te preocupes, yo la llevaré al pueblo.

Harriet subió a su habitación, pensativa. Tenía un aspecto tan inmaculado que casi podría creer que lo de la noche anterior nunca había ocurrido. Pero su pulso se aceleró al recordarlo. Entonces se miró al espejo. Para que pudiera volver a pasar, James Devereux tendría que olvidar el pasado y verla como una mujer, no como la amiguita de Tim.

Después de ponerse un pantalón corto y un top con escote halter de color amarillo, Harriet bajó de nuevo a la cocina. La casa le pareció desierta sin James yeso la molestó. Llevaba días disfrutando de la soledad y, de repente...

Intentó concentrarse en un libro, pero le parecieron horas hasta que oyó el motor de su coche.

-Has estado fuera mucho tiempo -sonrió, levantando la mirada.

-La gente del pueblo me conoce. Me paré a charlar un rato y a comprar algunas cosas... ¿por qué te has cambiado de ropa?

-Me he vestido para comer. ¿Quieres que comamos en el patio o en la cocina?

-En la cocina.

Harriet descubrió enseguida por qué quería que comieran allí. En la mesa había una bandeja de jugosos tomates, mozzarella fresca y una cesta con bollos recién hechos.

-Gracias, me lo merezco.

-Desde luego -sonrió James, sacando una botella de vino de la nevera.

La situación había cambiado. Ahora que James sabía la verdad sobre su relación con Tim, su actitud hacia ella era diferente; la de un hombre que encontraba atractiva a una mujer y no la de un hombre intentando resistirse a la fruta prohibida. Cuando se lo dijo, los ojos de James Devereux brillaron de tal forma que sintió un escalofrío en la espalda.

-Eres muy perceptiva. Pero me había pasado antes.

-¿Cuándo?

-Cuando descubrí que la niña se había convertido de repente en una mujer.

-No me convertí en mujer de repente, el proceso siguió el ritmo normal. Lo que pasa es que tú no te diste cuenta -sonrió Harriet.

-Dejé de verte cuando te fuiste a la universidad. Y cuando ibas a Upcote no solías acercarte por Edenhurst. Pero un día fui a ver una obra de Ibsen en el teatro y te vi con un hombre.

-Yo también te vi -sonrió ella-. Era Paddy Moran, que es fan de Ibsen. Aunque a mí Ibsen me parece un poco fúnebre...

-No cambies de tema -sonrió James-. La verdad es que tardé un par de minutos en averiguar quién eras.

-Porque llevaba mi traje de cisne.

-Como vuelvas a mencionar lo del patito feo, te doy una azotaina.

-¿Eso es una amenaza o una promesa, James Devereux?

-Ambas cosas... y deja de distraerme. Te vi con ese hombre y me molestó por Tim. Además, unos días después te vi salir del cine con otro.

-¿Ah, sí? Yo no te vi.

-Estaba en un taxi.

-Debía ser Alan Green. Voy al cine con él porque Tim prefiere ver vídeos en casa.

-Luego, la semana siguiente, te vi con otro hombre y me sentó mal... por mí, no por Tim. Pero estaba con unos clientes, así que no pude decirte nada.

-Claro, era malo para el negocio -bromeó Harriet.

James se quedó pensativo.

-Una vez que haya aclarado esto con Tim, tú y yo podríamos ir al cine y al teatro.

Ella apartó la mirada.

--No estoy preparada para tener una relación contigo.

-¿Por qué no?

--Hasta hace muy poco no sentía la menor simpatía por ti. Admito que eso ha cambiado, pero...

-¿Qué sientes ahora?

-Me gustas mucho más. En el pasado, eras como el retrato de Dorian Gray. Me parecías el hombre más atractivo del mundo pero, como destrozaste mi ego adolescente, guardé una horrible fotografía tuya en el ático de mi memoria...

James soltó una carcajada.

-No lo dirás en serio.

-Claro que sí. La foto se volvía cada día más horrenda hasta que nos encontramos en Upcote y... ¿Recuerdas cuando se me cayó el agua

hirviendo?

-Sí, claro.

-Entonces me pusiste un brazo alrededor de la cintura y... me gustó.

-A mí también, como supongo que descubrirías el día de la tormenta. Luego me sentí culpable -suspiró James-. Pero hay algo que no entiendo: si Tim y tú no sois novios, ¿por qué te alejaste de mí?

-Eso tendrás que preguntárselo a tu hermano.

-Pienso preguntarle un montón de cosas -le aseguró él.

Después de comer, James se ofreció a fregar los platos y sugirió que subiera a echarse la siesta.

¿Cómo demonios iba a dormir? pensó Harriet. Pero una vez desnuda entre las sábanas, tan agradables, tan frescas, con la brisa entrando por la ventana, se quedó dormida al instante. Cuando despertó, James estaba sentado al borde de la cama.

-Llevas más de dos horas durmiendo. He subido para ver si estabas bien.

Ella sonrió, medio dormida.

-Muy bien. Estaba más cansada de lo que creía.

James apretó su mano.

-He sentido la tentación de besar a la Bella Durmiente.

Harriet se estiró perezosamente.

-Eso me habría gustado.

Los ojos de color ámbar se oscurecieron. James se inclinó para besarla, suavemente al principio, pero pronto con tal ansia que la respuesta de Harriet se volvió igualmente fogosa. La sábana se deslizó un poco y él dejó escapar una especie de rugido al descubrirla desnuda. Harriet se excitó al sentir aquella mirada que era como una caricia íntima, y se excitó más al ver cómo se quitaba la ropa, despacio, saboreando el momento. Se tumbó a su lado y Harriet sintió un volcán de lava ardiente entre las piernas cuando la apretó contra su erección. Enardecido, James empezó a acariciar sus pezones con la lengua y los dientes, haciéndola perder la cabeza. Siguió hacia abajo, besándola por todas partes, y cuando sintió el roce de su lengua entre las piernas, se arqueó, jadeando. James aprovechó para penetrarla con una embestida. Mirándola a los ojos, empezó a moverse dentro de ella mientras Harriet se arqueaba, respondiendo con el mismo ritmo, al principio lento, frenético después. Contuvo un grito cuando, por fin, sintió un chorro de lava ardiente en su interior y James cayó sobre ella, jadeando, con el aspecto satisfecho de un hombre que le ha dado a una mujer el mayor de los placeres.

Harriet sonrió, irónica, mientras él la apretaba contra su corazón.

Con la cabeza sobre su hombro, descubrió que volvía a tener sueño.

La habitación estaba en sombras cuando despertó. Intentó apartarse, pero incluso dormido, James se negaba a soltarla. Pero, dormido, podía mirarlo a placer. El pelo oscuro, despeinado por una vez, la nariz recta, las pestañas espesas... entonces oyó algo. Incómoda por el brazo que la sujetaba por la cintura, volvió la cabeza y, por segunda vez en veinticuatro horas, descubrió a un hombre a los pies de su cama.

Capítulo 6

TIM DEVEREUX la miraba transfigurado, incrédulo.

Harriet, horrorizada, empujó a James y éste, bostezando, abrió los ojos. Al ver a su hermano, se incorporó de un salto.

-¡Ya era hora! ¿Por qué has dejado a Harriet sola? -exclamó, absurdamente-. Podría haberle pasado cualquier cosa.

-Evidentemente, le ha pasado -replicó Tim-. ¿Jed y tú? ¿Cómo es posible, Harriet?

-No pienso decir nada hasta que esté vestida -contestó ella, colorada hasta la raíz del pelo.

-Danos diez minutos, Tim -le rogó James.

-Veinte, quiero ducharme.

-Es comprensible -murmuró él, saliendo de la habitación.

James se volvió hacia ella, suspirando.

-Al final, se está convirtiendo en un deporte para espectadores.

Harriet lo miró, incapaz de ver el lado divertido del asunto.

-Vete, por favor.

-¿Te da vergüenza?

-¿Te importaría marcharte?

-Es un poco tarde para portarse como una modesta doncella...

-No pienso levantarme de la cama hasta que esté sola -lo interrumpió ella.

-Muy bien. Volveré en quince minutos -suspiró James.

Harriet fue al cuarto de baño y se dio la ducha más rápida de su vida. Para animarse, se puso el conjunto de ropa interior que Tim le había comprado en París y el vestido color terracota que estrenó en la fiesta de Dido. Necesitaba una armadura para la confrontación que la esperaba. A Tim nunca le había molestado su amistad con otros hombres, pero encontrarla en la cama con su idolatrado hermano...

Unos minutos después, cuando se estaba peinando frente al espejo, James entró en la habitación.

-¿Lista?

-Estoy nerviosa. Sé que es absurdo, pero...

-Nada hará cambiar los sentimientos de mi hermano por ti. Soy yo el que debería estar nervioso.

-Tim te adora...

-Probablemente, después de descubrir que también soy humano, habrá dejado de hacerla. Venga, vámonos.

Cuando entraron en el salón, Harriet se quedó atónita. Tim no estaba solo. A su lado había una mujer guapísima. Una mujer, no una chica,

-¿Francesca? --exclamó James.

-¿Come staí, James? -preguntó ella, nerviosa.

-Harry, quiero presentarte a mi prometida, Francesca -dijo Tim entonces, tomándola por la cintura.

El silencio que siguió a esa declaración era ensordecedor.

-¿Tu prometida? -repitió James, atónito-. ¿Eso es verdad, Francesca?

-Sí, lo es. ¿Vas a darnos tu bendición?

-¿Cuándo os habéis prometido?

-La semana pasada -contestó Tim, desafiante,

James se volvió hacia Harriet, con una mirada fiera,

-¿Tú sabías esto?

-No, ella no sabía nada -contestó su hermano.

-Conocía la existencia de Francesca, pero no sabía que estuvieran prometidos -dijo ella.

La mujer sonrió, nerviosa.

-Tim y yo nos conocemos desde hace tiempo, ya lo sabes, tú mismo nos presentaste.

-Pero Tim era un niño... y tú eras una mujer casada.

-Pero tú sabes que Carlo ha muerto. Ahora soy viuda.

-No lo serás por mucho tiempo, cariño -sonrió Tim-. Pronto serás mi mujer.

-Sí, tesoro -dijo ella, acariciando su cara con una mano en la que llevaba una enorme esmeralda.

-Por cierto, he convencido a Jeremy para que exponga la obra de Francesca en Londres.

Harriet contuvo el aliento mientras los dos hombres se miraban con una animosidad que era nueva en su relación. Tim, con aspecto desafiante. ni siquiera miraba a la amiga que había mantenido su historia de amor en secreto. James, por otro lado, parecía un volcán a punto de explotar. Yeso la decidió: lo mejor sería escapar de allí lo antes posible.

-Me gustaría ver tus cuadros, Francesca. pero ahora mismo tengo que irme. Debo preparar la cena.

Harriet entró en la cocina, pero Tim se reunió con ella enseguida.

-Estás enfadada conmigo, supongo,

-¿Y te extraña? Podrías haberme dicho la verdad sobre Francesca. No sólo me has mentido sobre su edad, tampoco me dijiste que conocía a tu hermano.

Él se encogió de hombros.

-Ésa era la razón para mantenerlo en secreto. Si hubiera sabido que James estaba aquí no la habría traído. Mi plan era casarme y

contárselo después, cuando no pudiera hacer nada. ¿Por qué no me lo dijiste cuando llamé por teléfono?

-Porque tú no me dijiste que ibas a venir con ella.

-Iba a ser una sorpresa.

-Pues lo ha sido -dijo Harriet, irónica-. Para James también. Tu hermano no aprobará que te cases con una mujer mucho mayor que tú.

Tim la miró, suspicaz.

-¿Tú sabías que Jed vendría a la granja?

-Claro que no. Para mí fue una sorpresa, te lo aseguro.

-Te sorprendería menos que a mí encontrarte en la cama con él, bonita.

Harriet se puso colorada, pero decidió no dejarse amedrentar.

-Yo sólo espero que Francesca no cause un problema entre vosotros.

-Quieres decir que James podría dejar de pasarme dinero.

-¿Qué dinero?

-¿Cómo crees que pago mi casa de Chelsea? Mi salario no es precisamente astronómico.

-Parece que hay muchas cosas que no sé -suspiró Harriet.

-No te hagas la ofendida. Te he encontrado en la cama con mi hermano, ¿recuerdas? No puedes criticarme, y él tampoco. ¿A qué está jugando?

-A nada. Le he contado la verdad.

-Pensé que os odiabais. Siempre os habéis portado como si fuera así.

-Cuando estaba en Upcote descubrí un par de cosas sobre tu hermano que me hicieron cambiar de opinión -contestó ella-. Se portó muy bien con mi abuela, conmigo y con la pareja de la que te hablé.

Además de ser el primer hombre que la volvía loca de deseo con un simple roce.

-Pues debió portarse muy bien si te has ido a la cama con él -replicó Tim-. Que yo sepa, no sueles hacer esas cosas, ¿verdad, Harry?

-Últimamente no. ¿Cómo iba a hacerla si la mitad de Londres cree que soy tu pareja? Al menos, mi vida amorosa mejorará cuado te cases con Francesca. Mira, Tim, ¿de verdad crees que esto puede funcionar? Francesca es mucho mayor que tú...

Por primera vez en su vida, Tim la miró con una animosidad que le encogió el corazón.

-La diferencia de edad no te ha parecido un problema para acostarte con mi hermano, ¿verdad? Y en caso de que te preocupe, mi relación con Francesca no es un complejo de Edipo -le espetó, en un

tono que nunca había usado con ella-. No es asunto tuyo, pero cuando su marido murió nos convertimos en amantes. Si no te parece bien, lo siento por ti. Después de todo, necesito la aprobación de mi hermano, no la tuya.

Los ojos de Harriet se llenaron de lágrimas y, para que Tim no la viera llorar, se dedicó a mover cacerolas.

-La pasta estará lista en diez minutos.

Pero él ya había salido de la cocina y Harriet se quedó mirando la puerta, destrozada.

Lo último que le apetecía era cenar con los hermanos Devereux en ese momento, pero no le quedaba más remedio.

-¿Por qué no me habías dicho que mi hermano tenía una relación con Francesca Rossi? -le espetó James unos minutos después.

-Ah, ¿esto también es culpa mía? Tim me hizo prometer que no te diría nada. Y después de conocer a Francesca entiendo por qué. Deliberadamente, me hizo creer que era demasiado joven para casarse, no demasiado mayor -explicó Harriet, furiosa-. ¿Tú también has sido su amante, James?

-Claro que no. La conocí cuando compré La Fattoria. Su marido, Carlo Rossi, me puso en contacto con los propietarios de la granja.

-Entonces, ¿no la conoces mucho?

-No tanto como a Carlo. El era un hombre muy culto, un erudito. Y, por supuesto, no mantuve una relación con ella porque estaba casada... aunque parece que ése no ha sido obstáculo para Tim. Se la presenté hace cinco años, en Florencia.

Harriet dejó escapar un suspiro.

-Lo recuerdo. Volvió de Italia con cara de tonto, diciendo que se había enamorado.

-Entonces era un adolescente.

-Sí, pero evidentemente sus sentimientos por Francesca no han cambiado. Durante todos estos años se han visto a menudo.

-¿Cómo?

-Francesca va con él en los viajes de trabajo. Y cuando supuestamente está aquí de vacaciones, donde realmente está es en Florencia, con ella. Esta vez me pidió que viniera para presentármela -suspiró Harriet-. Está enamorado de ella, James.

Él hizo una mueca.

-Si la historia ha durado tanto tiempo, supongo que es verdad. Aunque no sé a qué está jugando Francesca.

-A lo mejor ella siente lo mismo.

-Lo dudo, pero... ¿qué has tenido tú que ver en todo esto? Supongo que Tim y tú debisteis pensar que era divertidísimo engañarme. Sobre

todo tú, con eso de que no creías en las relaciones conyugales antes del matrimonio.

Harriet levantó la mirada.

-En realidad, repetía las palabras de Tim, pero la verdad es que pensamos de forma parecida.

-¿Ah, sí? Pues no creo que encuentres muchos hombres dispuestos a aceptar eso.

Harta de los hermanos Devereux, ella se encogió de hombros.

-Pues viviré sola durante el resto de mi vida. Una idea que ahora mismo me parece más que tentadora. ¿Te importaría llamar a los demás?

La pasta estaba al dente, la salsa de tomate un poquito picante y el vino frío, pero una cena en la que dos personas intentaban desesperadamente mantener una conversación y las otras dos apenas podían mirarse a la cara era un infierno. Y la pregunta de Tim sobre cómo iban a dormir no ayudó en absoluto.

-Francesca dormirá conmigo, claro, así que vosotros podéis dormir en la torre. Ah, por cierto, se me había olvidado contártelo, querida: los he pillado juntos en la cama.

Francesca miró de uno a otro, atónita.

-¿Sois amantes? Pero si Tim me ha dicho que no os lleváis bien.

Harriet sonrió, irónica.

-Para acostarse con un hombre no es necesario que te caiga bien -dijo, levantándose-. Si alguien quiere café, la cafetera está ahí. Perdonadme, pero yo me voy a dormir. Anna ha preparado la cama para ti en la otra habitación, James.

La vana sensación de triunfo había desaparecido cuando llegó a la torre. Las vacaciones que tanto tiempo llevaba esperando estaban destrozadas. Aunque James volviese a Inglaterra al día siguiente, quedarse allí con Tim y Francesca no le apetecía lo más mínimo.

Harriet se quedó leyendo hasta que le dolían los ojos, pero el sueño no llegaba. Angustiada, miró el rayo de luna que entraba por la ventana. Llevaba meses haciendo esa charada para que James no supiera nada de la novia de Tim y ahora, por primera vez en diez años, su amigo la había tratado con desprecio sólo por dar su opinión sobre esa relación. Entonces hizo una mueca. Francesca llevaba una enorme esmeralda en el dedo... Si la cuenta corriente de Tim dependía de los ingresos de James, ¿de dónde había salido el dinero para ese anillo?

Pero ya no tenía nada que ver con ella, se dijo. Ni James Devereux tampoco. Le habían dolido sus acusaciones, como si todo aquello fuera culpa suya, pero su enfado era lógico. Hasta ese momento, Francesca

Rossi sólo era la mujer de un hombre al que respetaba y ahora... Que tuvieran suerte, pensó. Francesca sería feliz con un joven amante que la adoraba y que incluso había organizado una exposición de su obra en Londres. ¿Qué más podía pedir?

A la mañana siguiente, Harriet bajó a la piscina muy temprano pero, lamentablemente, encontró a James haciendo largos.

-Buenos días -la saludó, saliendo del agua. Ella no contestó-. He conseguido un billete para Pisa.

-Pues qué bien.

-¿Te alegras de que me vaya?

-Estoy eufórica.

-¿Cuándo piensas volver a Londres?

-Lo antes posible -contestó Harriet, irónica-. Han sido unas vacaciones memorables.

-¿Qué puedo hacer yo? Sé qué clase de mujer es Francesca. Estaba casada con un hombre que podría haber sido su padre, así que es lógico que quiera a su lado a un hombre joven como Tim. El problema es que mi hermano no piensa con la cabeza.

Ella se encogió de hombros.

-Me da igual. No tengo nada que ver.

-Tú quieres demasiado a Tim como para lavarte las manos -suspiró James.

-Tim cree que dejarás de pasarle dinero. Si lo haces, Francesca podría pensárselo.

-El dinero no es un problema para ella. Carlo Rossi le dejó una fortuna. Además, Francesca gana dinero con sus cuadros.

-Entonces, ¿por qué estás en contra de ese matrimonio? -preguntó Harriet-. ¿Es sólo por la diferencia de edad o hay algo que yo no sé?

James se quedó en silencio un momento.

-Yo estuve casado con una mujer mayor que yo. Una de las razones para que mi matrimonio se rompiera fue que Madeleine se negaba a tener hijos. La diferencia de edad entre Tim y Francesca es mucho mayor, de modo que ella no querrá tenerlos y, algún día, mi hermano lo lamentará.

-Ahora mismo, no estoy demasiado preocupada por tu hermano -suspiró Harriet-. Anoche intenté aconsejarle y diez años de amistad se fueron por la ventana. Francamente, estoy harta de los hermanos Devereux.

-Creo que estás harta de mí, no de Tim. Os queréis demasiado. Y eso me lleva a una de las cosas que me mantuvo despierto anoche. Dime una cosa, Harriet, ¿de verdad Tim y tú no erais más que amigos?

-De verdad. Así que ahora puedes dedicar toda tu energía al

problema de tu hermano y olvidarte de mí.

Él la miró, muy serio.

-¿Estás diciendo que no quieres saber nada de mí?

-Exactamente.

- Ya veo -murmuró James, tomando su toalla-. Será mejor que me vaya, mi avión sale dentro de unas horas. ¿Seguro que te encuentras bien? Anoche apenas probaste bocado.

-¿Cómo iba a comer con ese ambiente? Hablaré con Tim para ver qué planes tiene y luego me marcharé. No pienso quedarme aquí haciendo de carabina.

-Levántate, Harriet.

-¿Porqué?

-Hazlo.

En cuanto sus pies tocaron el suelo, James la estrechó entre sus brazos y la besó hasta dejada mareada. -Para que te acuerdes de mí. Arrivederci!

Harriet se quedó inmóvil, lamentando amargamente haber sido tan testaruda. Porque no era verdad que no quisiera saber nada de él.

Pasó una hora hasta que Tim se dignó a bajar a la piscina.

-Buenos días.

-Buenos días -murmuró ella, sin levantar la mirada del libro.

-¿Dónde está Jed?

-Se marchó hace una hora.

-O sea, que sigue sin aprobar mi matrimonio con Francesca. ¿Podrías echarme un cable con él?

Harriet lo miró, incrédula.

-¿Después de cómo me hablaste anoche? Ni lo sueñes.

-No lo decía en serio...

-No soy idiota, Timothy Devereux. Lo decías absolutamente en serio. Pero da igual. No puedo ayudarte con James porque no pienso volver a verlo.

Tim levantó una ceja.

-¿Quieres decir que lo de ayer sólo fue un revolcón?

-¿Y qué? ¡No es ilegal! Ahora que no tengo que mentir por tu culpa, puedo hacerlo cuando me dé la gana y con quien me dé la gana. ¿Dónde está Francesca?

-Se estaba preparando para enfrentarse con Jed. Voy a decirle que se ha ido y luego nos iremos a Florencia.

-¿Os vais?

-Sí. ¿Te importa quedarte sola en la granja?

-En absoluto.

-Muy bien -murmuró Tim, mirando hacia la puerta de la cocina-.

Ah, estás aquí, cariño.

Francesca iba vestida para impresionar, con Un vestido de lino, delicadas sandalias y cosméticos cuidadosamente aplicados.

-Buenos días -la saludó Harriet.

-Buongiorno -murmuró ella, mirando alrededor-. ¿Dónde está tu hermano?

-Ha vuelto a Londres.

-¿No has hablado con él esta mañana?

--No. Se ha ido temprano.

Francesca suspiró, aliviada.

-Entonces, nosotros también podemos irnos. Me alegro mucho de haberte conocido por fin, Harriet. La próxima vez tienes que venir a mi casa, en Florencia.

Harriet los observó entrando en la casa, de la mano. Estaban enamorados, eso era evidente.

Por la noche, estaba leyendo en el patio después de una cena solitaria cuando sonó el teléfono.

-Soy yo -dijo James.

-Ah, hola.

-¿Tim está ahí?

-No, han vuelto a Florencia esta mañana. Francesca pareció muy aliviada al descubrir que te habías ido sin decirles adiós.

-No me extraña. Anoche tuve una charla con ella y sabe que no apruebo ese matrimonio.

-Les da igual. Tendrás que aceptarlo, James.

-No quiero que mi hermano cometa un error...

-Es su vida.

-Ya, claro. ¿Estás sola en la granja?

-Sí.

-¿Te importa?

-No, estoy encantada.

-No hay intrusos en tu habitación

-No.

-Harriet, escúchame...

Pero ella colgó deliberadamente, satisfecha de haberlo dejado con la palabra en la boca.

Una semana después, Harriet estaba en el aeropuerto de Pisa. James no había vuelto a ponerse en contacto con ella, pero Tim llamó la noche anterior para decir que se verían en Londres.

-No te molestes en llamarme.

-¿Qué?

-No quiero verte, Tim. No me apetece.

-¿Tan enfadada estás?

-Enfadada no, dolida. Necesito un poco de tiempo para lamer mis heridas.

-Si se lo pides, a lo mejor Jed quiere echarte una mano -replicó él, antes de colgar.

Harriet tuvo que sonreír. Para Tim había sido una sorpresa encontrarla en la cama con su hermano. Como lo había sido para ella, en realidad. Pero en aquel momento estaba harta de los Devereux. Tenía que concentrarse en su propia vida. Al menos, había sacado algo bueno de todo aquello: James Devereux sabía sin la menor sombra de duda que su hermano no era gay.

Capítulo 7

HARRIET temía contarle a Dido que Tim estaba prometido con otra mujer, pero fue directamente desde el aeropuerto a su casa. Intentó darle la noticia con suavidad pero, como temía, Dido se echó a llorar.

-¡No me lo puedo creer! ¿Me habéis estado engañando todo este tiempo porque Tim estaba liado con una mujer mayor que él?

-Francesca es mayor, pero es una mujer muy guapa y una artista importante. Y Tim está loco por ella.

-¿Y a ti no te importa?

-No me sorprende. Hace años que conozco la historia.

-Eso es lo que me da rabia -le espetó su amiga-. ¿Por qué no me lo contaste?

Harriet suspiró.

-Quería hacerla, pero Tim me hizo jurar que no se lo contaría a nadie. Tenía miedo de que James se enterase.

-¿James no aprueba ese matrimonio?

-No. Se la presentó cuando Tim era un crío y ahora lamenta haberlo hecho.

-¿Por qué?

-Porque, hasta hace poco, Francesca estaba casada.

-Por favor... Entiendo que James esté disgustado.

Harriet asintió.

-Ha intentado convencer a Tim de que va a cometer un error, pero yo creo que están enamorados. ¿Y por qué no? Su marido era mucho mayor que ella y Tim está lleno de vida, es divertido y, seguramente, será bueno en la cama.

-¿Seguramente? ¿Estás diciendo que no lo sabes? -exclamó Dido.

-Claro que no. Quiero mucho a Tim, pero no de ese modo.

-Sabes que yo sí -suspiró su amiga.

-Lo siento, cariño. Lo tienes difícil.

Harriet intentó distraerla con el bolso que le había comprado en Florencia, pero Dido estaba inconsolable.

Le resultó raro marcharse a su estudio después, pero respiró, aliviada, cuando cerró la puerta tras ella. Y, una vez en la cama, hizo un esfuerzo para quitarse de la cabeza a los hermanos Devereux.

Al día siguiente, cuando salió de la oficina, tenía la impresión de no haber estado nunca de vacaciones. Pero mientras cenaba, decidió que no quería seguir viviendo con aquel azul cobalto en las paredes. Las pintaría durante el fin de semana.

Cuando volvió a casa el viernes por la tarde, encontró a Tim en el

portal, con un ramo de flores en la mano.

-Te he dado un poco de tiempo.

-No mucho -contestó ella, intentando disimular que estaba encantada de verlo-. ¿Son para mí?

-No -sonrió Tim-. Son el último grito en accesorios para caballero.

-Venga, tonto -rió Harriet, abriendo el portal.

Cuando llegaron arriba, Tim dejó las flores sobre una mesa y la abrazó.

-Siento todo lo que te dije. A ti nada menos, Harry. Se me fue la cabeza.

-Desde luego que sÍ, cerdo. Pero yo tampoco tenía derecho a darte una charla... Aunque deberías haberme contado la verdad sobre Francesca.

-Lo sé -asintió él-. Pero si lo hubiera hecho, no habrías aceptado.

-Desde luego que no.

-¿Amigos otra vez? -preguntó Tim, ansioso.

-Amigos otra vez. Amigos oficiales, además. Hacerme pasar por tu pareja tiene sus inconvenientes, guapo.

-Es malo para tu vida sexual, ¿no? Y hablando de...

-¡No, por favor!

-Muy bien, olvidemos que existe mi hermano. Por cierto, me ha echado una bronca por no cuidar de ti.

-¡Ah, mira qué bien! Tampoco él ha sido precisamente un encanto.

-¿Por lo de Francesca?

-Eso también. Pero creo que le sentó peor que le engañara.

Tim asintió.

-Jed está loco por ti, pero dice que no quieres saber nada de él.

Harriet se dejó caer en el sofá.

-Me puse cabezota. No me hizo gracia que quisiera ocupar tu puesto inmediatamente...

-Pues en la cama parecías muy cómoda con él -rió Tim.

-Eso pasó... sin que me diera cuenta.

-Qué despistada eres, Harry.

-Y tú qué tonto. Lo que quiero decir es que, en circunstancias normales, exijo un cortejo más creativo antes de acabar en la cama con un hombre.

-¿Quieres que se lo diga?

Harriet lo fulminó con la mirada.

-¡Si le dices una palabra te mato!

-Lo que tú quieras, cielo mío. ¿Tienes algo en la nevera?

-No he tenido tiempo de ir al supermercado. ¿Francesca sabe que comes como un caballo?

-Sí. Es una gran cocinera, afortunadamente. Por cierto, estaba muy nerviosa antes de conocerte.

-¿Por qué?

-Porque está un poquito celosa -sonrió Tim-. No puede creer que la prefiera a ella cuando tengo una amiga tan guapa y tan joven. Dice que me cansaré, pero no es verdad... lo nuestro es para siempre.

Harriet sonrió, emocionada.

-¿Y de dónde has sacado el dinero para comprarle esa esmeralda?

-¿Yo? Era de su madre.

-¿James te ha retirado la asignación?

-No -contestó Tim-. Fui a verlo esperando que me echaría de su despacho con cajas destempladas, pero no hizo tal cosa.

-O sea, que toda esta charada no era necesaria.

-La verdad es que Jed se sintió tan aliviado al saber que no iba a casarme contigo que lo de Francesca le da un poco igual.

-Ja. Pues no ha hecho ningún esfuerzo por ponerse en contacto conmigo.

-¿Estás enamorada de él, Harry? -preguntó Tim entonces.

Harriet iba a negarlo, pero no pudo. La razón para su falta de alegría le resultó, de repente, obvia. Por primera vez en su vida, estaba enamorada. Profundamente enamorada.

-Claro que sí -suspiró-. Pero para lo que me va a servir...

-¿Puedo ayudarte?

Ella negó con la cabeza.

-No, gracias.

-Lo que tú digas -murmuró Tim, mirando el reloj-. Bueno, amiga, si no me dejas hacer de Cupido, deja que te invite a cenar. ¿Chino, indio o tailandés?

Sintiéndose más tranquila después de hacer las paces con Tim, Harriet fue a comprar pinturas por la mañana y, por la tarde, aceptó ir con Dido a las rebajas. Pero después resistió los cantos de sirena de su amiga y volvió a casa.

-No puedo ir a una fiesta. Mañana tengo que levantarme temprano para pintar.

-Pero comeremos juntas, ¿no?

-No puedo, de verdad. Si no lo hago este fin de semana, no lo haré nunca.

A la mañana siguiente, ataviada con una camiseta vieja, un pantalón corto y unas zapatillas de deporte, Harriet abrió las ventanas, movió los muebles, se puso una gorra y colocó la escalera para pintar el techo. Estuvo horas pintando y, por fin, con el cuello dolorido, decidió comer un sándwich...

Pero entonces descubrió que el olor a pintura no combinaba bien con un sándwich de atún. Estaba sudando, agotada, con náuseas, y soltó un taco cuando sonó el timbre. Dido, pensó, resignada. Pero cuando oyó una voz masculina por el telefonillo, su corazón dio un vuelco.

-¿Puedo subir, Harriet? -preguntó James.

¡No! Y ella con esa pinta... Pero en lugar de darse de cabezazos contra la pared, Harriet pulsó el botón.

Cuando abrió la puerta y se encontró con James Devereux, tuvo que disimular un suspiro. Pelo oscuro bien peinado, camisa limpísima, pantalones color aquí. Todo limpio, nuevo y recién planchado.

-Veo que vengo en mal momento.

-Podríamos decir que sí -suspiró ella-. Ni siquiera puedo pedirte que te sientes.

-¿Podría entrar de todas formas? Sólo será un momento.

-Espera, vaya aclarar el rodillo.

Harriet puso el rodillo bajo el grifo, se lavó las manos y... no quiso mirarse al espejo.

-Bueno, dime.

-¿Cómo estás?

-Bien, ocupada. ¿Qué haces tú por aquí?

-He venido a verte -sonrió James-. Tim ha pasado por mi despacho esta mañana y dice que habéis hecho las paces.

Ella asintió, resignada.

-Me resulta difícil enfadarme con tu hermano.

-¿De verdad aceptaste tomar parte en el engaño porque temías que le retirase la asignación? ¿Tan tirano te parezco?

-Yo no sabía nada del dinero hasta esa noche, en La Fattoria -replicó Harriet-. Acepté echarle una mano porque me dijo que no aprobabas a Francesca. Pero me dijo que era por la edad y yo, tonta de mí, pensé que era demasiado joven.

-Francamente, estoy harto de todo este asunto. He seguido tu consejo. A partir de ahora, Tim puede hacer lo que le dé la gana... que, por cierto, es lo que hace siempre -se encogió James de hombros-. Y no tengo intención de dejar de pasarle la asignación mensual. Por mí, puede irse a vivir con Francesca ahora mismo, si le apetece.

-Antes quiere casarse con ella.

-Eso he oído. Y ahora que les he dado mi bendición, supongo que lo harán en cuanto sea posible -James se detuvo un momento-. Pero Tim me ha contado otra cosa.

-¿Ah, sí?

-Cree que, quizá, sólo quizá, tú tenías ganas de verme.

Todas las respuestas que Harriet hubiera querido darle se quedaron atascadas en su garganta.

-Muy bien, siento haberte molestado. No me gusta mendigar.

-¡No, espera! ¿Por que no vuelves cuando esté un poco más presentable?

-¿No quieres que te toque? -preguntó James entonces, dando un paso hacia ella.

-Claro que no. Estoy sudando y probablemente huelo mal.

-Hueles muy bien, Harriet. Una pena que no haya sitio para tirarte en el suelo y...

-¡James!

-¿No te gusta la idea? -rió él.

-Ahora mismo, no.

-Debería haber llamado antes, como me aconsejó Tim.

-¿Aceptas consejos de tu hermano? -preguntó Harriet, incrédula.

-Sobre el tema Harriet Verney, dice ser un experto.

-¡En sus sueños!

James sonrió.

-Según Tim, la sutileza es fundamental si quiero llegar a algo contigo.

-¿Tim hablando de sutileza? -replicó Harriet, mareada de emoción al saber que James quería llegar a algo con ella.

-En este caso, tiene razón. Así que, según sus instrucciones, ahora debo dejarte en paz, con la condición de que cenes conmigo mañana.

-Lo siento, no puedo. Tengo una cita.

-El martes entonces.

-Muy bien, el martes.

-Vendré a buscarte a las ocho -sonrió James.

Harriet cerró la puerta, lamentando no tener un poco de espacio para ponerse a bailar de alegría. «Gracias, Tim», pensaba.

El martes, James Devereux llegó a las ocho en punto, con un traje claro de corte perfecto y una camisa un tono más oscuro con el cuello abierto. Ella, con su vestido de lino color terracota, se habría echado en sus brazos para aliviar la tensión.

-No ha cambiado nada -dijo James, mirándola de arriba bajo-. Sigo teniendo el deseo de tirarte al suelo aunque estés limpia.

-Aquí no hay sitio para eso -sonrió Harriet.

-Te habría traído flores, como sugirió Tim, pero me pareció mejor esperar a que hubieras terminado de pintar.

-Muy sensato. Pero no puedo creer que sigas los consejos de tu hermano.

-Paso a paso.

Para su sorpresa, James la llevó al restaurante en el que había cenado con Giles Kemble.

-Para compensar la última vez que nos encontramos -le dijo, una vez sentados.

-Me miraste de una forma tan hostil que tuve una indigestión -sonrió Harriet.

-Y yo fui a Umbría sólo para verte otra vez -dijo James, tomando su mano-. ¿Eso no te dice nada?

-No te entiendo.

James soltó su mano cuando llegó el camarero para servir el vino, pero después volvió a inclinarse hacia ella, hablando en voz baja:

-Esa noche en la granja fue una revelación. Y no sólo porque hiciéramos el amor... aunque Dios sabe que fue maravilloso. Pero saber la verdad sobre Tim y tú lo cambió todo. A partir de ahora, te quiero en mi vida, Harriet Verney.

Afortunadamente, James pasó a hablar de otros temas a partir de entonces y ella pudo relajarse. ¿Qué estaba proponiéndole?, se preguntó.

-¿Qué tal tu cita anoche?

-La cita era con una lata de pintura. Anoche di la última capa de amarillo pálido.

-¿De qué color eran antes las paredes?

-Azul cobalto, un color muy fuerte.

-Por cierto, ¿te he dicho que esta noche estas guapísima? -sonrió James.

-No, no lo has dicho. Gracias, amable señor. Me he puesto este vestido porque el color me recuerda los tiestos de La Fattoria.

-Entonces, ¿no tienes mal recuerdo de tu paso por allí?

-No -contestó ella-. Mis vacaciones han sido memorables.

-¿Y no crees que merezco algo a cambio?

-¿Qué te gustaría?

-Te lo diré cuando lleguemos a casa.

Cuando estaban en el taxi, Harriet descubrió que se refería a su apartamento.

-Podrías haberme preguntado antes.

-En tu estudio no hay sitio y huele a pintura. Además, pasar un rato en mi casa me parece un pago razonable por estar quince días en La Fattoria, ¿no?

-Sí, supongo que sí -concedió ella, secretamente emocionada. No tenía dudas de lo que iba a pasar y empezaba a sentir escalofríos de anticipación.

Cuando llegaron al edificio de ladrillo rojo, James pagó el taxi y apretó su mano mientras subían en el ascensor. Convencida de que iba a tomarla en sus brazos en cuanto entrasen en el apartamento, se sorprendió cuando él la llevó a uno de los sofás.

-Siéntate, vaya hacer café. ¿O prefieres una copa de vino?

-¿Té, quizá? -preguntó Harriet, decepcionada. James encendió la luz de la cocina, se quitó la chaqueta y preparó un té... con galletas.

-¿Quieres leche?

-Sí, por favor -contestó ella, sorprendida. Un té con galletas no parecía el primer paso para hacer el amor.

-Come una galleta. Has perdido peso.

-Las penas me quitan el apetito.

-¿Piensas ir a la boda de Tim y Francesca?

-Probablemente, no.

-¿Por qué?

No era fácil contarle a un millonario como James Devereux que su economía no le permitía otro viaje a Italia. Una de las ventajas de La Fattoria era que le resultó gratis, sólo tuvo que pagar el billete de avión. El cheque de James por los muebles había servido para pagar la fianza de su estudio y para comprar algunas cosas de primera necesidad y, en aquel momento, su cuenta corriente no estaba precisamente para viajes.

-Tardas mucho en contestar.

-Si me invitan...

-Claro que te invitarán. Tim seguramente querrá que seas dama de honor.

Harriet hizo una mueca.

-No creo que a Francesca le haga gracia.

-¿Por qué no?

-Según Tim, está un poco celosa de mí. Por la edad, ya sabes.

-A mí se me ocurren muchas otras razones -sonrió James.

Harriet lo miró, pensativa.

-No me gustaría parecer una mercenaria, pero ¿cuándo podrás pagarme la casa?

-En cualquier momento, imagino. ¿Estás diciendo que no tienes dinero para ir a Florencia?

-Pues sí.

-Por favor, Harriet, yo te pagaré el avión y todo lo que necesites, incluyendo un vestido...

-No, gracias -lo interrumpió ella.

-¿Por qué no?

-Por orgullo --contestó Harriet, con sinceridad.

James tomo su mano.

-¿Me has vendido la casa porque necesitabas dinero?

-Me mantengo con mi sueldo. Mi abuela no me dejó dinero en efectivo porque se lo gastó todo en mi educación.

-¿Y por qué dijiste que no la primera vez que ofrecí comprarte la casa?

-Por dos razones. La primera porque eras tú. En ese momento, no eras mi persona favorita, ya sabes. -Desde luego.

-Y segundo, porque me dolía separarme de ella. Cuando mis padres murieron, mi abuela vendió la casa de Londres y me llevó a vivir a Upcote, donde se había criado... pero ahora no es lo mismo. Sin ella, no tengo nada que hacer allí, por eso te la he vendido.

James se quedó callado un momento.

-Si necesitas dinero, ¿por qué dejaste el apartamento de tu amiga?

-Pago menos por el alquiler del estudio que por el del piso de Dido. Además, ahora puedo ir andando a trabajar y Dido no verá tanto a Tim... está enamorada de él, ¿sabes?

-Pero bueno, ¿cómo lo hace? -exclamó James-. ¿Todas las mujeres se enamoran de mi hermano?

Harriet soltó una carcajada.

-Por eso le contrató Jeremy Blyth. Cuando una mujer entra en la galería, Tim siempre le vende un cuadro.

-¿Te lo ha contado él?

-No, me lo contó el propio Jeremy. Quien, por cierto, le dijo a Tim que yo no sería una buena esposa para él.

-Seguramente porque quiere casarse con mi hermano -replicó James-. Pero tenía razón sobre ti.

Harriet se levantó. -Tengo que irme.

-¿Por qué no te quedas a pasar la noche? Ven, hay una cosa que no te enseñé el otro día.

Entonces pulsó un botón y una sección de la pared se movió, descubriendo otro dormitorio.

-Vaya.

-Aquí es donde duerme Tim cuando se queda en mi casa. El cuarto de baño está escondido tras ese panel de cristal... y por este lado puedes ver el Támesis.

Harriet sonrió para disimular su decepción. En lugar de compartir su cama, le ofrecía que durmiera en la cama de su hermano.

-Muy bonita, pero será mejor que me vaya a mi casa. -¿Seguro?

-Seguro. ¿Te importaría pedir un taxi?

James llamó por teléfono y se volvió, muy serio.

-Harriet, ¿qué te pasa?

-Nada -sonrió ella-. Gracias por la cena.

-¿Puedo preguntarte una cosa?

-Sí, claro.

-¿Necesitas el dinero urgentemente?

-¿Por qué lo preguntas?

-Quiero que sepas que puedes acudir a mí si tienes algún problema. Del tipo que sea.

-No tengo problemas, de verdad. Quiero el dinero para invertirlo y que me aporte una cantidad extra al año o para comprar un apartamento, si encuentro algo a un precio razonable. Pero cuento con mi sueldo, que no es bajo precisamente, así que estoy bien.

-¿Aceptas mi invitación para ir a Florencia?

-Te lo agradezco, pero no -sonrió Harriet-. Ah, el timbre. Ahí está mi taxi.

James entró con ella en el ascensor y, en cuanto las puertas se cerraron, la atrapó entre sus brazos y la besó hasta que llegaron al vestíbulo.

-Si hubiera hecho eso arriba, no habría podido parar. Y, evidentemente, tú no estás preparada todavía.

¿Cómo podía estar tan equivocado?, pensó Harriet, irritada.

-Te llamaré -sonrió, mientras cerraba la puerta del taxi.

El teléfono sonó cinco minutos después de entrar en casa.

-Ya has llegado -dijo James.

-Eso parece.

-Puede que no te hayas dado cuenta pero, durante la cena, he intentado hablar del futuro. Quiero una respuesta, Harriet Verney. ¿Te gusta la idea?

-Sí, James. Me gusta la idea.

Ojalá lo hubiera mencionado de nuevo cuando estaban en su casa, pensó. Entonces le habría demostrado cuánto le gustaba la idea.

-Menos mal. Iré a buscarte el viernes a las ocho.

-¿Y eso?

-Pasaremos el fin de semana juntos. Si te parece bien, claro.

Harriet parpadeó.

-Pensé que ibas a ir despacio, como te había aconsejado Tim.

-Y así es. Pero he decidido que iba demasiado lento.

Capítulo 8

EL VIERNES a las siete, Harriet se había cambiado dos veces de ropa y seguía sin saber qué guardar en la bolsa de viaje. Si James le hubiera dicho qué tenía en mente para el fin de semana, habría sabido qué guardar. Habían hablado dos veces por teléfono durante la semana, pero la noche anterior ella no estaba en casa cuando llamó. Y cuando le devolvió la llamada, James había salido.

Aquella emoción por un hombre era algo nuevo en su vida. Excepto un desastroso enamoramiento, sus relaciones con los hombres habían sido tranquilas, relajadas. Con James era diferente. Dido estaba siempre enamorada y, durante el tiempo que duraba cada aventura, no veía los defectos de su pareja. Harriet veía los defectos de James Devereux, pero estaba enamorada de él. Y, seguramente, seguiría estándolo durante toda su vida.

Llevaba media hora esperando cuando sonó el timbre. James apareció con una planta.

-Gracias -sonrió Harriet-. Qué bonita.

Él miró alrededor.

-Esto tiene mucho mejor aspecto que el otro día. ¿.Piensas pintar el dormitorio también?

-Este es mi dormitorio. Puede que no te hayas dado cuenta, pero es un estudio, James. Yeso es un sofá-cama. Pero está muy cerca de mi trabajo y ahora que he pintado las paredes, ha quedado muy alegre -sonrió Harriet, dejando la planta sobre la mesa.

Él la tomó por la cintura.

-Se supone que uno debe agradecer los regalos con un beso.

-Eso dicen -murmuró Harriet, enredando los brazos alrededor de su cuello.

James inclinó la cabeza para besarla y ella respondió con el mismo ardor.

-Anoche no estabas en casa cuando llamé.

-Y tú tampoco. Te llamé cuando oí el mensaje.

-Fui a cenar con los Mayhew. ¿Habías salido con Dido?

-No, con Paddy Moran. Es analista financiero y quería que me dijera cómo invertir el dinero de la casa.

-¿Y por qué no me has pedido consejo a mí?

-Porque no quiero estar molestándote todo el tiempo.

-No me molestas en absoluto. Por cierto, anoche Nick Mayhew me dio las llaves de su casa en Cotswolds. ¿Te apetece pasar el fin de semana en el campo?

-Me apetece mucho -sonrió Harriet-. Y gracias por el regalo -dijo

entonces, poniéndose de puntillas para darle un beso.

-Ya me habías dado un beso. Pero no seré yo quien diga que no.

-Una planta tan bonita merece más de un beso.

-En ese caso, la próxima vez te traeré orquídeas.

-No me gustan las orquídeas.

-Qué mujer tan difícil -sonrió James-. No te gustan las orquídeas, ni el champán, ni el caviar ...

-Deberías alegrarte de que sea tan barata.

En lugar del lujoso coche que había visto frente a la casa de su abuela, James llevó a Harriet hasta Cotswolds en un cuatro por cuatro.

-¿Qué ha sido del coche italiano que llevaste a Upcote?

-Éste es mejor para el campo... cuando consigamos salir del atasco, claro.

A Harriet le daba igual el atasco. Lo único que le importaba era estar con James. Quizá eso era el amor. No sólo el sexo y la emoción, simplemente estar juntos.

Después de tomar el desvío de Burford, James se metió por una carretera vecinal hasta un pueblecito a unos tres kilómetros. Pasaron a través de una verja abierta, cerca de una iglesia, y pronto se encontraron frente a una casa que parecía Edenhurst a escala y no la casita de campo que Harriet había esperado.

-Creí que sería algo más pequeño.

-Hace dos siglos era una rectoría, conectada por un camino a la iglesia que hemos visto antes. Nick compró la casa hace poco, así que sigue en proceso de renovación y no hay muchos muebles -le explicó James, mientras abría una preciosa puerta bajo un arco de piedra-. Pero por lo visto hay cortinas, una cocina de leña y algo para dormir.

-¡Perfecto! ¿Puedo explorar?

-Puedes hacer lo que quieras. Lydia Mayhew ha dicho que estamos en nuestra casa.

Todas las habitaciones tenían las paredes forradas de madera, pero la única amueblada era una salita con ventanas dobles que daban a un jardín urgentemente necesitado de atención.

-Nick no es un gran jardinero, que se diga -dijo él, mirando alrededor con cierta nostalgia.

-¿Te habría gustado conservar Edenhurst tal como era? -preguntó Harriet.

-Claro que sí. Pero es mucho más grande que esto, así que era imposible -se encogió James de hombros filosóficamente-. Echa un vistazo mientras yo saco las cosas del coche.

La cocina y un baño del piso de arriba estaban reformados, pero sólo había dos habitaciones amuebladas. Harriet miro alrededor, con

una sonrisa en los labios.

-¿En cuál de ellas quieres dormir? -preguntó James, con las bolsas de viaje en la mano.

-¿Voy a dormir sola? Pensé que íbamos a dormir juntos. ¿No es para eso para lo que hemos venido?

Él soltó las bolsas y acarició su mejilla.

-Mentiría si dijera que no. Pero hay otras razones. Parecías tan cansada después de pintar tu estudio que pensé que te vendría bien un descanso -dijo, sonriendo-. No te gusta mi apartamento y, por razones obvias, pensé que no te apetecería ir a Edenhurst.

-¿Has venido con alguna otra mujer aquí?

-No. ¿Por qué?

-Por curiosidad.

-Vamos a comer algo -dijo James entonces, llevándola a la cocina.

Harriet lo ayudó a sacar la comida, atónita al comprobar que llevaban suficiente para una semana.

-¿Has traído vino?

-Sí, está en la nevera.

-Espero que no sea Barolo.

-Claro que no. ¿Por qué?

-La cenita en La Fattoria ha hecho que lo deteste.

-Para mí fue lo único soportable en toda la cena. Eras tan antipática conmigo que no podía probar bocado.

-¿Antipática yo?

-¿No te acuerdas? Dijiste que un hombre no tenía que caerte bien para que te acostaras con él -le recordó James, mientras cortaba un trozo de suculento jamón-. ¿Lo decías por mí?

-Entre Tim y tú me disteis la noche, James Devereux.

-Y tú a mí.

-Entonces, lo mejor sería hacer las paces con un beso -sonrió Harriet, besándolo mientras desabrochaba los botones de su camisa.

-Esto no es justo -protestó él, apartando las manos-. Yo no puedo tocarte.

-En el amor y en la guerra todo vale.

-¿Y esto qué es?

-¿Las dos cosas? -sonrió Harriet, deslizando la mano hasta el botón de los Levi's... y más abajo.

-Harriet. ..

-Ahora puedes ir a lavarte las manos -rió ella.

James dejó escapar un suspiro.

-Porque tengo hambre que si no...

Riendo, empezaron a preparar la cena. Por primera vez desde que

empezó a pintar su estudio, Harriet tenía hambre.

-Ya era hora de que empezases a comer como es debido.

-Era la pintura. Odio el olor. Mi abuela pintó mi cuarto una vez. ..

-¿Qué pasa? -preguntó James, al ver que se había quedado callada.

-Nada. Es que acabo de darme cuenta de una cosa: desde que murió mi abuela, es la primera vez que me siento completamente feliz.

-¿Porqué?

-Porque estoy contigo.

James la estrechó entre sus brazos, besándola con una ternura a la que ella respondió, encantada.

-Yo también me siento feliz. Y ahora, a cenar, como una niña buena.

-Soy una niña buena... casi siempre.

Para su sorpresa, él le dio un paquete después de cenar.

-¿Qué es? -preguntó, rasgando el papel. Eran un montón de novelas de la lista de best sellers del Times-. ¡James, es un regalo maravilloso!

-¿Has leído alguna?

-No, sólo las críticas -murmuró Harriet, inspeccionando los títulos-. Es evidente que no quieres que me aburra este fin de semana.

-No, son para que te las lleves a casa. Mientras estés aquí conmigo quiero toda tu atención -le informó él, sentándola sobre sus rodillas-. Empezando ahora mismo.

En Italia, habían hecho el amor como una tormenta. Allí, en el campo, en una habitación suavemente iluminada, separados del mundo por pesadas cortinas, la magia era diferente, pero no menos poderosa. Aquella vez James no tenía prisa y Harriet emitió un murmullo de placer mientras la besaba, haciendo con su lengua una réplica de la penetración que, enseguida, despertó el deseo de una unión física que los dos deseaban con igual intensidad.

James tomó su mano y la llevó en silencio al dormitorio. Iba a encender la luz, pero Harriet lo detuvo, temiendo que eso destruyera la magia del momento.

-¿Puedo encender la lamparita? Quiero verte mientras hacemos el amor -dijo él.

Harriet asintió. En sus ojos podía ver una emoción que no podía descifrar. Deseaba que fuera amor y no sólo el básico deseo físico de un hombre...

James la besó mientras la desnudaba y ella le devolvió beso por beso, ayudándolo. De repente, los dos empezaron a reír mientras luchaban contra botones y cremalleras hasta que, por fin, estuvieron desnudos y la risa desapareció. Se abrazaron hasta que un abrazo no

fue suficiente y James empezó a besarla en el cuello, en la garganta, en el pecho... y siguió hacia abajo, entre sus piernas. Harriet intentaba apartarlo porque no quería terminar todavía, pero él seguía besándola, jugando con su lengua hasta que, por fin, la llevó al orgasmo.

Con el rostro enrojecido, Harriet se dio la vuelta, pero él la atrapó por la cintura y empezó a besarla en el cuello, apretando sus pechos con las manos hasta que, de nuevo, estuvo preparada. Entonces la tumbó de espaldas, metió las manos por debajo de su trasero y la levantó, sujetándola ahí por un momento antes de penetrarla hasta el fondo, la mirada de fiera posesión en sus ojos aumentando el placer mientras se apartaba despacio y volvía a entrar, repitiendo la maniobra una y otra vez, cada vez más rápido, con más fuerza, el frenético ritmo culminando en un orgasmo tan abrumador que Harriet se preguntó si había muerto ... hasta que James, con un beso, le confirmó que estaba viva. Luego la tapó tiernamente con la sábana y la apretó contra su corazón hasta que se quedaron dormidos.

Hizo un tiempo horrible, pero, para Harriet, fue el mejor fin de semana de su vida. La lluvia caía como un torrente y no salieron de la casa más que para dar un cortísimo paseo bajo el paraguas. Hacían crucigramas en la cama, tomaban café y luego volvían a hacer el amor hasta que los vencía el sueño. Pero el último día, mientras cenaban, Harriet decidió que había llegado la hora de aclarar las cosas.

-James, sobre esta relación nuestra...

-¡Aleluya! -gritó él, triunfante-. Admites que tenemos una relación.

-Claro que sí, pero no sé qué clase de relación es. Has dicho que me querías en tu vida...

-Espero haberlo dejado bien claro -la interrumpió James-. Y pensé que tú me querías en la tuya.

-Por supuesto.

-Entonces, ¿cuál es el problema, cariño?

-Tú tienes tu propia vida y yo tengo la mía. Aparte de Tim y Dido, tengo amigos... -empezó a decir Harriet-. Aunque saliéramos juntos, quiero seguir viendo a mi gente.

-¿Y por qué no ibas a hacerlo? Yo viajo mucho y no espero que te quedes en casa esperándome.

-Ah, entonces no hay problema. Después de todo, puede que algún día necesite a mis amigos.

-¿Qué día?

-Cuando ya no estemos juntos.

-¿Crees que esto no va a durar? -preguntó James.

Harriet sonrió, con tristeza.

-La gente a la que quiero tiende a desaparecer de mi vida.

-Soy mayor que tú, pero prometo no morirme enseguida.
-No, pero podrías cansarte de mí. Esas cosas pasan.
-Lo dudo tanto que no merece la pena discutirlo -sonrió James-. Pero vamos a aclarar una cosa. Te gusta estar conmigo, pero no quieres vivir conmigo, ¿no?
-Intenta verlo desde mi punto de vista -suspiró Harriet-. Necesito tiempo para acostumbrarme a la idea de que voy a compartir mi vida con alguien como tú.
-Alguien como yo -repitió él-. ¿Qué quieres decir con eso?
-He tenido novios, pero nunca he tenido un amante.
-Pues ahora tienes uno.
-Lo sé. Pero me resulta un poco extraño. Nunca había sentido esto por nadie.
James se levantó entonces.
-Creo que deberíamos seguir esta discusión en el sofá.
-Muy bien -rió Harriet.
-Y ahora, dime exactamente lo que sientes.
Ella se quedó un momento pensativa.
-Creo que no puedo estar enamorada de ti.
-¿Por qué?
-Porque Dido ha estado enamorada muchas veces...
-¿De hombres que no eran mi irresistible hermano?
-Sí, pero siempre está buscando a alguien como él.
-No tendrá suerte. Afortunadamente, sólo hay un Tim Devereux.
-Desde luego. Bueno, el caso es que cuando Dido está enamorada, se vuelve ciega. No ve los defectos de sus novios que, para mí y para cualquiera, son evidentes -suspiró Harriet-. Y a mí no me pasa eso contigo.
-¿Quieres decir que mis defectos son tan obvios?
-Tengo razones para creer que eres un hombre bueno y generoso, pero también eres impaciente y tiránico a veces. Lo sé, pero eso no altera lo que siento por ti.
-Por Dios bendito, ¿qué sientes por mí?
-Me siento feliz cuando estoy contigo y cuando no estás es como si me faltara algo... -Harriet no pudo terminar la frase porque James la silenció con un beso.
-Te conozco desde que tenías trece años -dijo luego, con voz ronca-. Nunca aprobé tu relación con Tim, pero sólo cuando nos vimos en Upcote supe por qué: porque te quería para mí.
Harriet sabía muy bien que James Devereux la deseaba. Pero necesitaba algo más que eso para comprometerse.
-¿Estás enamorado de mí, James? -preguntó abruptamente.

Él la miró en silencio durante unos segundos, como si quisiera memorizar cada uno de sus rasgos.

-Sí -contestó por fin-. Completa y absolutamente, hasta que la muerte nos separe.

Capítulo 9

HARRIET empezó a creer que James hablaba en serio, incluso cuando estaba de viaje, algo que ocurría más a menudo de lo que ella hubiera deseado. A veces estaba fuera de Londres quince días, pero el tiempo que estaban separados hacía que las reuniones fueran más apasionadas, el placer ensombrecido sólo por el único motivo de discusión entre los dos.

Cuando Harriet insistió en que no quería irse a vivir con él, James decidió que si el problema era su moderno apartamento, compraría una casa.

-Mantendré el apartamento, pero buscaremos una casa que nos guste a los dos.

-No es sólo eso -suspiró Harriet-. Creo que es demasiado pronto para irnos a vivir juntos.

-Demasiado pronto -repitió él, exasperado-. Nos conocemos desde hace años...

-Pero has empezado a verme como una mujer y no como la amiguita de Tim hace muy poco -le recordó Harriet.

-La novia de Tim -corrigió James-. Y hablando de novias, seamos claros. Yo creo que el problema es que sabes lo que pienso del matrimonio... pero tienes que entenderlo. Para Madeleine y para mí fue un desastre. Fue una auténtica cura para el amor que sentíamos el uno por el otro –murmuró, tomando su cara entre las manos-. Te querré durante el resto de mi vida, lo juro. Repetir esto en una iglesia no cambiaría nada.

-¿Crees que lo que quiero es una alianza? -preguntó Harriet, atónita.

-No lo sé. Te ofrezco un hogar, seguridad económica y a mí mismo para siempre. ¿Qué más quieres?

-Tiempo -contestó ella-. Todo esto es nuevo para mí. No estoy acostumbrada a que tú... a que tú...

-A que te quiera. Pero te quiero, Harriet Verney.

-Yo también te quiero, James Devereux. Pero prefiero no vivir contigo hasta que esté más segura.

-¿De tus sentimientos por mí?

-No, hasta que esté segura de que esto no acabará en lágrimas.

James sonrió.

-Seguramente te haré llorar en alguna ocasión. Y quién sabe, puede que tú también me hagas llorar, pero te aseguro que haré lo imposible por hacerte feliz.

-Para eso sólo tienes que estar conmigo. Me da igual que nos

casemos o no, pero quiero disfrutar de esto un poco más antes de que vivamos juntos.

-Cuando me sonríes así tengo que hacer lo que tú digas -dijo él, resignado-. ¿Cuánto tiempo me vas a hacer esperar?

Harriet soltó una carcajada.

-No te hago esperar. Hacemos el amor todo el tiempo y...

-No hablaba de hacer el amor, jovencita. Hablo de volver a casa contigo cada noche.

-¿No esperarás que te tenga preparadas las zapatillas?

-Yo no uso zapatillas. Para hacerme feliz, sólo tendrías que estar aquí.

-A veces trabajo hasta muy tarde.

-Entonces te esperaré yo, impaciente -sonrió James, con los ojos brillantes-. Además, si dejas ese estudio tuyo te ahorrarías el alquiler.

-Ah, espera -rió Harriet, levantando las manos en señal de rendición-. ¿Por qué no lo has dicho antes? ¡Vamos a buscar casa mañana mismo!

Lo de buscar casa tendría que esperar hasta que James volviera de uno de sus viajes. Mientras él estaba en Escocia, solucionando un problema en uno de sus hoteles, Harriet quedó a cenar con Dido para darle la noticia, encantada de matar dos pájaros de un tiro cuando su amiga le pidió que llevase a Tim.

Dido estaba tan feliz de verlo que incluso consiguió felicitarlo por su próxima boda.

-Me has roto el corazón, monstruo -bromeó-. Qué alegría que estemos los tres juntos otra vez.

Tenía razón, pensó Harriet. Era estupendo estar los tres juntos de nuevo... Aunque Tim no paraba de darles la tabarra sobre Francesca.

-Espero que el día de mi boda estéis las dos para sujetar mi temblorosa mano.

-¡No me lo perdería por nada del mundo! -rió Dido.

Cuando terminaron de cenar, Harriet se levantó con la copa en la mano.

-Tengo que anunciaros algo... -pero no terminó la frase. Se sintió mareada de repente y, para horror de sus amigos, acabó en el suelo. Despertó al oír los sollozos de Dido.

-Ah, ya ha vuelto en sí -murmuró Tim-. Tranquila, cariño, no pasa nada.

-¿Quieres un vaso de agua?

-No, no... no sé qué me ha pasado. De repente, todo empezó a dar vueltas -murmuró Harriet, con voz ronca.

-¿Cómo te encuentras?

-No muy bien.
-¿Cuándo vuelve Jed?
-El sábado o el domingo, no lo sé.
Dido quería que durmiera allí, pero Harriet insistió en volver a su estudio.
-No te preocupes, yo dejaré a la enferma en la camita -sonrió Tim.
Poco después la llevó a casa y le preparó un té mientras ella se ponía el camisón.
-Antes de desmayarte ibas a anunciar algo importante. ¿Qué era?
Los ojos de Harriet se iluminaron.
-James y yo vamos a vivir juntos. Va a comprar una casa y...
Tim la abrazó, encantado.
-¡Vas a ser mi cuñada!
-No, Tim, voy a vivir con tu hermano, no a casarme con él.
-¿Por qué no?
-Madeleine -contestó ella.
-Madeleine es historia. ¿Por qué te preocupa?
-No es a mí a quien preocupa Madeleine, es a tu hermano. Dice que su matrimonio fue un desastre y que le quitó las ganas.
-¿Y tú qué piensas?
-No lo sé. Pero le entiendo.
-¿Te gustaría casarte con Jed?
-No -contestó Harriet.
-Ah, bueno, si los dos estáis de acuerdo -suspiró Tim-. Si te encuentras mal, llámame y vendré a cuidarte.
Cuando se fue, le entraron unas ganas absurdas de llorar. A la mañana siguiente, se despertó tarde y tuvo que irse a la oficina sin desayunar. Pero no le importaba porque James volvía aquella noche.
-Llegaré en cuanto el tráfico me lo permita -le dijo, por teléfono-. Te he echado de menos, cariño. ¿Y tú a mí?
-Mucho.
Tuvo que sonreír al pensar cómo iba a demostrarle cuánto le había echado de menos.
Harriet se volvió loca limpiando el estudio antes de que llegara. Con el pelo mojado, se puso a pelar patatas y a cortar las verduras para la cena. Luego se peinó a toda prisa, se envolvió en perfume y, después de un momento de indecisión, eligió unos pantalones blancos y el top de color caramelo que llevaba la primera vez que la besó.
Estaba buscando los zapatos cuando sonó el timbre.
Harriet abrió la puerta con una sonrisa tan radiante que James la tomó en sus brazos y empezó a dar vueltas por el salón. Pero cuando la dejó en el suelo, estuvo a punto de perder el equilibrio.

-¿Qué te pasa, cariño? -exclamó él, sujetándola.

-Nada, es que me he mareado...

James la apretó contra su corazón.

-¿Has comido mientras yo estaba fuera?

-Sí.

-¿De verdad? ¿Te encuentras bien?

-Sí, tonto. Y antes de que preguntes, me he acostado temprano todas las noches excepto el martes, que cené con Dido y con Tim.

-¿Mi hermano consiguió escapar de sus garras? -rió James, más relajado.

Harriet sonrió.

-Dido por fin ha aceptado que va a casarse con otra.

-¿Ya te encuentras mejor, de verdad'?

-Sí, claro.

Pero no le contó que también se había mareado en casa de Dido. No quería preocuparle más.

-Tengo que ir a ver cómo va la cena.

-Al infierno la cena. Comeremos algo de camino a casa.

-No -insistió Harriet-. Sólo tengo que calentar las verduras...

-Cariño, esto es muy pequeño. La semana que viene te mudas a mi apartamento y no quiero discusiones, por favor.

-Muy bien, muy bien -sonrió ella-. ¿Qué pasa, por qué me miras así?

-Debes sentirte peor de lo que creía. No has discutido.

-Estoy bien, en serio. Y te he echado mucho de menos.

Después de cenar, James llamó a un taxi.

-Ve a guardar tus cosas, yo fregaré los platos... a mano. Esto de no tener lavavajillas... pero no tiene sentido comprar uno porque no vas a vivir aquí mucho tiempo.

-¡No tan rápido! No pienso dejar el estudio después de haber pagado dos meses de fianza.

James se encogió de hombros, impaciente.

-¿Qué más da? Yo cubriré cualquier pérdida.

-No -insistió Harriet.

-¿Por qué no?

-No quiero aceptar dinero de ti.

-Cuando vivamos juntos no tendrás más remedio.

-Quizá no. Pero eso es el futuro.

-Dame una buena razón para que perdamos el tiempo viviendo separados...

Cuando llegaron al apartamento, Harriet pulsó el botón que abría el panel del segundo dormitorio.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Hasta que encontremos casa, ¿podría usar esta habitación? Si tuviera un sofá y una televisión... me encontraría casi como en mi estudio.

-Mientras estés dispuesta a salir de ese agujero al que llamas estudio, puedes tener todo lo que quieras.

-Sólo hasta que encontremos una casa...

-¿Qué pasa ahora? -preguntó James, al ver que se mordía los labios.

-Que antes te he dicho que no quería aceptar dinero tuyo y ahora te estoy pidiendo muebles, una casa... Qué absurdo.

-Me gustan las mujeres absurdas. Ven a la cama.

-Tus técnicas de seducción dejan mucho que desear, James Devereux. Antes podríamos ver un rato la televisión.

-Eso podemos hacerla más tarde... mucho más tarde -suspiró él, tomándola en brazos para llevarla a la cama.

Harriet lo miró mientras se quitaba la chaqueta.

-Te quiero, James.

-Yo también te quiero, cielo. Y esta noche me has dado un susto de muerte. No vuelvas a hacerla, por favor.

-Lo intentaré -sonrió ella, acariciando su torso desnudo.

-¿De verdad quieres hacer el amor?

-Claro que sí. ¿Por qué lo preguntas?

-Si no te encuentras bien...

Como respuesta, Harriet se desnudó.

-El conjunto de ropa interior es un regalo. ¿Te gusta?

James tragó saliva antes de demostrarle cuánto le gustaba quitándoselo de un tirón.

-¿Quién te lo regaló?

-Uno de mis amiguitos -rió Harriet.

-¿Cuál?

Tim, por supuesto.

-¿Y por qué demonios te compra mi hermano ropa interior?

-Fue un regalo. Francesca lo eligió para mí en París. James, bésame.

-¿Dónde?

-Por todas partes -suspiró ella, estirándose en la cama.

Durmieron hasta muy tarde y, después de desayunar, decidieron ir a ver muebles.

-Mientras estabas en el baño he llamado a la inmobiliaria Whitefriars. Les he dicho que necesitaríamos una casa espaciosa, con un jardín grande, y me han dicho que enviarán un catálogo.

-Yo quiero algo que se parezca más a la casa de mi abuela que a Edenhurst, te lo advierto.

-Nosotros queremos ese algo -la corrigió James-. y ahora, vamos a comprar muebles para ti.

Si Harriet había tenido alguna duda sobre compartir su vida con James Devereux, las dudas desaparecieron al final del día. Ir de compras con él le pareció muy divertido. Volvieron a casa cargados de bolsas y riéndose del dependiente que se había tomado tan a pecho venderles un sofá.

-Exquisitamente confortable. Y el color de la piel va perfecto con el cabello de la señora...

-La verdad es que me ha sorprendido que eligieras ése -sonrió James.

-Lo que te ha sorprendido es el precio. Sobre todo, después de insistir en que también me llevara el sillón -rió Harriet.

-Un precio muy pequeño por llevarte a mi guarida -rió él, besándola en el pelo-. Pero esperaba que quisieras algo más tradicional. Si hubieras elegido un antiguo sofá de flores me habría dado igual... siempre que vinieras a vivir conmigo.

Ella lo abrazó, apoyando la cara en su pecho.

-A veces me resulta difícil de creer. Tú y yo...

-A veces me pregunto cómo he podido existir sin ti todos estos años.

Entonces Harriet se puso a llorar.

-¿Qué te pasa, cariño, qué he dicho?

-Perdona, no sé por qué estoy llorando.

-No llores, por favor. No sé qué hacer..

-Dame un pañuelo. Vaya hacer un té. Estoy más tonta...

-Pon la televisión, yo haré el té.

El fin de semana fue maravilloso. Lo pasaron enteramente en la cama, viendo la televisión y haciendo el amor.

-¡Un partido de críquet! --exclamó Harriet-. Qué maravilla.

James la abrazó.

-El críquet es sólo una de las cosas que tenemos en común, amor mío. Estamos hechos el uno para el otro.

James tuvo que irse de viaje esa semana para comprobar la transformación de una mansión gótica en un hotel de lujo y Harriet decidió volver a su estudio. Pero fue una tortura. Sólo las llamadas de teléfono de James la animaban. Los días se le hacían eternos y estaba sencillamente agotada, no sabía por qué.

Tim fue a verla una tarde para decirle que se iba a Florencia el fin de semana a ver a Francesca, pero se marchó pronto porque Harriet

no podía dejar de bostezar.

-Anda, vete a dormir. Está claro que durante el fin de semana no has pegado ojo.

-Claro que he pegado ojo, tonto.

-Ya, ya, ¿cuándo te vas a vivir con mi hermano?

-Pronto.

-Oye, una cosa... ¿dónde voy a dormir yo cuando me apetezca quedarme en casa de Jed?

-Donde duermes siempre, en tu habitación. Yo duermo con James, guapo.

-Sigo sin creérmelo -rió Tim, abrazándola-. Adiós, cielo. Cuídate.

Al día siguiente, James llamó para decir que volvía por la noche.

-Espérame en mi apartamento y no te preocupes por la cena. La pediremos por teléfono.

La espera le pareció eterna. Harriet estaba frente a una de las ventanas del salón, tan angustiada que tenía que hacer un esfuerzo para mantenerse en pie. y cuando por fin llegó, prácticamente se lanzó sobre él.

-¿Qué te pasa, cariño? Estás muy pálida... ¿has vuelto a marearte?

-Sólo una vez.

-¿Has ido al médico?

-Sí, esta tarde -contestó Harriet, dando un paso atrás-. Pensé que era un virus, pero parece que... voy a tener un niño.

James se quedó mirándola, perplejo, y luego le hizo la pregunta que ella había temido:

-¿Es mío, Harriet?

Capítulo 10

UNA OLA de angustia la envolvió de tal forma al oír esas palabras que Harriet sintió ganas de vomitar.

-No, no es tuyo -contestó, satisfecha al ver que James Devereux se ponía pálido-. Es mío.

Sacó el móvil del bolso para llamar a un taxi y luego tiró las llaves del apartamento sobre la mesa, pero él la tomó del brazo.

-¿Dónde demonios crees que vas? No puedes decirme algo así y luego marcharte sin darme explicaciones.

-¿Que no? Mírame.

-Merezco una explicación, Harriet.

-¿Qué quieres que te explique?

-Cómo ha pasado esto.

-Como suelen pasar estas cosas, por supuesto -contestó ella.

James respiró profundamente, intentando controlarse.

-Me dijiste que tomabas la píldora.

-Y es verdad.

-¿Entonces?

-La píldora fracasa en una o dos ocasiones de cada mil. Parece que me ha tocado formar parte de las estadísticas. Y, francamente, ojalá no te lo hubiera dicho -dijo ella, intentando pasar a su lado.

-Espera...

-Dudas que seas el padre de este niño, así que apártate, quiero irme a mi casa.

-¿A tu casa? -repitió James, irónico-. ¿A ese agujero?

-Tu opinión es irrelevante. Déjame pasar.

-Por favor, sé razonable... Tienes que dejar que te ayude.

-¿Seas el padre del niño o no? -replicó Harriet.

Pero entonces, tragando saliva convulsivamente, se llevó una mano al estómago y lo apartó de un empujón para ir corriendo al baño. James apareció enseguida y sujetó su frente con cariño mientas vomitaba.

Tosiendo, Harriet se secó las lágrimas y aceptó el vaso de agua que él le ofrecía.

-¿Dónde están tus cosas?

-No he traído nada.

-No importa. Iremos a buscadas mañana... Voy a meterte en la cama, quieras o no, así que no protestes. Hay que cancelar el taxi...

Harriet no pudo protestar porque, de pronto, volvió a ponerse enferma.

James estuvo a su lado mientras vomitaba y luego, cuando se miró

al espejo y comprobó que parecía un cadáver.

-¿Quieres que te ayude a desnudarte?

-No, gracias. Puedo hacerla sola.

Se encontraba tan mal que no tenía sentido discutir, de modo que entró en la habitación y cerró la puerta.

-¿Puedo entrar? -preguntó James cinco minutos después.

-Es tu habitación.

Él asomo la cabeza.

-¿Qué pasa?

-Estoy mareada, tengo ganas de vomitar... y estoy embarazada. Por lo demás, todo va divinamente -contestó ella, irónica.

Por una vez en su vida, James Devereux se quedó sin palabras.

-¿Quieres que me vaya?

«Mejor, bésame», pensó Harriet, desesperada.

-Supongo que esto ha sido una sorpresa para ti.

-Sí. Creí que tenía la gripe, pero...

Él se quedó en la puerta, nervioso.

-¿Puedo hacer algo por ti?

-Sí. Vete, por favor -contestó Harriet, enterrando la cara en la almohada.

Harriet despertó dos horas después de haber lanzado la bomba. Se incorporó despacio, intentando controlar los mareos, y fue al cuarto de baño para lavarse la cara.

James estaba esperándola en el pasillo cuando salió.

-He oído ruido... y pensé que podría hacerte falta.

-No. Ni ahora ni nunca -contestó ella.

-¿No vas a perdonarme?

Harriet se encogió de hombros.

-No.

-¿Quieres escucharme, por favor? -exclamó James entonces-. Te equivocas. Cuando dijiste que estabas embarazada me dio miedo que el niño no fuera mío...

Ella quería creerlo, pero sus dudas le habían roto el corazón.

-O a lo mejor tenías miedo de que hubiese querido engancharte con el truco más viejo del mundo.

-No se me pasó por la cabeza.

-No te preocupes, James. No he venido aquí a pedirte que te cases conmigo.

-Normalmente, es el hombre el que hace eso.

-¿Ah, sí? ¿Te pusiste de rodillas para pedírselo a Madeleine?

-No, y tampoco voy a ponerme de rodillas delante de ti, Harriet. Pero quiero pedirte que te cases conmigo.

-Qué amable. Gracias, pero la respuesta es no.

-Porque no lo has pensado bien -dijo él entonces-. No estamos hablando sólo de ti, Harriet. Estamos hablando de un niño. De nuestro hijo...

-¿Estás seguro de que es tuyo?

-Claro que estoy seguro.

-Podría ser de otro hombre.

Él la miró, intentando contener su irritación.

-Esto no es una broma, Harriet.

-Desde luego que no.

-Mira, túmbate un rato, yo voy adarme una ducha. Mientras tanto, puedes pensar en mi propuesta -suspiró James.

Harriet se dejó caer en la cama, agotada. Él tenía razón. El estudio de Clerkenwell era demasiado pequeño para un niño. El dinero de la casa de su abuela, aunque no era una fortuna, al menos le aseguraba cierta tranquilidad si tenía que dejar su trabajo. El problema era que no tenía parientes y tampoco una casa decente en la que criar a un hijo.

James volvió al dormitorio diez minutos después.

-¿Cómo te encuentras?

-Deprimida -contestó ella.

-Tienes que comer algo.

-No, gracias. No tengo hambre, pero necesito ducharme.

-Muy bien. Voy a buscar una camiseta.

La ayudó a levantarse de la cama, esperó hasta comprobar que no se mareaba y abrió la puerta del cuarto de baño.

-¿Necesitas ayuda?

-No.

-Deja la puerta entreabierta y llámame si te encuentras mal.

Diez minutos después, asomaba la cabeza en el baño.

-¿Has terminado?

Harriet cerró el grifo y tomó el albornoz que James le ofrecía. Tuvo que sonreír al ver que apartaba la mirada.

-Me has visto desnuda muchas veces.

-Ya sé que te he visto desnuda muchas veces -replicó él, irritado-. Mira, Harriet, yo también estoy hecho polvo...

-¿Ah, sí?

James dejó escapar un suspiro.

-¿Te apetece comer algo ahora?

-No.

-¿Seguro que no quieres una tortilla francesa o algo así?

-No, gracias. No podría tragar nada ahora mismo.

-¿Has comido algo hoy?

-Nada más que el desayuno.

-Y seguro que has estado trabajando todo el día...

-Como una industriosa abeja -contestó ella, irónica.

-¿Quieres un té? -suspiró James.

-Sí, gracias.

Cuando se quedó sola, Harriet se miró al espejo, pensativa. Aquello no era una broma, desde luego. Que James Devereux le hubiese pedido que se casara con él era de esperar, pero no podía aceptar a un hombre que no sólo tenía dudas sobre la paternidad del niño que llevaba dentro, sino que odiaba la idea de volver a casarse.

Harriet se lo dijo cuando le llevó el té, acompañado por unas tostadas que, afortunadamente, pudo comer sin vomitar.

-¿Puedo hablar yo ahora? -preguntó James, pensativo.

-Claro.

-Cuando te vi en la habitación de la torre esa noche, me volví loco. Olvidé que no llevaba preservativos, olvidé que eras la novia de Tim... o eso creía yo entonces. Me olvidé de todo porque lo único que importaba era aquel increíble deseo de hacerte el amor. Así que la responsabilidad es mía. Cómete la otra tostada.

Harriet la mordisqueó, intentando disimular cómo la afectaban sus palabras.

-Es tan raro que la píldora no haya funcionado...

-¿Te había pasado alguna vez?

-No, nunca. Aunque tampoco las he puesto a prueba demasiadas veces. La única vez que me he creído enamorada, él odiaba de tal forma mi amistad con Tim que me dejó unos meses después. Me sentí tan humillada que acepte hacerme pasar por su pareja...

-Está claro que el destino quería unimos -suspiró James.

-Pero tú no quieres casarte -le recordó Harriet.

-Contigo, y sólo contigo, podría soportar el matrimonio.

-Ah, eso suena estupendo.

-Perdona, no quería...

-Ya lo sé. Pero la respuesta sigue siendo no.

-Vivir juntos no es suficiente -insistió él, tomando su mano-. Un niño lo altera todo. Aunque sea un poco anticuado, quiero que mi hijo lleve mi apellido. Así que, por segunda vez, ¿quieres casarte conmigo?

Harriet lo miró, en silencio.

-Si cohabitar no es suficiente para ti, es posible que tenga que tragarme el orgullo y decir que sí. Tú conoces bien mi situación.

James se encogió de hombros.

-Hay otra opción. Si no puedes soportar la idea de casarte

conmigo, puedo comprarte una casa con jardín.

-¿Tú vivirías aquí y yo viviría allí?

-Es una opción. No es lo que yo quiero, pero podríamos pensar/o.

Harriet lo pensó tanto que no pudo dormir. La noche anterior estaba tan contenta porque iba a ver a James... y, durante unos minutos esa tarde se había sentido feliz al saber que iba a tener un hijo suyo. Luego aparecieron las dudas, mientras lo esperaba. Y sus dudas estaban justificadas. La reacción de James había puesto su mundo patas arriba.

«No es culpa tuya», pensó, tocándose el abdomen. En otras circunstancias, se habría sentido feliz de tener un hijo con James Devereux, pero así. .. Él no quería casarse y la idea de vivir sola en una casa en las afueras mientras esperaba un hijo tampoco le apetecía lo mas mínimo.

A las tres de la mañana, Harriet se levantó de la cama y asomó la cabeza en el salón, que parecía más grande y más frío con las luces apagadas. Fue descalza a la cocina para tomar una tostada con mantequilla, pero en cuanto abrió la nevera oyó los pasos de James.

-¿Te encuentras bien?

-Sí. Siento haberte despertado.

-¿Crees que estaba dormido?

Ella apartó la mirada.

-Yo tampoco podía dormir. ¿Te importa si me hago algo de comer?

-Por Dios bendito, Harriet, ¿tienes que preguntar?

-Sí, tengo que preguntar.

James dejó escapar un largo suspiro.

-Vuelve a la cama, yo te lo llevaré. ¿Qué quieres, más tostadas?

-Sí, gracias. Muy amable.

-¿Amable? -repitió él irónico.

Tardó más de lo previsto y, cuando entró en la habitación, además de las tostadas, en la bandeja había un plato de huevos revueltos.

-Tienes que comer algo más sólido que un trozo de pan.

Suspirando, Harriet empezó a comer como si estuviera haciéndole un favor.

-Hala, ya está. ¿Contento?

-Cuando Tim era pequeño, a veces tampoco quería comer y tenía que hacerle huevos revueltos, así que estoy acostumbrado -dijo James, sentándose en la cama-. Aunque los gustos de mi hermano ahora son más sofisticados.

-Se ha ido a Florencia a pasar el fin de semana -dijo Harriet.

-Lo sé. Ya falta poco para la boda -suspiró él-. ¿Vas a dejar que pague tu billete de avión?

-No, gracias. Puedo pagarlo yo.

-No sé para qué me molesto en preguntar -dijo James entonces, levantándose-. ¿Necesitas algo más?

-Nada en absoluto.

-En ese caso, hablaremos mañana. Y espero que mañana te encuentres en mejor disposición para hablar de este asunto.

Harriet sonrió, irónica.

-Si te refieres a nuestro matrimonio, espero que encuentres una forma más atractiva de describirlo. Primero es una cura para el amor, luego una solución sensata, ahora es «este asunto»...

James la miró con los ojos brillantes.

-Es la única solución, Harriet. Por cierto, mañana saldré temprano a comprar algo de comer porque tengo la nevera vacía. Intentaré no despertarte, pero si 10 hago no te muevas de la cama. Y ahora duérmete, buenas noches.

Harriet consiguió dormir al fin, pero despertó temprano y oyó a James paseando por la casa. Se quedó en la cama, con los ojos cerrados, hasta que le oyó cerrar la puerta. Entonces sacó el móvil para pedir un taxi y, diez minutos después, medio despeinada, iba de camino a Clerkenwell. Una vez en su estudio, se cambió de ropa y tomó la bolsa de viaje que había hecho el día anterior, en esa otra vida, antes de ir al médico. Y sólo entonces dejó un mensaje para James en el contestador:

-Necesito tiempo. No estoy en Clerkenwell ni en casa de Dido, así que no te molestes en buscarme. Y, por favor, no te preocupes, me encuentro mucho mejor. Te llamaré mañana.

Sabía muy bien que James iba a preocuparse, pero le daba igual. Necesitaba tiempo para poner su vida en orden antes de volver a verlo. Era cruel quizá, pero no podía olvidar que le había partido el corazón. y no creía la explicación que le había dado. James Devereux no creía que el niño fuera hijo suyo.

Después de varias horas dando vueltas al asunto, su cabeza estaba a punto de estallar, de modo que se tumbó en un sofá para ver un viejo musical de Hollywood en televisión. Pero unos minutos después oyó pasos en el vestíbulo y se levantó de un salto, con el corazón latiendo a toda velocidad, buscando con la mirada algo que pudiera usar como arma.

Pero el hombre que entró en el salón no era un ladrón.

James Devereux la miraba, furioso, con una llave en la mano.

-Yo también la tengo. Tim acaba de decirme que sus dos compañeros de piso están de vacaciones... Espero que estés contenta contigo misma. Llamé a Dido antes que a Tim, así que ahora hay tres

personas preocupadas...

-Por tu culpa. Te dejé un mensaje diciendo que estaba bien -lo interrumpió Harriet, sacando el móvil del bolso para llamar a Dido.

Cinco minutos después, James colgaba el suyo después de hablar con Tim.

-Le he dicho que disfrute de su fin de semana.

-Y tú puedes hacer lo mismo -replicó Harriet.

-Tú vienes conmigo -la informó James-. Ahora mismo.

Daba igual, pensó ella. Había tomado una decisión y le informaría en cuanto llegaran a su apartamento.

Pero sintió una punzada de dolor al ver el sofá y el sillón de piel que habían comprado juntos.

-Ya han llegado.

-Esta mañana -dijo él-. ¿Por qué te fuiste, Harriet?

-Necesitaba tiempo para pensar.

-¿Ésa es la verdad?

-Claro que sí.

-¿Seguro que no has ido a ninguna clínica?

-¿Una clínica...? Ah, ya entiendo. No, James, no he ido a ninguna clínica. No pienso deshacerme de la única persona en este planeta a la que me une un lazo de sangre.

Él dejó escapar un suspiro.

-Tenía que preguntar. No te encontraba y empecé a pensar en todas las posibilidades...

-Sólo necesitaba estar sola -repitió ella-. Sabía que la casa de Tim estaría vacía, así que fui allí para estar tranquila.

-¿Y has llegado a alguna conclusión?

-Sí. ¿Sigues queriendo casarte conmigo?

-Sí, Harriet -contestó él, mirándola a los ojos-. Sigo queriendo casarme contigo. Pero algo me dice que vas a poner condiciones.

Ella asintió.

-Antes tendrás que hacer algo.

-¿Qué?

-Una prueba de ADN. Así no tendrás dudas de que el niño es tuyo.

-Sé que te he hecho daño, Harriet, y lo lamento muchísimo, pero esto es una venganza. Sé que el niño es mío...

-De todas formas, quiero que te hagas la prueba. Si no es así, no habrá boda. Prefiero criar sola a mi hijo.

-¡Por encima de mi cadáver!

Harriet se encogió de hombros.

-Me voy a mi casa. Piénsatelo y llámame cuando hayas tomado una decisión.

-Ya he tomado una decisión -suspiró James-. Cuando le prometí a tu abuela que cuidaría de ti no sabía dónde me estaba metiendo. Ni que iba a enamorarme de tal forma que haría todo lo que me pidieras. Así que tú ganas, me haré la prueba.

-Esto no es un concurso. No es cuestión de ganar o perder.

-En mi caso, es sólo cuestión de perder. Pero recuerda que eres tú la que insiste en que me haga la prueba.

-¿Te da miedo el resultado? -preguntó Harriet.

-Que Dios me dé paciencia -dijo James entonces-. No me da miedo el resultado porque sé que el niño es hijo mío. Pero si tengo que hacerme la prueba para casarme contigo, me la haré. Me haré todas las pruebas que quieras.

-Gracias. Y gracias por el sofá -murmuró ella.

-De nada. Es todo tuyo, Harriet. Túmbate, pon la televisión, haz lo que quieras... y luego, si te apetece, cenaremos juntos.

-¿Quieres que cocine?

-No, pediré algo por teléfono. Tienes que descansar. Y, por favor, el lunes llama a tu casero para decirle que dejas el estudio.

-James -lo llamó Harriet cuando iba a salir de la habitación.

-¿Sí?

-Siento que te hayas preocupado.

Los ojos de color ámbar se suavizaron un poco.

-La próxima vez que quieras desaparecer, por favor, deja una nota.

Harriet miró el sofá, la televisión, la pila de libros sobre la mesa... Tenía su propio saloncito, como había pedido, pero también sería su dormitorio. Y después del numerito de aquella mañana, no podía quejarse.

Durante el fin de semana hablaron sólo lo necesario y el domingo por la noche, Harriet estaba deseando volver a Clerkenwell.

-Esta semana no tengo que ir a ningún sitio, estaré en Londres -le dijo James.

-¿Nos veremos antes del fin de semana?

-¿Quieres que nos veamos?

-Si no quisiera, no tendría ningún sentido venirme a vivir aquí -contestó Harriet.

-¿Quieres verme? -insistió él.

-Si vamos a estar como este fin de semana, no.

-En ese caso, quizá deberíamos pensárnoslo. Iré a buscarte el viernes por la noche. Hasta entonces, cuídate -dijo James, besándola por primera vez desde que le anunció que iban a ser padres-. Buenas noches, Harriet. Que duermas bien.

Capítulo 11

DIDO PARKER, a pesar de su aparente frivolidad, era la única persona en el mundo en la que Harriet podía confiar. En aquella ocasión, no podía confiar en Tim. Esa noticia tendría que dársela James.

-Por eso te desmayaste -exclamó Dido, una vez recuperada de la sorpresa-. Pensé que la gente sólo hacía eso en las películas.

-Yo también.

-¿Cómo te encuentras?

-Asombrada.

-¿Sigues vomitando?

-Sólo vomité cuando le estaba dando la noticia a James.

-¿Y cómo se lo tomó? -preguntó Dido.

-Me preguntó si el niño era suyo y luego sujetó mi cabeza mientras vomitaba.

Su amiga hizo una mueca.

-Qué horror. ¿Por eso te fuiste a casa de Tim?

Harriet asintió con la cabeza.

-Me dolió tanto... quería que sufriera por haber dudado de mí.

-¡Y desde luego que sufrió! Cuando me llamó estaba asustadísimo. Y yo también, por cierto.

-Lo siento, cariño. Necesitaba tiempo para pensar en la proposición de James -suspiró Harriet.

-¿Quiere que os caséis?

-Sí.

-¿Y vas a hacerlo?

-Claro que sí. Es el amor de mi vida, Dido... lo ha sido desde que tenía trece años. Si no fuera así, no me casaría con él. Embarazada o no.

El viernes por la noche, James fue al estudio a buscarla y a buscar sus cosas. Se había ofrecido a contratar un camión de mudanzas, pero ella insistió en que no era necesario.

-Ahora entiendo por qué -suspiró él, mirando alrededor-. ¿Esto es todo?

-Libros, discos, ropa y la planta que me regalaste. Éstas son todas mis posesiones en el mundo... junto con los muebles que guardas en Edenhurst.

Cuando llegaron a su apartamento, James llevó las maletas directamente a su habitación.

-Los libros pueden ir a la biblioteca, pero creo que aquí hay espacio para todo lo demás.

-Muy bien -suspiró ella-. Mañana he quedado a comer con Dido. Vamos a comprar un vestido para la boda... para la de Tim, claro.

James se apoyó en la puerta.

-También te hará falta un vestido para la nuestra.

-Podría ponerme el mismo -sugirió Harriet-. Es absurdo comprar algo que sólo vas a ponerte una vez.

-Uno sólo se casa una vez...

-No siempre, James.

-Pienso hacer todo lo posible para que tú sólo te cases una vez -dijo él, mirándola a los ojos-. ¿Le has dado la noticia a Tim?

-No, sólo a Dido.

-Será mejor que se lo digamos lo antes posible. Voy a invitarlo a cenar... ¿o has quedado también con Dido?

-No -contestó Harriet-. Había planeado cenar contigo.

-Yo también. Por cierto, he llamado al laboratorio para hacerme la prueba de ADN.

-Ah, ya. Gracias. Yo... haré lo mismo.

-Muy bien. Y ahora, supongo que podemos hablar de la boda.

-Antes de hablar de boda tenemos que saber el resultado de la prueba.

Él negó con la cabeza.

-No. Yo sólo necesito una respuesta. ¿Me quieres, Harriet?

-Sí -contestó ella.

James la tomó en sus brazos y la besó hasta dejarla sin respiración.

-Entonces, nada más importa. El resultado de la prueba de ADN menos que nada. Casémonos el sábado...

-¡Tan pronto! ¿Lo dices en serio?

-¿Para qué vamos a esperar? Estás en mi casa, en mi vida, en mi corazón -dijo él, con un tono tan tierno que todas sus dudas se disiparon.

-En ese caso, ¿por qué no? -rió Harriet-. Nos casaremos el sábado.

Cuando Harriet volvió, cargada de bolsas, James la esperaba con tal gesto de preocupación que sintió pena por él.

-¡Gracias a Dios! Llevo media hora dando vueltas por la casa. ¿Por qué has tardado tanto?

-No pienso volver a ir de compras -se disculpó ella-. Sobre todo, con Dido. Perdona, cariño, es que se me pasó el tiempo sin darme cuenta.

-No pasa nada -suspiró James, tomándola por la cintura-. ¿Quieres tomar algo?

-Un vaso de agua, por favor. Estoy agotada.

Él se acercó a la nevera, sonriendo.

-¿Has encontrado el vestido?

-Sí, pero pienso ponérmelo también para la boda de Tim. Y no me regañes, me quedé sin fuerzas, no sin dinero.

-Supongo que no puedo ver el vestido antes del gran día.

-Claro que no -sonrió Harriet, tomándose el vaso de agua de un trago-. No es un vestido de novia, por cierto, así que tú no tienes que ir de chaqué.

-Pienso ponérmelo de todas formas. Me queda muy bien.

-Seguro que sí. Por cierto, ¿ya tienes todo solucionado para la semana que viene?

-Todo solucionado. La ceremonia se celebrará el sábado en la iglesia de Upcote y el banquete en Edenhurst -anunció James, encantado-. Sólo falta pedir el certificado de matrimonio.

-¿En la iglesia de Upcote? -repitió ella, sorprendida.

-Me pareció el mejor sitio. A tu abuela le habría gustado.

-Sí, es verdad. Y a mí también me gusta mucho, pero pensé que nos casaríamos por lo civil...

-Eso ya lo hice una vez y no funcionó. Quiero prometerte amor eterno delante de un sacerdote, Harriet -dijo James, apretando su mano.

-James... -murmuró ella, emocionada.

-¿Qué?

-Vamos a casamos el sábado y... ¿tú crees que todo podría volver a ser como antes?

Él la miró a los ojos.

-¿Me has perdonado?

-Si no te hubiera perdonado, no habría ido a comprar un vestido de novia... que, por cierto, es una talla más grande.

-¿Por qué?

-Porque estoy empezando a perder la cintura -rió Harriet.

-¿En serio? No me había dado cuenta.

-Porque me miras con buenos ojos. ¿Qué prefieres, un niño o una niña?

-Me da igual. Lo único que importa es que sea un niño sano y que nazca sin darle muchos problemas a su madre -contestó James.

-Ojalá -suspiró ella-. Bueno, vaya darme una ducha. Estoy agotada.

-Tú no tienes que hacer nada. Dúchate y relájate un poco. Yo me encargo de la cena.

Una hora después, cuando salió de la habitación con su vestido de color terracota, se emocionó al ver que James había puesto la mesa con flores y velas.

-Qué bonito.

-Más bonita eres tú -sonrió él.

En ese momento, sonó el timbre. Era Tim.

-¡Pero bueno, si hubiera sabido que ibais a recibirme con velas y flores me habría puesto mi mejor traje! ¿Qué estamos celebrando?

-Una boda -contestó James.

-¿La mía?

-No, la nuestra -rió su hermano, abriendo una botella de champán.

Tim miró de uno a otro y luego se lanzó sobre los dos con los brazos abiertos.

-¡Qué notición! Pero si acabo de enterarme de que ibais a vivir juntos...

-Hemos decidido formalizar nuestra situación –lo interrumpió James.

-Felicidades. ¿Cuándo será la boda?

-Este sábado.

-¿Qué? ¿Tan pronto?

-Vamos a tener un hijo, hermanito.

Tim lo miró, incrédulo.

-Ahora entiendo lo del mareo... ¡Es maravilloso! Ya veréis cuando se lo cuente a Francesca...

-Puedes decirle que venga a Londres cuando quiera. Yo estaré en Upcote organizándolo todo durante la semana, así que puede instalarse aquí hasta entonces.

-Muchas gracias, James. Te lo agradezco muchísimo.

Mientras Tim iba a llamar a su prometida para darle la noticia, su futuro marido sirvió dos copas de champán.

-Parece que está contento, es la primera vez que me llama James en toda su vida. Oye, espero que no te importe compartir el apartamento con Francesca.

-Claro que no. Aunque no sabía que estaríamos separados durante toda la semana -suspiró Harriet-. Te echaré de menos.

-Y yo a ti, cariño. Venga, vamos a brindar...

-Pero si no puedo beber alcohol.

-Sólo para brindar -insistió él, acariciando su abdomen-. Por los tres.

-Por los tres -brindó Harriet, con una sonrisa tan radiante que James tuvo que apretarla contra su corazón.

-¡A ver, dejaos de abrazos que estoy muerto de hambre! -los interrumpió Tim.

El sábado siguiente, a las cuatro de la tarde, Harriet besaba a Dido en la puerta de la iglesia de Santa María, en Upcote, y hacía su entrada triunfal del brazo de Tim. James la esperaba en el altar,

nervioso y tan guapo con su chaqué que Harriet habría deseado correr a sus brazos.

Su vestido, de seda rosa con florecitas blancas bordadas, y la enorme pamela blanca le resultaban tan raros que estuvo toda la semana preocupada por si había cometido un error. Pero la mirada de James le decía que estaba más guapa que nunca y se relajó mientras el reverendo Faraday, que la conocía desde que tenía trece años, daba comienzo a la ceremonia.

James recibió la alianza de manos de Nick Mayhew y la miró a los ojos cuando se la ponía en el dedo, su voz clara y convincente para todos los invitados, mientras prometía amarla y respetarla. Pero cuando Harriet le puso la correspondiente alianza, sólo ella se dio cuenta de que contenía el aliento.

Después, mientras recibían las felicitaciones de todo el mundo, su flamante marido le dijo al oído:

-Me encanta la alianza que has comprado.

-Esperaba que le gustase, señor Devereux.

-¿Sabes que nunca he llevado una?

-Lo sé, he preguntado por ahí -sonrió Harriet.

El novio y la novia soportaron la correspondiente sesión de fotografías a la puerta de la iglesia antes de escapar bajo una nube de arroz hasta el coche que los llevaría a Edenhurst.

-Estás tan guapa que me da miedo besarte -murmuró James, cuando por fin pudieron quedarse a solas-. Te quiero, Harriet.

-Y yo a ti -dijo ella, ofreciéndole sus labios.

El banquete fue excelente y el ambiente distendido, emocionado incluso durante los discursos. Los invitados no empezaron a levantarse hasta bien entrada la noche, cuando la orquesta empezó a tocar en el jardín.

-He pedido que tocasen canciones románticas para tenerte entre mis brazos lo antes posible -sonrió James.

-Qué inteligente eres, marido mío. Y qué bien bailas -rió Harriet.

-Tú también. Sorprendente en una chica tan joven.

-Una mujer siempre debe ser capaz de sorprender a un hombre. Lo leí en una revista.

Apenas pudo estar con su marido porque todos los invitados se empeñaron en bailar con ella pero, al fin, James la tomó por la cintura.

-Creo que deberíamos irnos a la cama. Pareces cansada.

-Lo estoy, pero no quiero que este día termine nunca.

-De todas formas, esposa mía, voy a llevarte a la suite. A nadie le sorprenderá.

Tras despedirse de los invitados, e insistir en que se quedaran bailando hasta la hora que quisieran, James se llevó a Harriet de la mano. Pero en lugar de ir a la suite, salió con ella al jardín.

-¿Dónde vamos?

-A mi casa, al famoso apartamento que antes era un establo. Ése que no has visto nunca.

Cuando James la tumbó en el sofá, Harriet vio el armario de su abuela y la pantalla de la chimenea.

-Casi como estar en casa -murmuró, agotada.

-¿Quieres un té?

-Más que nada en el mundo, por favor.

Pero cuando James volvió con la bandeja, su novia estaba profundamente dormida. Sonriendo, la tomó en brazos para llevarla al dormitorio. Con infinito cuidado, le quitó el vestido y la cubrió con la sábana antes de besarla en la mejilla.

No era lo normal en una noche de bodas, pero ahora que Harriet era su mujer, James Devereux era un hombre feliz.

Al día siguiente, bajo un cielo cubierto de estrellas, James atravesaba el arco de La Fattoria.

-Después de tantas emociones, pensé que te gustaría tener un poco de tranquilidad.

-Gracias, James. Ya sabes que me encanta este sitio.

-A mí también.

-Es perfecto para una luna de miel.

-Entonces, ¿esto es para ti una luna de miel? -preguntó él.

Harriet se quedó sorprendida.

-¿Qué otra cosa podría ser?

-No sé, como nuestra boda ha sido tan apresurada... ¿te has acostumbrado ya a ser mi mujer?

Ella lo miró, en silencio. No habían compartido cama desde que le contó lo del niño. Se habían reconciliado, naturalmente, pero no habían hecho el amor desde entonces.

-Creo que te entiendo.

-¿Que quieres decir?

-Por el momento, he sido una novia poco satisfactoria, ¿verdad?

-Para mí no -le aseguró James.

Harriet decidió que era el momento de dejar las cosas claras y eligió bien sus palabras:

-Nuestra boda ha sido el día más bonito de mi vida y tú eres el hombre más maravilloso del mundo. Si esto no es una luna de miel, James Edward Devereux, ¿qué podría serlo?

No podía haberlo dejado más claro, pensó, mientras subía con su

marido por la angosta escalera de piedra que llevaba a la habitación de la torre, donde los esperaba un ramo de rosas blancas y una cama con el embozo abierto.

-Tengo algo para ti, cariño --dijo él, sacando un sobre del bolsillo de la chaqueta-. Stacy me lo dio ayer.

Harriet sonrió al ver que en el sobre ponía Señor y señora Devereux. Dentro había una foto de Stacy, Greg y Robert, con una dedicatoria:

Con nuestros mejores deseos de felicidad

Stacy y Greg

Y un besito de Robert

-Qué detalle. Cuando volvamos a Upcote, tengo que darles las gracias.

-Por cierto, no me has dicho si te gustó mi casita.

-Me encantó. Es preciosa.

-Una vez te invité a ir y no quisiste.

-Porque tenía miedo.

-¿De mí?

-No exactamente. Entonces me hacía pasar por la chica de Tim, ya sabes... aunque me costó trabajo mantener la charada cuando descubrí que estando a tu lado me temblaban las piernas. Me sigue pasando, por cierto -sonrió Harriet.

-Y no sabes cómo me alegro -rió James-. ¿Quieres darte una ducha?

-Sí, por favor.

Harriet se duchó tan rápido que le pareció una eternidad hasta que su marido se reunió con ella en la habitación. Sonrió, un poco nerviosa, esperando que le gustase el camisón de seda color albaricoque que había comprado especialmente para él.

-Has tardado mucho.

James la tomó por la cintura.

-Ayer, cuando entraste en la iglesia, estabas guapísima.

-Las novias tienen que estar guapas, es su obligación. Ah, y no te he dado las gracias por el ramo... era precioso. ¿Elegiste rosas blancas porque te pareció lo más seguro?

-No, porque lo consulté con Dido.

-Se parecían a éstas -sonrió Harriet, señalando las rosas blancas que había sobre la mesa.

-Es verdad, pero vaya llevarlas a la otra habitación. Huelen demasiado y yo sólo quiero olerte a ti.

Ella tomó un sorbo de agua mientras miraba el cielo lleno de estrellas. Se alegraba de que James la hubiese encontrado guapa. Sólo

por eso, merecía la pena el dineral que se había gastado en el vestido.

Cuando su marido volvió a la habitación, Harriet tomó su mano, nerviosa. Antes de hacer el amor con él, tenía que disipar la única nube que había en el horizonte.

-Tengo que confesarte una cosa, James.

-¿Te encuentras mal? -preguntó él, alarmado-. ¿Es el niño?

-No, no, los dos estamos bien. Es que... bueno, no me he hecho la prueba de ADN. Iba a decirte que tú tampoco tenías que hacértela, pero fuiste demasiado rápido.

James dejó escapar un suspiro de alivio.

-¿Ésa era la gran confesión?

-Sí.

-Pues yo tengo que confesarte otra cosa: tampoco me hice la prueba. Sólo lo dije para que te casaras conmIgo.

-¿Me has mentido? -exclamó Harriet.

-Con la mejor intención -explicó James, tomando su cara entre las manos-. Tenía que mentir para que te casaras conmigo y no me arrepiento.

La besó apasionadamente y ella le devolvió el beso.

-Hay otra cosa que no te he contado -dijo ella entonces, con una sonrisa.

-Si estás sonriendo, no puede ser malo.

-Nuestro hijo nacerá exactamente nueve meses después de la primera vez que hicimos el amor, ahí, en esa cama.

-Eso ya lo sabía -sonrió James, tomándola en brazos-. Y quiero hacerte el amor en esa misma cama ahora mismo.

-Siempre supe que eras el padre de mi hijo.

-Yo también, cariño. Y, sin embargo, hice una pregunta que ha estado a punto de destrozar nuestras vidas -suspiró él, acariciando su pelo-. Te dije que esta sería tu única luna de miel, así que tenemos que saborearla.

-Le amo, señor Devereux.

-Y yo a usted, señora Devereux.

Al principio, le hizo el amor despacio, con cuidado para no hacerle daño, pero pronto su flamante novia mostró una fiera urgencia a la que James no pudo resistirse. Después se quedaron abrazados, sin apartarse un centímetro.

-¿Sabe una cosa, señora Devereux? Acabo de descubrir una verdad incuestionable: el matrimonio no es la cura para el amor.

Harriet sonrió, apartando el pelo de su frente.

-No llevamos casados tanto tiempo como para saber si eso es verdad.

-El amor que siento por ti es para siempre. No hay cura posible.

-Quieres decir que estás enganchado.

James soltó una carcajada.

-Sí, romántico amor mío, estoy enganchado a ti.

-Yo también -murmuró ella, con un brillo de amor en los ojos que lo dejó sin aliento-. Hasta que la muerte nos separe.

Catherine George - Amor en la Toscana (Harlequín by Mariquiña)